

Sarah Shun-lien Bynum

Las crónicas
de la señorita Hempel

Traducción de Gabriela Bustelo



Lectulandia

¿Se puede enseñar palabrotas en clase de Lengua o permitir que sean los propios alumnos quienes se evalúen? ¿Es razonable hablar de nuestras propias experiencias en una clase de educación sexual? ¿Cómo aceptar que, cuando te has marchado, la habitación que ocupabas en casa de tus padres no será nunca más tu habitación?

Beatrice Hempel es una joven recién licenciada que da clases en un colegio privado estadounidense; todo es nuevo para ella: el trabajo, su compromiso matrimonial, o la vida sin su padre, muerto recientemente. Mientras se acostumbra a su nueva situación, intenta adivinar qué es lo que el mundo espera de ella.

Los distintos episodios de la vida de Beatrice nos revelan un personaje profundamente humano y real al que descubrimos en ese momento decisivo en el que se pasa de la juventud a la madurez. *Las crónicas de la señorita Hempel* es la segunda novela de Sarah Shun-lien Bynum, considerada por la crítica norteamericana como una de las escritoras más importantes de su generación.

«... Sarah Shun-lien Bynum se hace merecedora *summa cum laude* de un diploma donde se lee ese adjetivo tan difícil de merecer y de ganarse por mérito propio [...] Salingeriana». Rodrigo Fresán, ABC.

«Bynum posee una delicada perspicacia para la comprensión de la vulgaridad, además de un eficaz talento literario que mantiene al lector en un estado de simpatía. Un don no demasiado común, algo así como una mezcla de Salinger y Carson McCullers». Babelia, El País.

«Leer esta historia de amor es un placer. La heroína es una profesora, pero su autora tiene tal maestría que uno cree que podría haber escrito con igual brillantez sobre una contable o una secretaria. Es capaz de trasladarte en una misma frase del ingenio y la hilaridad a la desesperación y la pena más desgarradoras». Jonathan Franzen.

«Un libro maravilloso, de esos que nos regalan una sabia mirada sobre la vida diaria, que nos ayudan a vivir y no a dejarnos llevar por la vida». Los Angeles Times.

«La habilidad con la que describe su mundo y sus habitantes es tan atractiva que *Las crónicas de la señorita Hempel* es también la prueba de cómo la nostalgia, tanto por lo que fue como por lo que pudo haber sido, puede generar cientos de alegrías». New York Times Book Review.

«Cada una de estas ocho historias deslumbra por sí misma; todas juntas

crean el impresionante retrato de un inolvidable personaje en una encrucijada. Se trata de un logro notable y la prueba de que cuándo funciona, la novela formada por relatos es una fórmula francamente buena». Washington Post.

«La mayor parte de estos relatos están extremadamente bien trabajados y la prosa de Bynum es siempre disciplinada y elegante». The Guardian.

«Bynum posee la seguridad necesaria como para confiar en su audiencia: hay claridad, profundidad y suficiente libertad en su estilo como para permitir al lector dar rienda suelta a su imaginación». The Independent.

Lectulandia

Sarah Shun-lien Bynum

Las crónicas de la señorita Hempel

ePub r1.0

Castroponce 05.05.2017

Título original: *Ms. Hempel Chronicles*
Sarah Shun-lien Bynum, 2008
Traducción: Gabriela Bustelo
Diseño de cubierta: Enric Jardí
Ilustración de cubierta: Juliet Pomés, 2011

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Talento

Muchos de los alumnos de la señorita Hempel participaban en la función de aquella tarde, pero ella no salía en la obra, cosa que, en el fondo, la decepcionaba. Además, a su alrededor todo le recordaba el acontecimiento: en la reunión de aquella mañana se había producido algo parecido a un anuncio en vivo cuando tres niñas de octavo se levantaron y gritaron al unísono: «¡Las entradas se venden en la puerta!»; para colmo, todas las paredes del colegio estaban llenas de los carteles rosas de la función, pegados de mala manera, y la señorita Hempel había recibido varias notas de padres o madres diciendo cosas como esta: «Le ruego disculpe a Louisa, era tan tarde cuando acabó de ensayar que tendrá que entregarle los deberes el lunes».

A la hora de tutoría, Adelaide Burr arrinconó a la señorita Hempel para contarle cómo era su disfraz. Adelaide era una niña con mucha sensibilidad para el baile. En su primer trabajo de arte hizo de *collage* viviente (todo el cuerpo embadurnado en purpurina azul con los brazos y las piernas contorsionados), un homenaje a la vida y a las aportaciones de Martha Graham, y el segundo trabajo, un monólogo dramático, estaba basado en el *best seller* de una bailarina que, tras varios fracasos amorosos, desarrolló una grave adicción a la cocaína.

—¡Imagínese! —le dijo a la señorita Hempel.

Entusiasmada con la idea, Adelaide se daba palmadas en los muslos como si se hubieran incendiado sus pantalones cortos. La señorita Hempel estaba convencida de que los cuerpos de sus alumnos tenían vida propia y que por eso a veces hacían cosas rarísimas, como salir volando de repente, simplemente porque les apetecía. Pero ese día Adelaide le contó que había coreografiado un solo del *Claro de luna* de Beethoven. Al parecer, se había subido al taburete de la cocina, haciendo «peligrosos equilibrios», según sus palabras, para arrancar del techo de su cuarto las estrellas fosforescentes que lo adornaban.

—Las he incorporado a mi baile —añadió en tono misterioso.

Y luego, cómo no, Adelaide le hizo prometer a la señorita Hempel que iría a verla. Durante todo aquel día, el edificio parecía vibrar, rebosante de actividad. Las chicas mayores bajaban saltando las escaleras, blandiendo sus medias como banderolas de malla negra. El señor Spiegelman, que llevaba la kipá judía algo ladeada, iba empujando el piano de cola hacia el auditorio. Desde las profundidades de la zona de ciencias, un trombón berreaba una versión algo desamparada de la canción popular «Luck Be a Lady». Cuando la señorita Hempel fue al baño, vio que en los bordes de los lavabos había unos tarros de brillo para los labios. Las niñas llevaban desde el ensayo de la mañana sin quitarse el maquillaje, y de lo nerviosas que estaban, se habían pasado el día haciendo gestos raros, aleteando las pestañas cargadas de rímel negro, estirando la boca reluciente sobre la hilera de dientes

blancos. Se trataba de una experiencia completamente nueva para ellas.

Justo antes de la función, la señorita Hempel rebuscó por el fondo de su bolso y dio con un pintalabios olvidado allí hacía tiempo. El tono era un elegante marrón, y cuando estaba agazapada en la sala de reuniones, encorvándose para verse mejor en el espejo de la polvera, pensó: «Narcisista». Pero luego se corrigió a sí misma. «Vanidosa» le parecía una palabra más adecuada, aunque no la hubiera incluido en el vocabulario de ese mes. Bien pensado, «anodina» quizá fuese aún mejor. Mientras reflexionaba sobre ello se pasó enérgicamente la yema del dedo por los dientes. A las puertas del auditorio había padres esperando, apiñados como animales nerviosos de un rebaño hambriento; y había que sonreírles al pasar.

Según el programa, la primera artista de la tarde era Adelaide. Bajo su nombre ponía en letra cursiva: «Quiero dar las gracias a mi familia y a mis amigos por haber creído en mí». El escenario estaba a oscuras cuando su alumna entró; las estrellas fosforescentes que llevaba pegadas en la tripa de su malla rosa brillaban con una apatía mortecina. Como las estrellas ya casi no tenían adhesivo, porque la mayor parte se había quedado en el techo de la habitación, Adelaide se las había pegado con un celo transparente que reflejaba los *flashes* de la máquina de fotos de los padres, haciéndola relucir como un extraño anfibio con una tripilla infantil y los dos diminutos bultos del pecho. Un nervioso foco azul la seguía por el escenario, brincando hacia delante cuando parecía que Adelaide fuera a dar un salto, cosa que hacía a menudo, además de desplomarse metódicamente sobre el suelo del auditorio. Durante toda su actuación, su alumna parecía estar mirando alguna hermosa escena lejana que solo veía ella. En general, aquella danza era incoherente. De pronto, a la señorita Hempel le recordó la clase de introducción a la música de tercero de básica, con el señor Freducci, un curioso individuo que subía el volumen del tocadiscos, apagaba la luz y les decía en tono amenazante que cerraran los ojos y caminaran por el aula para aprender a apreciar la melodía. En la penumbra del teatro, sentada en el extremo de su silla plegable, la señorita Hempel intentó ver a Adelaide como algo hermoso, plateado y etéreo, como un rayo de luna o una ninfa de los bosques, pero al final llegó a una conclusión: Adelaide era hermosa por dentro y el resto tendría que ir sincronizándose. Y es que la señorita Hempel admiraba a su alumna Adelaide, que, con su mirada bizca y sus rarezas, podría haber sido una desarraigada, pero casi siempre tenía bajo control su mirada errática y hasta había logrado reunir una pequeña corte de admiradores.

Las siguientes niñas que salieron sí que eran bellas, pero las tres, que estaban en noveno, se quedaron petrificadas nada más salir al escenario, formando una fila maltrecha mientras esperaban a que empezara la música. Llevaban unos relucientes pantalones tipo *leggin*, en tímidos tonos pastel, que silbaban con cada movimiento de pierna. En cuanto a la parte de arriba del atuendo, más estudiada de lo que parecía, consistía en que por el escote de la camisola de algodón les asomaban las tiras negras del sujetador. Al verlas, la señorita Hempel se acordó de su propio sostén, que llevaba

todo el día rebelde, dejándole caer el tirante sobre el brazo en los momentos más inoportunos. Desde luego, era un alivio estar sentada a oscuras. Como profesora, se sentía objeto de un escrutinio feroz, porque a los niños, que se pasaban todo el día mirándola, no se les escapaba absolutamente nada. Y la señorita Hempel siempre tenía el pelo lleno de tiza, un polvillo blanco que, en alguna ocasión, le dibujaba dos níveos pezones sobre la ropa cuando se ponía de puntillas para escribir los deberes en la parte de arriba de la pizarra. Algunos días la atención constante de los niños le parecía maravillosa, pero otros le resultaba agotadora y por eso aquella tarde estaba saboreando tanto el hecho de ser una más entre el público. Las niñas brincaban con torpeza por el escenario, pero sus movimientos estaban perfectamente coordinados, como delataba la tensa concentración de sus pequeños rostros. De vez en cuando, una voz gritaba desde las butacas: «Bravo, Jane», y la chica de turno alzaba la vista, emocionada. La música parecía una cancioncilla conocida y agradable, pero al fijarse, la señorita Hempel se dio cuenta de que era la historia de un hombre que tiene una erección mientras está bailando con una mujer que le gusta mucho. La letra decía: «Chica, ya sé que lo has notado. Chica, ya sabes que no puedo evitarlo». La señorita Hempel se quedó helada, porque, una vez más, estaba en una posición delicada: era lo bastante joven como para entender la letra a la perfección, pero también tenía una edad como para escandalizarse ante aquella escena. Si fuese una adulta convencional, las palabras le resultarían ininteligibles y el volumen de la música le parecería insoportable. En ese momento la chica del coro estaba cantando: «Cuando notas ese bultoooooooo pegado a ti». Al oírla, la señorita Hempel miró de reojo a las filas de padres y madres sentados a su alrededor, pero no parecía importarles lo más mínimo. De hecho, ni siquiera parecían haberse dado cuenta. El auditorio entero fruncía el ceño, como era costumbre en las funciones del colegio, porque los padres y las madres querían ver en sus hijos lo que ella había intentado ver en Adelaide: gracia, talento y don de gentes.

Pero si los padres consiguieran entender la letra de la canción, ¿les parecería aceptable? En cuanto a la señorita Hempel, ya llevaba un tiempo intentando aprender lo que se podía considerar apropiado y lo que no, pero aún le costaba dilucidarlo. Por ejemplo: ¿era apropiado reírse cuando un niño se tiraba un pedo en clase? ¿Y que una profesora de secundaria como ella, por ejemplo, se pusiera ropa ceñida? No se podía decir que la señorita Hempel fuera una gran profesora, eso lo tenía clarísimo. Siempre usaba tretas facilonas para hacerse la simpática, como acabar la última clase del viernes unos minutos antes de la hora, empezar el curso leyendo el famoso poema de Philip Larkin sobre cómo te joden la vida los padres, o fingir no enterarse cuando los niños hacían parodias tan crueles como precisas de los demás profesores que, al fin y al cabo, eran sus compañeros de trabajo. Además, sobornaba a sus alumnos con chocolatinas. Y se desvivía por conseguir que la elogiaran. Y tenía el firme propósito de decorar el aula con fotos de grandes mujeres escritoras, pero parecía incapaz de cumplirlo.

Además, a mitad del segundo curso había descubierto que los deberes que ponía a sus alumnos eran una plaga masoquista que multiplicaba por diez su propio trabajo. Es decir, que cuanto menos trabajo les diera a ellos, menos trabajo le tocaría a ella. Sabía que otra profesora de lengua de su colegio había dado con una ingeniosa solución: el debate. Siendo una actividad que requería cierto rigor intelectual, no exigía acarrear varias pilas de papeles a casa para corregirlos. Bastaba con escuchar a conciencia y fingir que tomaba un sinfín de detalladas notas en el cuaderno de evaluación del alumno. Sin embargo, la señorita Hempel descubrió enseguida que no tenía estómago para aguantar un debate con los alumnos de octavo. Para empezar, había que leer muchos periódicos, cosa que nunca le había gustado, y luego a los alumnos les daba por teorizar sobre lo mucho que sabían los terroristas de armas químicas, o sobre las atrocidades que cometía la policía de Nueva York, o sobre la acumulación de residuos tóxicos en los barrios residenciales, asuntos que no acababan de convencerla, aunque no tuviera la suficiente seguridad en sí misma como para atreverse a corregirlos. El Aula de Debate de noviembre se convirtió en una tormenta ensordecedora de información errónea, gran parte de la cual le pareció no solo horripilante, sino peligrosa para la tranquilidad y el bienestar espiritual de sus alumnos. Por ese motivo, acabaron volviendo a la lectura de novelas y poemas, territorio en el que se movía con mucha más soltura. Tal vez gran parte de la literatura que leían se podía considerar lúgubre y deprimente, pero la ficción no era tan imitable, es decir, que resultaba sumamente improbable que alguno de sus alumnos acabara tirado en una isla desierta o trabajando de temporero en una granja siniestra en medio de la nada.

Su gran estrategia era el test sorpresa, porque se podía corregir viendo la tele y porque a sus alumnos les daba más respeto de lo que pudiera parecer. Además, el test sorpresa constituía una fuente de placer en sí mismo, cosa que recordaba de sus tiempos como alumna. Ahora que ya era profesora, entraba ufana en clase, abrazada al taco de tests en blanco, notando en el pecho el calorillo de las fotocopias recién hechas, y les anunciaba con voz cantarina:

—¡Os traigo una sorpresa!

La clase soltaba un enorme quejido, sincronizado como el de un coro griego, pero guardaban todo lo que tenían encima de los pupitres y afilaban los lápices con sus diminutos sacapuntas de plástico, curiosa actitud entre la resignación y la avidez que ella recordaba haber vivido cuando era pequeña. Al fin y al cabo, ¿qué era un test sino un compendio de todo lo que un colegio tenía de fiable? Es decir, una línea sobre la que escribir tu nombre, diez preguntas, varios espacios en blanco y la posibilidad de subir nota con las preguntas optativas del final.

Algunos alumnos, por supuesto, no salían bien parados del asunto. Unos refunfuñaban entre dientes, otros se echaban a llorar. Y algunos incluso escribían su nombre en la parte de arriba de la hoja con una gran S mayúscula remarcada en negro: los suspensos confesos. El niño que acababa de salir al escenario acarreando

un *diyiridú* australiano estaba incluido en este último grupo. Era Edward Ashe, un niño prodigio que había pasado de tocar el piano de oído a convertirse en un estudiante de octavo sumido en un estado catatónico solo interrumpido cuando ella se le acercaba al pupitre. Tenía los ojos más grandes que la señorita Hempel había visto en su vida y los abría como el diafragma de una cámara en un día nublado, con un gesto cargado de ingenuidad y de sorpresa, que parecía estar diciendo: «¿De verdad nos mandó leer el capítulo dos?». Su pánico era tan auténtico como chapuceras sus excusas, que no le convencían ni a él, por lo que Edward solo podía dar pena, así que la señorita Hempel se alejaba de su pupitre y anotaba otro cero junto a su nombre en su cuaderno azul. Ella no era partidaria de la humillación como técnica, cosa que otras profesoras hacían con notables resultados; en su opinión, ya había bastantes niños infelices en el mundo. A Edward, por ejemplo, le entusiasmaba Scott Joplin y hasta había compuesto valeses con ritmo de *jazz*, cosa que a la señorita Hempel le costaba creer, porque no conseguía imaginarlo sentado ante el teclado, creando música con las manos mientras seguía el ritmo con el cuerpo. El Edward que ella conocía se movía con una languidez que rozaba la ausencia absoluta de movimiento. Al acabar una clase, mientras los demás alumnos se abalanzaban en tromba hacia la puerta, él se quedaba en su sitio, parpadeando a sus anchas. Y jamás tocaba el piano, pero de vez en cuando le entraba un ansia abrumadora de comunicarse con los demás. En la hora de tutoría conseguía entretener al público, levantándose la camiseta, que sujetaba con la barbilla mientras tragaba grandes cantidades de aire hasta lograr simular un embarazo, con el tripón convertido en una oronda cúpula de piel nívea sobre el edificio de sus pantalones de pana. También tenía otro truco que consistía en sacarse un hilo de la nariz. A todos sus compañeros les encantaba ese numerito, pero la señorita Hempel era incapaz de mirar mientras lo hacía. Para colmo, Edward se había enterado de que su profesora compartía con él la excentricidad de tener una serpiente como mascota. Además, los dos tenían la misma especie: una boa *constrictor* roja. A la señorita Hempel se la habían traído de Colombia. Por eso a veces Edward la sorprendía, durante la comida o al cruzarse en la puerta de la biblioteca, preguntándole a bocajarro:

—¿Qué tal se porta?

La señorita Hempel siempre tardaba unos segundos en entender a quién se refería.

—Ah, está muy bien —le acababa diciendo—. Anoche mudó la piel.

Cuando quería, Edward escribía de maravilla, contando las historias desde el punto de vista de los amados animales que tenía en su casa: tres tarántulas, una pitón real y una boa *constrictor*. Su protagonista preferida era la tarántula hembra, que se llamaba *Jenny*. «Anochece. La araña se despierta porque le duele la tripa de hambre. Estirando las patas peludas, echa un vistazo a su alrededor para ver si algo se mueve en la arena. ¡Viva! Acaba de oír un crujidito a lo lejos. Es un grillo. ¡Un grillo fantástico que le va a saber riquísimo!». En otro cuento, describía a la tarántula *Jenny* encerrada en su caja de cristal, mirando afuera con tristeza. Ha descubierto una araña

común suspendida en el aire, tratando de bajar del respaldo de una butaca. La tarántula envidia su ingravidez, ese don de flotar en el aire. Al contemplar a la liviana araña, *Jenny* lamenta su incómodo tamaño, que la mantiene varada en tierra. Para alejarse de la luz implacable de la lámpara de infrarrojos, la tarántula se oculta a la sombra de una piedra del terrario, pensando: «¡Ojalá fuera una acróbata capaz de volar por los aires!». Al final del cuento, Edward aclaraba una serie de cosas con una nota a pie de página: «Este cuento no es realista. Las arañas tienen muy mala vista. *Jenny* no sabe que vive en una caja de cristal».

Y ahí teníamos al escritor, en plena actuación. ¡Vivir para ver! Eso era lo milagroso, que algunos niños acabaran encontrando su lugar en el mundo. De pie sobre el escenario estaba Edward, un alumno de décimo, atractivo y dueño de sí mismo, que tenía entre las manos un gigantesco tubo de madera del que extraía con los labios unos hermosos sonidos que parecían de otro mundo. Los niños del público empezaron a patear el suelo para jalearlo.

—¡Ed! —aulló alguien, alargando mucho la vocal.

La señorita Hempel se dio cuenta de que Edward estaba haciendo un verdadero esfuerzo para que no se le escapara una sonrisa mientras el extraño aullido vibraba en el aire. Y, de pronto, recordó el regalo de despedida que le hizo Edward al acabar octavo, el último día de curso: la caja, primorosamente envuelta en un papel de seda de color violeta, le vibró entre las manos y el temblorcillo le bastó a la señorita Hempel para saber de qué se trataba. A través del cartón y del envoltorio se intuía la agitación de un ser vivo.

—¡Uy, Edward! —exclamó—. ¡Una rata!

Aquel fue el regalo más atento que recibió en todo el año. En cuanto llegó a su casa, se lo dio de cenar a *Márquez*, la boa.

«Mi muslo lechoso se mueve hacia arriba para encontrarse con mi mejilla». Eso era lo que había escrito. ¿Cuál era el enunciado del ejercicio? «Una descripción de cómo soy yo». A partir de entonces, siempre que le veía pensaba en aquel epíteto. En ese momento, al verlo acarrear el *diyiridú* hacia la salida del escenario, se imaginó los músculos de sus glúteos contrayéndose bajo los vaqueros. La señorita Hempel se balanceó sobre el asiento con disimulo; las medias se le habían ido deslizando caderas abajo y estaba deseando poder subírselas de un tirón, pero tenía al lado al señor Roth, cuya áspera chaqueta le rozaba el brazo constantemente, y poco más allá estaba la señora Pierpont, que le dedicaba una sonrisa cómplice cada vez que el chico o la chica del escenario cometía alguna torpeza típica de la niñez. Entretanto, las medias se le iban bajando cada vez más.

El público recibió al siguiente artista con gritos y silbidos. Era el señor Polidori, que, por tercer año consecutivo, había vuelto a salir en el anuario como el profesor más *sexy*. Aquello tenía aún más mérito del que parecía, porque enseñaba física, una materia considerada muy poco *sexy* y, además, el señor Polidori tenía fama de duro a la hora de puntuar, pero se ponía unas camisas de tela sintética con el cuello

desbocado, llevaba unas gafillas pequeñas y resultonas, y se había dejado largas las patillas. Además, tocaba una guitarra de sedoso color negro que, precisamente en ese momento, tenía sobre las rodillas. Como el griterío continuaba, el señor Polidori alzó las cejas como si estuviera sorprendido y luego inclinó la cabeza sobre las clavijas que servían para afinar las cuerdas.

Una buena actuación, aunque a la señorita Hempel no acabara de convencerle. En una ocasión, en el comedor de los profesores, el señor Polidori le dijo que el señor Peele, el director del colegio, parecía un gigantesco pene andante. «¿Por qué eres profesor si no tienes resuelto el tema de la autoridad?», pensó ella al oírle, pero quizá había decidido ser profesor precisamente por eso, se dijo al reflexionar sobre el asunto. El señor Polidori se desvivía por llevar las normas al límite. Con sus vaqueros y sus zapatillas Converse, llegaba siempre tarde a las reuniones de profesores. Reconocía haber copiado en los exámenes del instituto. Lo cierto era que muchos de sus compañeros habían hecho lo mismo. Siempre que salía el tema de la ética, alguien acababa justificándolo, diciendo:

—Bueno, eso lo hemos hecho todos, ¿verdad? ¿Quién no ha echado un vistazo al examen del de al lado? ¿Quién no ha copiado algún párrafo de una enciclopedia? ¿Y qué decís del socorrido trabajo escolar de un hermano mayor?

Pues no. La señorita Hempel no había copiado jamás. Desde pequeña, cuando estaba en segundo o tercero, ya tenía muy claro el concepto de propiedad intelectual. Como se consideraba una «pensadora», habría sido incapaz de presentar como propio el trabajo de otra persona. Apenas puso los pies en el colegio tomó conciencia de estar llevando a cabo una actividad mental de gran envergadura. Fue su padre quien le transmitió la idea de que una labor intelectual es más valiosa que las demás.

Eso era lo triste y lo difícil de la enseñanza. Saber captar la atención de los alumnos, emplear el castigo de manera adecuada y lograr que te quisieran pese a todo era lo que siempre parecía ir en primer lugar. A menudo la clase se le acababa antes de haber logrado transmitirles nada semejante al conocimiento. ¿Y qué decir de su propio desarrollo intelectual? A decir verdad, la mayor parte del tiempo estaba demasiado cansada. El señor Polidori, pese a sus excentricidades, se quedaba hasta las seis o las siete de la tarde preparando sus clases prácticas en el laboratorio e imaginando nuevas formas de demostrar las leyes de la gravedad y el movimiento. A esas horas ella ya estaba sentada delante de la tele, pasando los dedos entumecidos por los tacos de tests pendientes de corregir. Y el profesor de física tampoco andaba tan desencaminado en la semejanza del señor Peele con un pene, ya que era un hombre alto, ímprobo y con una cresta de pelo desgalichado.

En ese momento el señor Polidori estaba tocando su guitarra acústica con un estilo introvertido a base de notas discordantes intercaladas con vehementes ráfagas de punteos. El público irradiaba admiración y las niñas se alegraban al descubrir que bajo su conducta a menudo cáustica había un músico sensible y con talento. La señorita Hempel también le admiraba; al fin y al cabo, él estaba subido a un escenario

mientras que ella estaba sentada en una silla plegable perdida entre las sombras del auditorio.

Su queridísima Cilla Matsui, que se untaba las manos de gel antibacteriano antes y después de cada clase, le había preguntado esa misma mañana:

—¿Y usted por qué no sale en la función, señorita Hempel?

En ese momento ella estaba copiando una lista de adverbios temporales en la pizarra.

—¿Yo? —dijo—. ¡Uy, sería incapaz, Cilla! ¡Si ya no tengo talento para esas cosas!

Y era verdad. En esa ocasión, no lo decía para arrancarle una alabanza a una alumna. Eso era lo maravilloso del colegio, pensó. De pequeña, podías tener un talento infinito y ser una promesa. Si clavabas un examen de matemáticas, estaba claro que acabarías en la NASA. Si el director del coro te pedía que cantaras un solo en el concierto de Navidad, ibas a ser la siguiente Mariah Carey. Si metías un gol, ganabas un concurso de poesía o salías en una obra de teatro. Y podías ser todo a la vez: actriz, astrónoma, gimnasta, cantante, hasta que notabas que ibas perdiendo tus dones, como un pájaro al mudar de plumaje. De pronto, las clases de violonchelo eran incompatibles con los entrenamientos de fútbol. Decidías que en el grupo de debate ya no quedaban plazas. Y el cálculo te seguía pareciendo un misterio impenetrable. Hasta que un buen día te dabas cuenta de que no había nada que se te diera realmente bien.

—Claro que tiene usted talento —protestó Cilla Matsui, que, tras reflexionar un instante, añadió—: ¡Es una profesora *afable*!

Sus palabras lograron conmover a la señorita Hempel. La palabra «afable», sin embargo, no significaba lo mismo que «eficaz», pese a que ella misma la había incluido en la última lista de vocabulario. Tenía claro que no era una profesora eficaz, pero dedicarse a la enseñanza la incapacitaba para todo lo demás: no era buena amiga (no devolvía las llamadas de teléfono), ni buena amante (cuando estaba en pleno coito de pronto se le materializaba la cara sonriente de un alumno), ni buena ciudadana (nunca tenía tiempo para leerse todos los programas electorales antes de ir a votar). Si había elegido la enseñanza era porque parecía brindar grandes posibilidades de ocio así como la satisfacción de poder hacer algo noble y gratificante. Cuando descubrió su error ya era tarde; la enseñanza se había apoderado de ella como una infección leve pero inexorable; sus alumnos poblaban sus sueños, su vida privada, su manera de hablar. Usaba las mismas expresiones que ellos. Por ejemplo, «gueto» hacía referencia a todo lo que fuera cutre, viejo o inútil. «¡Qué harta me tiene este contestador de gueto!», exclamaba en la soledad de su piso. Cualquier exageración era «una locura». «¡Este sitio es una locura de caro!», decía al mirar el menú de un restaurante. Y «sin duda» lo usaba con frecuencia para indicar su aceptación absoluta de algo. Le consolaba pensar que se trataba de un intercambio mutuo, pues ellos, sin darse cuenta, también habían adoptado las expresiones de ella.

Una vez oyó a Michael Reggiani describir con cariño a Julius García Jonson como una persona «irremediable». Y cuando a Kia Brown la mandaron ponerse al final de la cola del comedor, dijo: «¡Estoy *furibunda!*». Con todo, eran ellos quienes se habían alzado con la victoria, colgando su blasón de la torre más alta del castillo, pues habían logrado corromperla hasta en su impecable ortografía. La señorita Hempel, la Reina de la Gramática de su instituto, ahora confundía «desecho» con «deshecho», y comenzaba las preguntas con un «porqué». Era como una guerra de desgaste; los errores más colosales, vistos una y otra vez, acaban asumiendo una apariencia correcta.

Por eso ahora ponía *n* antes de *p*. Y se compraba pintañas de color azul. Y los niños que mejor le caían eran los mismos de los que se enamoraban sus alumnas. Esa tarde, Jonathan Hamish, que estaba castigado a quedarse en el colegio después de clase, estiró un brazo y le agarró la mano. Era un gesto para conseguir que ella dejara de tomarle el pelo. Durante varios segundos, los dedos peguntosos de Jonathan le apretujaron la mano, cosa que, sin quererlo ella, le aceleró el pulso.

La señorita Hempel había castigado a Jonathan Hamish y a Theo McKibben porque se estaban dando puñetazos en clase. Aunque se tratara de golpecitos cariñosos, sin maldad alguna, ya les había hecho varias advertencias sobre el asunto. De modo que, con su cordialidad habitual, les dijo:

—Después de clase quiero hablar con vosotros.

Pero resultó que Jonathan y Theo estaban metidos en un lío mucho más gordo, porque el día anterior habían tenido un encontronazo con la policía. En comandita con otro grupo de incorregibles, se habían dedicado a incordiar al dueño de una pizzería de la Séptima Avenida, dando patadas a los cubos de basura que había delante de la puerta y haciendo muecas con la cara pegada a los cristales del establecimiento. Al parecer, era un acto de venganza por haberlos echado cuando le llenaron una mesa de queso parmesano. El hombre llamó a la policía, pero cuando apareció el coche-patrulla ya se habían marchado todos menos Theo, un chico con cara de pan, inocentón y cachazudo.

—¿Es verdad lo que me han contado? —les preguntó la señorita Hempel.

Cuando sus dos alumnos se presentaron para cumplir con el castigo, ellos mismos le contaron la historia, al principio con reparos y luego con manifiesto regodeo.

—Se nos cayó un poco de queso en la mesa...

—Puede ser que tropezara con uno de los cubos de basura al salir...

—Todo el mundo sabe que ese tío odia a los niños...

Y lo explicaban con un aire tan digno y furibundo que la señorita Hempel no pudo evitar cierta ironía al apretar los labios, fruncir el ceño y poner los ojos en blanco.

—Claro, claro —dijo—. Os acusan por error. A vosotros dos no se os pasaría ni por la cabeza hacer una cosa así.

Fue en ese momento cuando la mano de Jonathan salió disparada y aterrizó sobre

la mano que la señorita Hempel tenía apoyada en la mesa.

—¡Es verdad! —exclamó el chico.

La mano desapareció tan aprisa como había aparecido, pero las protestas continuaron. Para Jonathan, aquel gesto no debió de tener la menor importancia, pensó ella; simplemente era otra convulsión corporal, tan frecuentes entre sus alumnos: un impulso, un gesto de acercamiento espontáneo, como les pasaba a menudo durante un examen, cuando estaban tan ensimismados que, para pedirle ayuda, levantaban la mano y decían:

—Mamá...

Jonathan Hamish no salía en la función, ni ganas. Era el alumno más díscolo y alocado de todo octavo. Ya le habrían echado del colegio de no ser porque su madre era la profesora de francés, una mujer ojerosa de bellos ojos y de pelo esponjoso, que se recogía con un lápiz como horquilla. Antes de tenerle como alumno, la señorita Hempel ya había oído hablar mucho de su hijo, al que se atribuía una violencia impredecible, una gran crueldad con los débiles y los desarraigados.

—Si se le ve en los ojos —decía el señor Radovich, el profesor de matemáticas de sexto—. Ese niño es distinto de los demás gamberros.

Jonathan tenía los ojos de color azul pálido, con las mismas ojeras que su madre, que casi parecían pintadas a carboncillo. Al parecer, le costaba dormir de noche y se dedicaba a saltar por el pasillo de su casa dando palmotadas en la pared. Su padre era un actor de teatro especializado en Noel Coward, y gay, cosa que a su hijo le aterraba que llegara a saberse, según contaba la madre. Jonathan dedicaba su tiempo libre a hacer cuatro deportes distintos y era de esos niños que dicen «maricón» todo el rato, pero adoraba a su padre y corría tímidamente a sentarse a su lado siempre que el señor Hamish lograba escaparse del teatro para ver alguno de sus partidos.

Jonathan tomaba dos medicaciones distintas tres veces al día, y se le notaba de lejos cuando se saltaba alguna dosis: le brillaban los ojos, echaba la silla hacia atrás hasta que las patas delanteras se alzaban quince centímetros sobre el suelo, o se le saltaba el lápiz de la mano como si tuviera vida propia. La señorita Hempel descubrió que debía tenerle entretenido sin cesar para que no pudiera fastidiar a los de su alrededor, imitar a Homer Simpson a gritos, comerse los sobres de azúcar que robaba del comedor o abrirse la cabeza al caerse de la silla. Así que muchas de las preguntas se las hacía a él y siempre le mandaba leer cosas en voz alta. La señorita Hempel sabía que era injusto ignorar al mar de rostros frustrados, con las correspondientes manos moviéndose con frenesí en el aire, pero también sabía que, en el fondo, todos la disculpaban, cosa que a ella le enternecía profundamente. Aquello confirmaba su intuición de que los niños, pese a su fama de insensibles, tenían una enorme empatía.

En eso Jonathan era un niño como los demás, pues su sensibilidad le hacía identificarse plenamente con los personajes de los libros que leía. Le encantaba Lennie, un gigante agresivo y torpón al que defendía indignado cuando alguno de sus compañeros le llamaba subnormal. Y le entusiasmaba Mercucio, el personaje de

Shakespeare.

—Se hace el listillo, pero es un buen amigo —decía—. Vamos, un hombre de verdad —murmuraba cuando ponían la película en clase.

Holden Caulfield, en cambio, le sacaba de quicio.

—Es un auténtico desastre —decía—. Qué asco lo mal que lo hace todo. No controla nada.

Era tal su indignación que resultaba casi imposible seguir hablando del tema en clase.

—¡Es un inútil! —bufaba, interrumpiendo a quien estuviera hablando—. ¿Hasta cuándo vamos a estar con esta chorrada de libro y con este tío tan imbécil?

Una vez más, logró sorprender a la señorita Hempel, que había abrigado la esperanza de que a Jonathan le cayera bien Holden, por considerarle una especie de alma gemela. Qué tontería, pensó después, inclinada sobre el lavabo del aseo del colegio, con el grifo abierto a tope para que no la oyeran llorar los demás profesores. Precisamente por eso odiaba Jonathan a Holden Caulfield, porque se parecían.

A todas sus alumnas les encantaba Jonathan Hamish y siempre había alguna que se acercaba a la señorita Hempel a hablarle del tema.

—Sabe que su padre es gay, ¿verdad? —le decía al oído la chica de turno—. Y el pobre lo lleva fatal. Qué pena me da.

Qué chicas, con solo trece años tenían algo de aves rapaces, pero su tierno corazón ya mostraba una propensión hacia los seres torturados, melancólicos, rebeldes. Todas revoloteaban en torno a Jonathan, cautas pero hambrientas, cada una de ellas abrigando la secreta esperanza de poder domarlo para conseguir que comiera mansamente de su mano. Tenía algo irresistible con lo que no podían competir los graciosos, los gamberros ni los tarados; en la maldad de Jonathan había algo permanente y profundo. Lo que le distinguía de los demás era la vergüenza, porque su mala conducta no le aportaba ningún placer. Cuando sus compañeros de clase recordaban alegremente sus travesuras —¡Jonathan le ha tirado un *bagel* de arándanos a la cabeza al señor Kennedy! ¡A Jonathan le han echado del aula de teatro dieciséis veces, una por semana!—, él torcía el gesto y se encerraba en sí mismo, negándose a mirar a la señorita Hempel a la cara. No disfrutaba del triunfo que le otorgaban sus compañeros de clase. Al contrario, parecía hartado de portarse mal; su conflicto interno era diario y agotador. La señorita Hempel veía perfectamente que su cuerpecillo se resentía de ese esfuerzo que le dejaba dos medias lunas cenicientas bajo los ojos. Había días en los que se agarraba con tanta fuerza al borde de la mesa que se le ponían los nudillos blancos, como para defenderse de una tormenta brutal e implacable que quisiera llevárselo por los aires. En esas ocasiones, ella acababa poniéndole una mano en el hombro por miedo a que realmente fuera a salir volando, con la esperanza de que su mano sirviera de ancla.

Pero el día de la función del colegio, Jonathan no estaba. La señorita Hempel paseó la mirada por las filas de asientos, aunque sabía que no lo iba a ver.

En ese instante Harriet salió al escenario con una capa que le hacía ondas en la espalda mientras arrastraba una pequeña mesa de juego hacia el foco. ¡Harriet Reznik, un precioso objeto de otros tiempos! El tupido casco de pelo ondulado, ese flequillo que alguien parecía haberle cortado con ayuda de una regla. El traqueteo del maletín donde le metían la comida que traía de casa. La indiferencia que le producía la televisión. Sus libros de aventuras, cuyos héroes infantiles descubrían tesoros enterrados, se tiraban de cabeza a las rugientes aguas de las cataratas y al final siempre lograban derrocar al tirano. Sus historias de las Navidades canadienses: el olor de las mondas de mandarina en la chimenea y las pisadas gigantes que dejó en mitad de un campo nevado: un experimento con unos zapatos viejos que había encontrado en algún sitio recóndito. Su primo Wilfred, con el que hacía gamberradas, pero también arreglaron entre los dos una vieja casa que había en un árbol y él le enseñó a nadar en un lago de aguas gélidas. Y sus hámsteres. Y sus trucos de magia. A la señorita Hempel la tenía atónita.

Con una mano veloz, Harriet se echó a la espalda los pliegues satinados de su capa, sacándose del bolsillo del vaquero una moneda que mostró al público.

—Aquí tengo, ante ustedes, una moneda de veinticinco centavos —dijo—. Una moneda normal y corriente de veinticinco centavos.

Al oírla, la señorita Hempel sonrió, porque sabía que a Harriet Reznik —una niña de alma exuberante y traviesa que disfrutaba brincando por los aires— no le gustaba hablar en público. Tal vez por eso mantenía la vista fija sobre la moneda, hablando con la prisa jadeante y monótona de un niño pequeño al recitar un poema.

—Ahora van a ver con sus propios ojos cómo hago desaparecer esta moneda —dijo, moviendo la moneda mecánicamente sobre su cabeza, como si estuviera fumigando el escenario con un insecticida—. Visto y no visto —dijo, tragando aire.

Harriet curvó sobre sí misma la mano que tenía alzada en el aire, dando un veloz golpe de muñeca. La capa tembló y, como por arte de birlibirloque, la moneda desapareció. Mientras parpadeaba a toda velocidad, Harriet mostró la palma de la mano al público.

—¡Atención! —exclamó—. La moneda ya no está.

Mirándose la mano como si ella fuese la primera sorprendida, Harriet sonrió por primera vez desde que había salido al escenario.

—¡La moneda no está! —dijo, paseando la mano por los aires mientras el público aplaudía y en la primera fila un grupo de niñas empezaba a chillar—. Y ahora, mírenme bien.

Y Harriet Reznik formó con los dedos un tubo que se puso ante un ojo, como si fuera un telescopio.

—¿Les parece que está vacío? —preguntó al público, mostrándoles el catalejo que había formado con la mano—. ¿No se ve nada ahí dentro?

Entonces se apartó la mano del rostro y el telescopio volvió a ser una mano, que parecía sostener un gran ramo de flores invisibles. Con la otra mano, metió la punta

de los dedos en el puño y, con un gesto teatral, sacó una larga tira de seda roja, que parecía flotarle entre los dedos como una llama encarnada.

—Magia —dijo Harriet Reznik.

—Me apuesto lo que queráis a que, de mayor, esa chica va a ser lesbiana.

Quien lo vaticinó fue Mimi Swartz, la directora del departamento de arte, que también era lesbiana. Desde luego, Harriet no se parecía nada a las otras chicas de séptimo: no conocía el miedo, el sexo opuesto no le interesaba lo más mínimo y carecía por completo de sentido del ridículo. Lo gracioso era que ella se consideraba a sí misma una verdadera gamberra. La señorita Hempel procuraba fomentarle ese aspecto todo lo posible.

—Harriet Reznik, ¿por qué me torturas de esta manera? —exclamaba, alzando los ojos hacia el cielo.

A la chica le había dado por plantarse en el despacho de la señorita Hempel durante el recreo, que era un rato que pretendía aprovechar para corregir los exámenes.

—¡Harriet Reznik, cómo me amargas la existencia! —decía la señorita Hempel.

Y la aludida soltaba una risilla satisfecha. Tenía toda una colección de bromas —cepos para los dedos, anillos que soltaban un chorro de agua, falsos huevos de serpiente de cascabel— que le encantaba poner a prueba con su profesora.

—¿Le apetece un chicle, señorita Hempel? —le decía con voz melosa, ofreciéndole un pequeño objeto alargado envuelto en un papel de aspecto sospechosamente genérico.

Estirando un brazo, su profesora dejaba la mano suspendida sobre la supuesta barrita de chicle y, al cabo de un momento, se ponía en jarras, recalcando su actitud escandalizada con las dos manos hechas un puño y apoyadas en las caderas.

—¿Estás loca? —exclamaba—. ¡Sé perfectamente cómo funciona tu mente!

Entonces la señorita Hempel soltaba un largo suspiro, como si acabara de librarse de algo de milagro.

—Harriet Reznik —exclamaba, entornando los ojos—. No me fío de ti ni de esto —decía, poniéndose el dedo pulgar en mitad del índice.

Sin embargo, le costaba imaginarse a Harriet Reznik como una lesbiana. Y no porque tuviera reparos con ese asunto, sino porque no le gustaba pensar en Harriet de mayor. Tenía una señora egoísta dentro que no quería ver crecer a ninguno de sus alumnos. Sí, quería ver a Adelaide salir de entre bastidores, luminosa como un claro de luna. Sí, quería que Jonathan lograra dormir tranquilo, y que Edward Ashe viajara por el mundo tocando su *diyiridú* y adoptando extraños reptiles y arañas allá donde fuera. Quería ver a Harriet Reznik hacer desaparecer un elefante entero, pero, al mismo tiempo, era incapaz de imaginarlos sin ser lo que eran en ese preciso momento, es decir, tal y como ella los conocía. Si hubiera estado en sus manos, les habría dejado en secundaria para siempre.

Hubo un tiempo en que la señorita Hempel pensaba, con cierta ingenuidad, que a

los profesores debía de gustarles ver crecer a sus alumnos. De joven mandaba cartas a sus profesores favoritos hablándoles de los progresos que iba haciendo y de lo mucho que avanzaba. Al acabar la carrera incluso llamó al señor Mellis, su profesor de literatura creativa en bachillerato.

—¡Resulta que yo también voy a ser profesora! —le anunció con la voz entrecortada, esperando su fervorosa respuesta.

Pero solo le llegó el siseo de la llamada de larga distancia.

—Vaya por Dios —dijo el señor Mellis por fin—. Si alguna vez tuviste una novela en ciernes, Beatrice, está claro que aún no le ha llegado el momento.

Y ella se quedó de piedra, sentada en su silla plegable con su pintalabios marrón, preguntándose: ¿de verdad se esperaba de ella que hiciera algo importante como escribir una novela, cantar en un grupo musical o encabezar una revolución?

En ese momento salió a escena un voluntario, que a todas luces era el padre de algún alumno, aunque la señorita Hempel no lo conocía. Era un hombre alto y feúcho que se encorvó como si envidiara el diminuto tamaño de Harriet Reznik, pero ella le lanzó una mirada amenazante mientras le mostraba el abanico de cartas con un gesto chulesco.

—Elija una carta, la que quiera —le ordenó.

El padre pasó los dedos por la compacta baraja que Harriet tenía desplegada ante él.

—No se le ocurra, ni por asomo, enseñarme la carta que elija —le dijo ella.

El hombre sacó una carta del abanico y se la puso sobre el pecho.

—Fíjese bien en la carta y apréndasela de memoria —le mandó Harriet—. Cuando esté segurísimo de habérsela aprendido, puede enseñársela al público.

Con la mano colocada como visera para protegerse los ojos de la luz, el padre fue rotando el brazo de un lado a otro del auditorio, mostrando la carta que había elegido. Los padres, las madres, los niños, los profesores..., todos se inclinaron hacia delante a la vez. Un seis de picas. La señorita Hempel oyó una voz infantil que susurraba el número de la carta en voz baja.

—Ya puede volver a poner la carta donde quiera —dijo Harriet Reznik.

Ceñuda y meditabunda, Harriet barajó, cortó y desplegó las cartas sobre su pequeña mesa de juego. Entonces reunió las cartas a toda prisa y se dio un golpe seco con la baraja en la palma de la mano. Tras poner la baraja en el centro de la mesa, dejó pasar unos segundos mientras parecía contar hasta diez, callada y con el rostro contraído. Seguro que su manual de magia daba instrucciones sobre la importancia de tener intrigado al público, pensó la señorita Hempel. Acto seguido, Harriet Reznik parecía lista para continuar.

—Esta... —dijo, usando el pulgar y el índice a modo de pinzas para entresacar una carta del montón— ¿...es su carta?

Con un gesto sorprendentemente teatral, Harriet se echó la capa sobre la espalda. Un sonoro suspiro llenó el auditorio. El padre abrió la boca y la cerró de golpe.

La carta que le mostraba Harriet no era la que él había elegido. No era el seis de picas, sino el ocho de diamantes.

El padre parecía estar pensando. ¡Miente!, le rogó la señorita Hempel en silencio. ¡Miente y punto! Tampoco era para tanto. Pero entonces, con sumo pesar, el hombre dijo que no con la cabeza. Atónita, Harriet Reznik dio la vuelta a la carta y la miró fijamente, encarándose después al triste padre.

—¿Está seguro? —preguntó con la mayor cordialidad.

Sentada en su silla plegable, la señorita Hempel pensó que ojalá pudiera desaparecer, llevándose a Harriet Reznik con la capa a rastras. Sin darse cuenta, había ido doblando el programa de la función en cuadrados cada vez más pequeños. El padre miró hacia los lados con agobio, como si esperara que entre bastidores hubiera algún personaje benevolente que fuera a echarle una mano. Harriet, con una mueca de tristeza reconcentrada, puso la carta equivocada sobre el resto de la baraja.

—Ya se puede sentar —le dijo al padre.

Caminando hacia un extremo del escenario, el hombre se agachó para poder bajar de un salto. Parecía ansioso por regresar a su asiento, junto al niño que le estaría esperando.

—¡Alto! —gritó Harriet Reznik.

El público dio un respingo; el padre, que estaba a punto de dar el salto, se detuvo.

—¡Espere! —chilló Harriet—. ¿Qué lleva en el bolsillo de atrás?

El padre, desconcertado, se puso en pie de nuevo, volviéndose para mirar a Harriet. En ese momento, la señorita Hempel vio que su alumna tenía razón: al hombre le asomaba algo parecido a un cartón cuadrado del bolsillo de atrás.

—¿Es una de mis cartas? —le preguntó Harriet.

Lo era. El seis de picas.

El auditorio se estremeció.

—¡Dios mío! —dijo una vocecilla.

La exclamación se le había escapado al niño sentado detrás de la señorita Hempel.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repitieron los de alrededor.

Los aplausos eran atronadores. Los padres y las madres se abrazaban, chillando sin el menor asomo de vergüenza. Los niños se llevaban las manos a la boca para hacer una especie de megáfono con el que amplificar sus agudos berridos. Sobre el escenario, muy quieta tras su mesa plegable, Harriet estaba orgullosa de su hazaña.

—¡Lo siguiente es todavía mejor! —gritó en medio del barullo.

De pronto se oyó una especie de revuelo de algo que se movía bajo la mesilla. De una caja de cartón perforada con agujeros, Harriet sacó un pájaro, pero no precisamente una apacible paloma o alguna otra ave similar, sino un reluciente cuervo negro que se puso a chillar al instante. Agitando sus enormes alas, el bicharraco se encaramó al borde de la caja y, soltándose de las manos de Harriet, echó a volar. El público se estremeció y todas las cabezas giraron al unísono para

seguir la trayectoria del oscuro pájaro que revoloteaba por el auditorio. La función se había convertido en un caos: el cuervo se lanzaba en picado y remontaba el vuelo; los niños estiraban los brazos para atraparlo; la señora Willoughby usaba el programa a modo de escudo; los padres y las madres protegían a sus hijos pequeños, cubriéndolos con los brazos; el señor Radovich se abalanzaba hacia la salida de emergencia, y Harriet Reznik no se había movido del escenario, desde donde contemplaba boquiabierta y maravillada el espectáculo que había desencadenado. De pronto, la señorita Hempel vio al cuervo venir derecho hacia ella —todo plumas brillantes y roncós graznidos— y, levantando un brazo, estiró los dedos y... ¡lo tocó!

Cómplice

Aún faltaban varios días para Halloween, pero la señorita Hempel solo pensaba en los anecdotarios que debía escribir. Le preocupaba hasta la propia palabra «anecdotario», porque creaba una serie de expectativas en cuanto a intimidad y concreción, y porque era un invento, una ofuscación para adornar el hecho atroz de tener que producir ochenta y dos de esos textos inclasificables. Los anecdotarios no eran informes como los que escribían los profesores de otros colegios, sino relatos cariñosos y prolijos sobre el progreso de cada alumno, aderezados con descripciones de la aguda capacidad de observación del niño, o de su generosidad al ayudar a un compañero de clase más lento, o de su valor para plantar cara a la autoridad. Era una enorme responsabilidad tener que pergeñar con precisión algo tan inefable como un ser humano, y más tratándose de sus alumnos, con lo jóvenes que eran. Solía dedicar media hora a escribir sobre cada niño y luego perdía otra hora más releendo lo que acababa de escribir, con la esperanza de que sus palabras traslucieran cierta sensatez, pero demasiado a menudo sus anecdotarios le recordaban esas borrosas imágenes de los primeros tiempos de la fotografía. ¿Qué es eso que se ve ahí, una mano o un pájaro? La niña de la foto se había movido en la silla, para colocarse bien la falda o apartar una mosca, con lo que dejaba de ser una persona y se convertía en una mancha de luz. Así era como aparecían los alumnos que la señorita Hempel intentaba captar en sus anecdotarios: hermosos y radiantes, pero desdibujados.

En un par de meses, el cubículo en el que estaba sentada, pelando una naranja, se iba a convertir en su lugar de trabajo fijo. Y tendría a los demás profesores sentados al lado, lanzándole miraditas y diciéndole cada poco tiempo:

—Tampoco te mates a trabajar, que no estás escribiendo una novela.

Pero ahora solo estaba el señor Polidori, tarareando una cancioncilla mientras corregía unas ecuaciones.

Los profesores de matemáticas, y los de ciencias en general, lo tenían muy fácil. Cuando llegaba la época de elaborar los anecdotarios, la señorita Hempel culpaba a su joven yo estudiantil de haber desdeñado las lustrosas superficies de los laboratorios. A cambio había elegido los suaves recovecos del mundo de las letras, donde nada era cuantificable ni absoluto, y pese a haber pasado muchos años maravillosos charlando sobre literatura, al final estaba pagando caro haber perdido tanto el tiempo. La señora Beasley, que dirigía el departamento de matemáticas, siempre usaba la misma fórmula para hacer los anecdotarios sobre sus alumnos: lo primero que ponía era las notas que habían sacado en los exámenes, luego indicaba si su capacidad para hacer fracciones le parecía «relevante», iba «en progresión» o era «motivo de preocupación», y acababa con una felicitación o unas palabras de ánimo, según correspondiera al caso. Sin embargo, a una profesora de lengua esa fórmula le

resultaba completamente inútil. La señorita Hempel no podía quejarse de vocabularios limitados ni de frases torpes sin verse obligada a hacer fuegos artificiales con su propio lenguaje, porque siempre había alumnos escépticos que no acababan de creerse que ella fuera capaz de llevar a la práctica todo lo que les exigía con tanto ahínco (¡intentad variar la estructura gramatical, usad metáforas, analizad en vez de resumir!), como si fuera una de esas entrenadoras gordinflonas que se apoltronan en las gradas mientras sus alumnos se agotan dando vueltas por el estadio.

En fin, que no pretendía usar un lenguaje florido ni excesivo, pero tenía que escribir unos anecdotarios que quedaran bien. Y tampoco quería parecer hipócrita. (¡Ay, los superlativos, su perdición!). Quería hacer unas miniaturas certeras pero cariñosas de los niños que estaban en su clase, como esos diminutos retratos que las mujeres victorianas llevaban en un medallón con un mechón de pelo. Y, aunque jamás consiguiera hacerlo como ella quería, no se había resignado al fracaso ni era capaz de apreciarlo como tal; cada diciembre y cada mayo se sentaba a escribir, lastrada por el temor de distorsionar la imagen de alguno de sus alumnos, o de cometer un error gramatical grave, o de caer en algún idiotismo, algún error que la pusiera tan en evidencia que ella misma acabara revelando su propia farsa.

—Si empezara a escribir mis anecdotarios esta tarde, solo tendría que escribir uno y medio al día. Una cifra bastante llevadera.

—Recicla —le dijo el señor Polidori desde las profundidades de su cubículo.

—Siempre reciclo —le dijo la señorita Hempel—. Y obligo a mis alumnos a que reciclen también.

Cuando levantó la cabeza, el rostro del señor Polidori se había materializado junto a su mesa.

—Me refiero a que uses tus anecdotarios del año pasado —dijo—. La cosa consiste en insertar unos cuantos nombres. Si te metes en «Editar» y seleccionas «Sustituir», es bastante sencillo.

—Uy, eso no puedo hacerlo —dijo ella—, porque los textos de este año son todos nuevos. Ya no están leyendo *La luz del bosque*. Ni *Una mañana de abril*. Pero es una gran idea.

Hasta ese momento, aquella posibilidad ni se le había pasado por la cabeza.

Para el curso de séptimo, la señorita Hempel escogió un libro de texto lleno de tacos. Siempre le habían fascinado las palabras malsonantes, como le fascinaba la televisión por cable, porque de pequeña tenía prohibidas las dos cosas. Su padre siempre tuvo aversión a las palabrotas, cuya ordinariez le resultaba insoportable.

—La gente se empeña en meter blasfemias por todas partes —decía—. Pero tú no eres «la gente».

Entonces le ponía una mano a cada lado del cráneo, apretándoselo con los dedos como si fuera un melón en un puesto de un mercado y quisiera comprobar lo maduro

que estaba.

—Tú no eres ordinaria —declaraba.

Pero a la señorita Hempel le gustaban los tacos precisamente por lo vulgares que eran, como mascar chicle o tocarse mucho el pelo. Hubo una época en que estaba deseando convertirse en una mascadora de chicle malhablada, una de esas chicas que dicen cosas como «todo el puto día» o «toda la puta noche» sin darse ni cuenta.

Sin embargo, no lo consiguió. Cuando leyó *Vida de este chico* y se encontró con palabras como «mierda» o «joder» en mitad de la página, sintió un estremecimiento de emoción. En cuanto tuvo un momento, encargó ejemplares para sus alumnos de séptimo.

—¿Primeras impresiones? —les preguntó, sentada encima de la mesa, bamboleando las piernas en el aire—. ¿Qué os parece el libro?

Sus alumnos se lanzaron miraditas nerviosas. Les había mandado leer el primer capítulo en casa. Unos cuantos chicos pasaban la mano por la cubierta del libro, que les había gustado a casi todos, porque era elegante y misteriosa. Un libro para personas mayores, con aspecto de contener todo un mundo nuevo, sin títulos en letras doradas, ni sellos de recomendación de la Asociación de Bibliotecarios de Estados Unidos, ni el típico retrato al óleo de unos adolescentes mirando a lo lejos con gesto inseguro.

—¿Os está gustando? —insistió la señorita Hempel, sonriendo, para animarles, mientras daba golpecitos con los pies en la pata de la mesa.

Había tardado en descubrirlo, pero se estaba dando cuenta de que la enseñanza era un método de extorsión. Te pasabas la vida intentando sacar a tus alumnos una serie de cosas que ellos se negaban a darte: su atención, su trabajo, su confianza.

David D'Sousa, uno de los donjuanes de la clase, se ofreció a ayudarla. Era un chico algo rechoncho y excesivamente interesado por todo lo relacionado con el sexo, pero también era uno de los alumnos más populares de séptimo. Había salido con muchas chicas y se paseaba por los pasillos del colegio con los andares sinuosos y ladeados de los raperos a quienes admiraba con fervor. En clase perdía el aplomo, escupía al hablar y soltaba frases algo incoherentes, como un jugador de béisbol que golpeara sus ideas con el bate apenas le salían por la boca.

Pero David era un caballero dispuesto a sacrificar su propia dignidad para salvar la de la señorita Hempel. «Actitud positiva y dinámica —pensó—. Dispuesto a arriesgarse».

—Es bastante... —dijo David, sin acabar la frase.

La señorita Hempel le sonrió, asintiendo frenéticamente, como si le estuviera dando al acelerador de un coche incapaz de arrancar.

—Es... —dijo David, mordiéndose el labio superior con los dientes inferiores, mientras estrujaba el pupitre con la palma de la mano.

Los demás alumnos apartaron la mirada con elegancia, dedicándose a acariciar sus libros con gesto ensimismado.

—Es... distinto de todo lo que yo he leído en el cole —dijo David al fin.

La clase soltó un suspiro de alivio. Sí, era distinto. Pero era precisamente eso lo que les hacía desconfiar, sobre todo a los chicos, como si hubiese algo raro en un libro cuyos personajes parecían tan reales. Por ejemplo, a Toby, el narrador, se le notaba la intención de ser una buena persona, pero no hacía más que meterse en líos; quería mucho a su madre, pero no tenía reparos en manipularla para que le comprara todo lo que se le antojaba. Todo aquel asunto les resultaba muy familiar. Y también les asombraba el carácter doméstico de sus cuitas: no había el menor indicio de que Toby pudiera acabar intentando sobrevivir solo en medio del campo, o viajando al futuro para salvar al planeta del desastre nuclear.

—Es que no parece un libro de verdad —dijo Emily Radinsky.

Emily era una niña caprichosa, aspirante a trapecista y admiradora de Marc Chagall, a la que la señorita Hempel describiría como «dotada» en su anecdotario.

—A mí en general no me gustan los libros —dijo Henry Woo, un chico tristón, parásito, dado a perder mochilas llenas de cosas y de quien la señorita Hempel escribiría «Tiene dificultades para concentrarse».

—¿Seguro que podemos leer esto? —dijo Simon Grosse, que tenía que pedir permiso para todo y al que su profesora definiría como «concienzudo».

El día de la reunión de padres, la señorita Hempel se empezó a poner nerviosa al caer la tarde y se dio cuenta de que le sudaban las manos. Sabía, por sus experiencias anteriores, que acabaría haciendo el ridículo, terminando todas las frases en tono de exclamación y moviendo las manos histéricamente, como si fueran dos murciélagos atrapados en una habitación. El año anterior, un alumno llamado Zachary Bouchet le había soltado:

—Mi madre dice que sonrías demasiado.

En la sala de reuniones, el señor Polidori le puso un brazo sobre los hombros y le dijo al oído:

—Tú imagínatelos a todos desnudos y ya está.

Pero eso era lo último que quería pensar la señorita Hempel.

En vez de eso, decidió fingir que tenía a sus padres sentados delante. Imaginó a su madre, que les habría retrasado al no encontrar las llaves del coche, y a su padre, que se pondría en primera fila a hacer preguntas bochornosas. No bochornosas en sí, sino por cómo las hacía. A su padre le gustaba llamar la atención.

«¡Ni hao ma!», gritaba al entrar en un restaurante chino. «¡Yupi!», berreaba en el espectáculo de danzas populares de los alumnos de cuarto. «Y los defensas, ¿qué?», aullaba desde las gradas del estadio de fútbol. «¡Bravo, bravo!», chillaba en las funciones de colegio, donde siempre era el primero en ponerse en pie. A lo largo de su niñez, la señorita Hempel había recibido calurosas ovaciones incitadas por el entusiasmo inexorable de su alegre padre.

Todos estos padres y madres, se decía la señorita Hempel, son igual de desesperantes que los míos.

La sesión la inició una madre:

—El libro que están leyendo ahora... —dijo—. Quería saber si hay más personas a quienes les preocupe el lenguaje con el que está escrito.

La señorita Hempel intentó sonreír valerosamente a la madre provocadora.

—Me alegro de que saque ese tema —dijo, mientras procuraba animarse pensando: «Esta mujer nunca encuentra las llaves del coche. Esta mujer siempre llega tarde a todas partes».

En ese momento, la estaba mirando un aula llena de padres y de madres apretujados en las mismas sillas que usaban sus hijos durante el día.

La señorita Hempel hubiera querido decirles: «Sus niños están en buenas manos, se lo prometo», pero se sintió incapaz.

Lo que les dijo fue:

—Cuando elegí este libro estaba pensando en *El guardián entre el centeno*, porque siempre que se lo mando leer a un curso de octavo me sucede algo increíble. Es como si todos mis alumnos metieran el dedo en un enchufe y se les pusiera el pelo de punta. Se quedan absolutamente electrificados. Están respondiendo, creo yo, a la inmediatez y la autenticidad de la voz del narrador. Y si Holden les parece tan creíble es, en gran parte, debido al lenguaje que usa. El impacto que tiene el libro sobre ellos es... *inconmensurable*. Incluso en los niños a quienes no les gusta leer, ni les interesa el lenguaje. De pronto les abre los ojos a todas las posibilidades de la literatura y la relación que puede llegar a tener con su vida.

Al llegar a este punto, la señorita Hempel se detuvo, sorprendida. Había logrado sobreponerse a la situación.

—Me planteaba por qué los niños de séptimo no iban a tener la posibilidad de experimentar una cosa así —les siguió diciendo a los padres de sus alumnos—. ¿Por qué no dejarles sentir en primera persona ese gran sobresalto del reconocimiento?

Una vez que logró explicarlo, mal que bien, a ella misma no le quedó más remedio que aceptarlo.

¿Qué sucedió entonces? Fuera lo que fuese, al pensarlo después la señorita Hempel no veía claro que tuviera que ver con su discurso. Tal vez se tratase de una insurgencia larvada en silencio contra la preocupada madre, que probablemente ya hubiera secuestrado otras reuniones de padres, o fuera una de esas señoras que siempre sugieren hacer tartas para venderlas. Tal vez su queja de madre quisquillosa les recordara la típica cantinela de sus propios padres, o quizá estuvieran firmemente convencidos de que en el lenguaje nunca se puede encontrar nada sucio. También podía ser que al sentarse en las sillas de plástico de sus hijos se acordaran de sus tiempos de escolares.

En todo caso, los padres empezaron a contar, uno tras otro, las reacciones que tuvieron ante el libro en cuestión. Mi hija nos habla del libro en la cena. Mi hijo se lo

lleva al cuarto de baño. No te lo vas a creer, pero mi hija lo último que logró leerse entero fue el manual de instrucciones de la PlayStation.

Todos hablaban con voz de estupefacción.

Por la noche le oigo reírse solo en su cuarto. Dice que quiere que me lo lea yo y que me lo va a dejar cuando se lo acabe. Cuando le sugerí a mi hija alquilar la película basada en el libro, me dijo que no quería estropear la historia viendo una porquería.

—¡Lo sabía! —exclamó un padre—. La cosa consistía en dar con el libro adecuado.

Y el resto de los padres y las madres asintieron una vez más, como si ellos también lo hubieran sabido de siempre.

—¡Enhorabuena! —dijo un padre sentado en la última fila.

El señor empezó a aplaudir, mirando a la señorita Hempel con una gran sonrisa. Otros tres padres entusiastas empezaron a dar palmadas.

La señorita Hempel, de pie ante la pizarra, quiso hacerles una reverencia, o lanzarles un beso por los aires, pero sobre todo deseaba agradecerse. Darles las gracias.

Fue entonces cuando se le ocurrió que esas cosas de su padre que tanto la avergonzaban, tal vez hicieran felices a otras personas: a un niño al que le hubiera tocado bailar una danza popular, al camarero de un restaurante o al director del musical *Cats* representado por los alumnos de séptimo.

A la mañana siguiente, a la hora de tutoría, la señorita Hempel ayudó a Cilla Matsui a quitarse la mochila cargada de cosas.

—Tu padre tiene una actitud muy benevolente —le comentó a su alumna.

—¿Benevolente? —preguntó Cilla Matsui.

La señorita Hempel siempre decía palabras largas, que también usaba en sus anecdotarios, palabras como «sagacidad» y «perspicacia». Formaba parte de su ambicioso plan para aumentar el vocabulario de sus alumnos. Los niños, por norma general, no se esfuerzan en aprender palabras nuevas, a no ser que tengan alguna relación con su mundo.

—Eres un absoluto depravado, Patrick —decía la señorita Hempel—. No te lo voy a explicar. Míralo tú. Hay unos seis diccionarios abandonados en las estanterías de la biblioteca.

Y así, los comentarios de Adelaide eran astutos. Gloria tenía una mente ágil. La ortografía de Rasheed era irreprochable. Incluso los alumnos sin aspiraciones académicas se merecían un adjetivo rutilante. David D'Sousa, por ejemplo, era caballeroso. Las palabras como aquellas, como bien sabía la señorita Hempel, se quedaban grabadas en la memoria para siempre. Incluso tras sedimentarse la última capa de posos verbales, aún serían visibles, parpadearían como un anuncio luminoso:

«Pues sí, es verdad que era un sabio iconoclasta».

Porque los halagos no se olvidan jamás.

—Has estado verdaderamente beatífica durante el examen —le dijo la señorita Finch, su profesora de décimo—. Había que verte, mirando por la ventana con esa sonrisilla misteriosa. La verdad es que me tenías preocupada. Pero al final resultó que me entregaste el mejor examen de todos.

Por lo tanto, la palabra «beatífica» —complacida, santificada, serenamente feliz — ya sería siempre irrevocablemente suya. Aquel día la compartió con su padre al enseñarle la nota que había sacado. «¡Ja! —exclamó él con su gran sentido de la justicia—. ¡Ja!».

Las palabras poco halagüeñas, sin embargo, parecían ensombrecer las halagüeñas. Bueno, tampoco pasaba siempre, pero el elogio suelto que alguien le había dicho hace años parecía caerle del cielo cuando menos se lo esperaba, mientras que las palabras negativas eran elementos fijos del paisaje: bocas de riego, contenedores de basura, enormes esculturas públicas. Pero eran útiles, en cambio, como puntos de referencia. «¿Te acuerdas? —le decía a su padre—. El señor Ziegler era el del pelo blanco, el que nos hacía aprendernos a Milton de memoria». Y si eso no funcionaba, le decía: «¿No te acuerdas? Era el que me llamaba apática».

Su madre tenía una memoria espantosa, pero con su padre se podía contar siempre. Con su mente pulcra y fiable, clasificaba y archivaba todos los feos que ella iba encajando. «Ah, sí —decía—. El señor Ziegler ese». Al recordar aquellas conversaciones, pensaba que tal vez no fuera justo hacerle repasar el triste escenario de su paso por el instituto. Recordar las críticas recibidas en el pasado solo es divertido cuando se han desechado por ser risiblemente incorrectas. «¡Fracciones!», soltaba el célebre matemático. «Pero ¡si la señora Beasley me decía que era negada para las fracciones!».

Cuando su padre murió, en primavera iba a hacer un año, la señorita Hempel habló en su entierro, y también su hermano y su hermana pequeña, mucho más joven que ambos. Calvin habló del día en que se fueron los dos de excursión a Maine, y Maggie, antes de echarse a llorar, recordó que su padre le leía en voz alta todas las noches antes de dormirse, algo que le habría gustado seguir haciendo con él, aunque ya tenía diez años y sabía leer *El Hobbit* ella sola. En comparación, el discurso de la señorita Hempel sonó poco cariñoso. Describía a su padre yendo a recogerla a sus clases de música, cuando tenía catorce o quince años. Era invierno y hacía demasiado frío para quedarse en la calle esperando al autobús. Antes de meter el coche en el garaje, su padre la dejaba en la puerta de atrás para que no se mojara los pies en la nieve. Mientras ella avanzaba a trompicones por el sendero del jardín, él encendía y apagaba los faros del coche para iluminarle el camino. La luz dibujaba sombras en el jardín, haciendo que todo pareciera más grande de lo que era: el gato travieso de la familia, el cenador que tanto le gustaba a su madre, la piel de la capucha de su anorak. Nada más llegar a la puerta de casa, ella se daba la vuelta y hacía un gesto

con la mano para que su padre lo supiera. Desde allí no le veía, porque la luz de los faros la deslumbraba, pero le oía encenderlos y apagarlos. Clic, clic. Clic, clic. Hasta que no la veía entrar no daba marcha atrás.

Cuando la señorita Hempel acabó su charla, levantó la cabeza y se quedó mirando a los miembros de su familia. Ellos también la miraban a ella, esperando el final de la historia. La última vez que la señorita Hempel había estado en ese púlpito, muchos años antes, había tenido un público igual de expectante. Era la presentadora del auto de Navidad y, pese a haber recitado su texto con una claridad perfectamente dramática, olvidó decir la última frase: «Y los tres Reyes Magos siguieron la estrella de Belén». Hubo entonces una larga pausa y los tres hombres salieron de la sacristía, como propulsados por una gran explosión.

Durante el resto de la función le tocaba quedarse en el púlpito, mirando hacia el pesebre con un gesto distante, pero ella se puso a observar al resto de los niños con avidez, deseando que alguno de ellos cometiera un error peor que el suyo. Pero ninguno de ellos se equivocó. Lo tuyo le podía haber pasado a cualquiera, le diría su madre después, cosa que no era verdad. Algo así solo le podía pasar a ella. Mientras hablaba tenía los ojos alzados hacia la galería del coro, pero al ir llegando al final de su narración empezó a pensar en el maravilloso alivio que iba a sentir, dejando que su mirada descendiera hacia la congregación reunida abajo. Entre la gente descubrió a su padre, ligeramente inclinado hacia delante y aferrado con las dos manos al respaldo del banco que tenía delante. Le estaba sonriendo a ella, de oreja a oreja. Al verle perdió el control por completo.

En la segunda ocasión se quedó callada en el mismo púlpito, oteando a sus parientes que aguardaban con rostro esperanzado a que les soltara el último párrafo. En vez de eso, les lanzó una mirada desafiante, como diciendo: «¡Se acabó lo que se daba!». La imagen de su padre apagando y encendiendo los faros del coche. Fin de la película. En ese momento pensó algo que no solía pensar: ojalá estuviera allí su padre, sentado al borde del banco de la iglesia. A él le hubiera gustado la historia, porque la habría sabido entender.

—¿Ser benevolente es bueno o malo? —preguntó Cilla Matsui.

—¡Es bueno! —le dijo la señorita Hempel—. Una persona benevolente es generosa y amable.

—Ah, ya —dijo Cilla—. Eso me suena a mi padre.

Dwight, el padrastro de Toby, era el personaje del libro al que más odiaban sus alumnos. Les espantaban las humillaciones que imponía a Toby: pelar cajas llenas de castañas medio podridas y apestosas, ir a las reuniones de los *scouts* con un uniforme de segunda mano, jugar al baloncesto con zapatos porque no estaba dispuesto a comprarle unas zapatillas deportivas. Le odiaban por entrometerse entre Toby y su madre. Le odiaban por ser tan mezquino, inseguro y cruel. «Ese Dwight —

murmuraban desesperados—. Dan ganas de matarlo».

A medida que la situación de Toby iba empeorando, muchos estudiantes recurrían a la contracubierta del libro, para examinar la foto del autor: ese bigote tupido tan bonito, esos ojos de mirada tan tierna. «Da clase en la Universidad de Siracusa», comentaban. «Vive con su familia al norte de Nueva York».

Saber esas cosas les entusiasmaba, porque leer sobre el padre maltratador, los fracasos en el colegio, el empeño en huir de esa vida, en llegar a ser otra persona... todo ello les ponía tristísimos. «Qué vida tan dura tuvo», repetían, sacudiendo la cabeza. «Una vida dura de verdad».

Pero según ponía en la parte trasera del libro, a Toby le acababa yendo bien. Los chicos lo sabían por el feliz tándem que formaban la foto y la información publicitaria: ¡acababa siendo escritor! No se convertía en un borracho o un vagabundo. La contracubierta del libro prometía que se podía superar una infancia triste, que se podían hacer muchas cosas malas y que te hicieran muchas cosas malas, sin que el daño fuese irreparable. Muchas conversaciones especialmente lúgubres sobre los malos ratos de Toby acababan con esta idea reconfortante: «Ahora es un escritor famoso y con éxito». *Tobías Wolff*.

Fama y éxito. ¿Acaso esas dos cosas tenían algo que ver con la venganza? Porque sus alumnos de séptimo tenían un acusado sentido de la justicia. Querían que Dwight pagara por todo lo que les había hecho a Toby y a su madre, por todo el dolor que les había infligido. Querían presenciar un cara a cara dramático, preferiblemente violento, entre el chico y su padrastro. Aparte de eso, querían que Dwight sufriera de algún modo concreto y prolongado. El hecho de tener que vivir con un alma tan mezquina no les parecía un castigo suficiente.

—Seguro que él se habrá leído el libro, ¿verdad? —preguntó Will Bean.

—Así que ya sabrá que es un escritor famoso, ¿no? —dijo otro.

Esa idea les fascinaba: imaginar a Dwight como un anciano incorregible que iba dando traspies hacia la bodega, parándose por el camino a mirar el escaparate iluminado de una librería. Y ahí está Toby, el mismo Toby del bigote gamberro que salía en la foto de la contracubierta, pero mucho más grande. Sus libros forman una ordenada pirámide que se eleva hacia los cielos, «EL LIBRO MÁS VENDIDO», dice el cartel. Por el cristal del escaparate, el anciano oye el ruido de la caja registradora al abrirse y cerrarse. Incluso ve a los clientes haciendo cola. Y con sus ojos viejos y llenos de legañas alcanza a ver el título del libro que tienen en las manos.

—Si lo ha leído, sabrá que hay millones de personas que le odian, ¿a que sí? —dice una de sus alumnas.

Lo que supondría, por supuesto, que no le dejarían ser socio del Elks Club, que su última esposa le mandaría los papeles del divorcio, que a su casa llegarían sacos de cartas poniéndole verde, y que tendría que ir al supermercado a hurtadillas, levantándose la cazadora para taparse la cabeza.

—Creo que ya se murió —les dijo la señorita Hempel.

Sus alumnos dieron un aullido de pena que llenó el aula.

—Un escritor no suele publicar un libro como este hasta que hayan muerto todos los personajes reales —les explicó—; para no ofender a ninguno de los que salen.

Dwight, muerto y enterrado antes de que el libro llegara a las tiendas. Menuda injusticia tan grande.

—¿Y Rosemary? ¿También ha muerto? ¿No llegó a ver lo buen escritor que es su hijo? ¿No llegó a ver lo bien que le iba al final?

Esto también les parecía tremendamente injusto.

—No, no —dijo la señorita Hempel—. Rosemary aún vive, creo. Mirad en las primeras páginas de vuestro libro. Él le da las gracias, porque ella le hizo algunas correcciones en la cronología de los hechos.

—Ah, bueno —dijeron sus alumnos, aliviados—. Menos mal.

Era una buena ocasión para hacer una pesquisa ética.

—Si estuvierais escribiendo un libro sobre vuestra vida y retratarais a alguien de un modo poco halagüeño, ¿esperaríais a que esa persona se muriese? ¿O publicaríais el libro antes?

Sus alumnos no parecían entenderla.

—Yo no puedo escribir un libro, porque no tengo suficientes cosas que contar —dijo Simon Grosse.

—¡Eso no es verdad! —dijo la señorita Hempel—. Todos y cada uno de vosotros podéis escribir un libro. Varios libros, si os ponéis —añadió, intentando recordar lo que Flannery O'Connor había dicho del tema—: Cualquiera que haya superado la infancia tiene material para estar escribiendo hasta el día de su muerte.

—Aún no la hemos superado —dijo Henry Woo.

—Pero la superaréis —dijo la señorita Hempel—. Y cuando llegue ese momento, tendréis miles de cosas sobre las que escribir. De pequeños todos hacemos cosas interesantes.

—¿Y cosas malas, como Toby?

—Y cosas malas también. Todo el mundo las ha hecho, aunque no sea capaz de reconocerlo.

Los chicos guardaron silencio durante unos instantes, como si, por pura cortesía, necesitaran demostrar que estaban asimilando una información de semejante calibre.

—¿Y usted hacía cosas malas, señorita Hempel?

Debería habérselo imaginado.

—Bueno, seamos lógicos —dijo—. Todo el mundo me incluye a mí, ¿no?

Con la avaricia dibujada en el rostro, sus alumnos se inclinaron hacia delante.

—¿Cosas malas como cuáles? —preguntaron, levantando las patas traseras de las sillas en el aire.

Tras soltar un largo suspiro de resignación, la señorita Hempel dejó caer los brazos como si fueran dos sacos.

—¿De verdad lo queréis saber? —preguntó con un quejido, como si al final,

coaccionada por sus alumnos, hubiera tenido que ceder a sus exigencias—. ¿De verdad me vais a obligar a hacer esto?

En realidad, le encantaba hablar de sí misma, sobre todo con sus alumnos.

Todas las cabezas asintieron con entusiasmo.

—Veía la tele cuando lo tenía prohibido. Y a veces me quedaba jugando en la calle cuando ya se me había pasado la hora de volver a casa.

Las patas de las sillas volvieron a posarse sobre el suelo.

—¿Y ya está?

—No siempre era respetuosa con mis padres.

David D'Sousa esbozó una sonrisa tristona.

—Y una vez me clavé una aguja en la nariz —dijo la señorita Hempel—. Mi madre apartaba la vista al verme entrar por la puerta, como si viera una película violenta. Estaba indignada conmigo.

—Caroline Pratt se clavó un alfiler en el ombligo —comentó Adelaide.

Caroline era una niña que estaba en octavo.

—Y ni siquiera se puso hielo —les informó Adelaide.

La señorita Hempel repasó su colección de fechorías, intentando encontrar alguna que pudiera compartir con su clase de séptimo.

—Me caían bien los niños que hacían monopatín, o *skateboard*, como decís vosotros. Les ayudaba a teñirse el pelo y se me ponían las manos perdidas. Y siempre me la cargaba por ponerme cosas raras para ir al cole. Una vez me puse un...

—Señorita Hempel, ¿siempre quiso ser profesora? —le preguntó alguien.

Le sorprendió que la conversación derivase de pronto hacia ese tema, pero al instante se dio cuenta de que sus alumnos creían saber la respuesta. ¡Pues claro que siempre quiso ser profesora! Era su modo de ofrecerle una salida fácil, una manera de excusar que su infancia hubiera sido tan normalucha.

—¡No! —dijo—. Desde luego que no.

—¿Por qué no? —le soltaron en tono de reproche—. Le gusta ser profesora, ¿no? —añadieron, desconcertados ante la posibilidad de que no fuera así—. Sí que le gusta. Y sacaba buenas notas en el colegio.

Lo decían con un convencimiento absoluto, como si se tratara de un lugar común, de una asunción que no hiciera falta poner en duda. Con todo, el hecho de que lo hubieran dicho, de que hubieran sacado el tema en plena indagación en las faltas de la señorita Hempel, sugería que, en el fondo, en lo más profundo de sí mismos, sabían que no era cierto. Era sorprendente su eficacia para descubrir la verdad. Probablemente fuese la explicación de que los niños resulten tan útiles en los relatos y las películas sobre injusticias sociales, como *Matar a un ruiseñor*. Pero la señorita Hempel no tenía claro que esa capacidad fuese algo tan digno. Solo era una de las cosas que sabían hacer, igual que los perros oyen algunos tonos muy altos, o los rayos X ven a través de la piel y los tejidos, llegando hasta la silueta fantasmagórica de los huesos.

La señorita Hempel soltó un suspiro, pero uno de verdad.

—Mi colegio tenía un nivel académico muy alto. Tenían unas expectativas muy altas en cuanto a nuestros resultados.

—¿Y usted era de las que sacaban muy buenas notas?

—No —dijo la señorita Hempel—. No lo era.

Y con eso, al fin, logró impresionarles.

—Se me daban bien todos los exámenes tipo test, como los de ingreso en un colegio nuevo, en los que sacaba muy buenas notas. Era una lumbrera en todo lo que fuera de tachar o elegir entre varias respuestas. Y en las respuestas cortas también. Lo que me costaba era desarrollar mucho una idea. Ya sabéis a lo que me refiero, a elegir un argumento y entrelazar los hilos de la historia.

»Y mi colegio daba mucha importancia a esas cosas, a los trabajos escritos, tanto los cortos como los largos, que nos pedían a lo largo del curso, y también a la típica pregunta larga al final de un examen. No era porque no tuviera nada que decir o porque no tuviera ideas. Tenía muchas, demasiadas, tantas que mis escritos eran difíciles de entender.

»¿Os ha dicho alguien alguna vez que tenéis mucha capacidad, pero que la estáis desaprovechando? Pues eso era lo que me decían a todas horas en el instituto.

»Así que me ponía nerviosísima cuando tenía que entregar un trabajo. Me decía a mí misma: “Esta vez voy a demostrar toda la capacidad que tengo. Voy a hacer un esquema, preparar un borrador, escribir un párrafo cada noche. Voy a organizarme bien el tiempo”. Y me pasaba dos semanas planificando el asunto, hasta que llegaban las tres de la mañana, tenía que entregar el trabajo dentro de cinco horas, pero no conseguía reflexionar sobre ninguna de mis ideas durante el tiempo suficiente como para sentarme a escribirla.

»Ese es el motivo por el que os hago entregar los esquemas que hacéis para un trabajo —concluyó la señorita Hempel—. Y también los borradores. Aunque me odiéis por ello.

Pero nadie pareció apreciar su amago de broma. Sus alumnos la miraban con gesto sombrío.

—Entonces, ¿cómo se convirtió en una buena profesora? —le preguntó Cilla Matsui—. ¿Cómo logró entrar en una buena universidad y convertirse en profesora?

—Pues no lo sé —contestó la señorita Hempel—. Empecé a tomármelo en serio, supongo. Senté la cabeza, como se suele decir.

Fue en el instituto cuando toda esta capacidad desaprovechada salió a la luz. Hasta entonces solo se la consideraba «estupenda»: una chica estupenda, una alumna estupenda. «Un placer tenerla en clase», decían. Pero a partir de noveno se dio cuenta de que su «estupendez» iba desapareciendo, escondiéndose en un frío y oscuro depósito que tenía oculto en su interior. «¡Creo que está ahí!», gritaban sus profesoras en la oscuridad. «¡Ahí está!», insistía su padre. «Pero ¿dónde?», hubiera querido preguntar ella. Porque había algo ligeramente sospechoso y embaucador en el tono de

voz con el que le hablaban, como si solo ella supiera el escondite y se negara a decírselo simplemente por llevarles la contraria.

Queridos padres:

Hace poco han recibido un anecdotario sobre su hijo/a. Tal vez no resulte evidente de entrada, pero este anecdotario lo ha escrito su hijo/a, desde la perspectiva de una de sus profesoras. En respuesta a las peticiones de los alumnos, no he incluido una nota de explicación. Querían ser ellos quienes les explicaran el ejercicio a su modo, y espero que hayan podido hablar con sus hijos e hijas sobre las cartas que han escrito. Dicho esto, me gustaría aportar mis propias ideas sobre este trabajo y proporcionar un contexto para poder entender estos «anecdotalios».

La idea de llevar a cabo esta tarea surgió a partir de un fragmento del libro de memorias que estamos leyendo ahora, Vida de este chico, de Tobías Wolff. En ese fragmento del libro, Toby cuenta que está deseando librarse de su padrastro maltratador y poder marcharse del poblacho donde vive. Entonces su hermano mayor le sugiere que pida una plaza en un internado, idea que a Toby le entusiasma, pero luego se da cuenta de que, con las malas notas que tiene, jamás le aceptarían. La ayuda llega cuando su mejor amigo, que trabaja en la secretaría del colegio, le proporciona hojas con el membrete oficial del centro, para que pueda elaborar sus propias cartas de recomendación.

«Estaba lleno a rebosar de cosas que había que decir, lleno a rebosar de verdades silenciadas. Eso era lo que tenía conciencia de estar escribiendo: la verdad. Era una verdad que solo sabía yo, pero creía en ella más de lo que creía en los hechos aportados en su contra. Estaba convencido de que, pese a no ser un hecho demostrable, yo era un alumno de primera. Del mismo modo, estaba convencido de que llevaba dentro un Águila de los Boy Scouts, un nadador colosal y un chico íntegro. Eran ideas sobre mí mismo que tenía desde hacía años. Ahora iba a verbalizarlas...

»Escribía sin pasión ni hipérboles, usando las palabras que habrían usado mis profesores si me hubieran conocido como me conozco yo. Estas serían las cartas que ellos habrían escrito. Y el chico que vivía dentro de esas cartas, el espléndido fantasma que representaba todas mis esperanzas, tenía, precisamente, o eso creía ver yo, mi propio rostro».

Esperaba que mediante este ejercicio cada uno de mis alumnos y alumnas pudiera expresar el modo en que se ve a sí mismo o a sí misma, desde una perspectiva que puede ser distinta de la de sus profesores, padres o amigos. Quería darles la oportunidad de identificarse y celebrar lo que ellos ven como sus grandes méritos. Durante esta etapa crucial de su desarrollo, los niños necesitan, creo yo, poder expresar lo que se creen capaces de hacer.

Los estudiantes abordaron el proyecto con un entusiasmo que me abrumó. Al intentar imitar a sus profesores, escribían textos más largos, más detallados, con unas expresiones más complejas y un vocabulario más variado del que han usado jamás. Los errores ortográficos y gramaticales desaparecieron de golpe; los borradores se sometían a revisiones exhaustivas. A todos les parecía importante que sus anecdotarios parecieran convincentes.

La decisión de enviar estos anecdotarios a casa se debe a mi deseo de compartir con ustedes estos autorretratos tan personales y, en algunas ocasiones, tan reveladores. Al leerlos me han parecido ora graciosos, ora conmovedores y, como escribe Tobías Wolff, llenos a rebosar de verdades. Estaba convencida de que ustedes, como padres, sabrían apreciar esta oportunidad de ver a sus hijos como ellos se ven a sí mismos. La intención no era, como creo que algunos alumnos han interpretado erróneamente, hacer una broma.

Espero que este trabajo les aporte algún dato interesante sobre su hijo y, en caso de que se haya producido algún malentendido o molestia, lo lamento profundamente. Les ruego que no duden en ponerse en contacto conmigo si tienen alguna otra duda o inquietud.

La señorita Hempel distribuyó estas cartas, todas ellas firmadas a mano, entre sus alumnos.

—Por favor —les dijo—, es imprescindible que entreguéis estas cartas a vuestros padres. Que sea lo primero que hagáis esta tarde, antes de cualquier otra cosa. Lo que contienen es absolutamente fundamental.

Pese a haber omitido ciertos detalles, conviene destacar la alegría con la que la señorita Hempel había sacado las hojas y los sobres con el membrete del colegio, que llevaba escondidos en el jersey; las instrucciones que les había dado a sus alumnos para que perfeccionaran la copia de su firma, inclinándose sobre sus pupitres para hacerles mejorar la curva de la *L* final. Los saltitos que daban los chicos y las chicas en sus asientos, soltando risillas perversas y frotándose las manos como si fuesen malísimas personas. Y que ella había sido incapaz de contarles que sus anecdotarios, fabricados con tanto mimo, serían detectados como falsos desde el primer instante en que los vieran.

No acababan de sonar bien. Y las firmas eran espantosas.

Hubo una ocasión en que la señorita Hempel se planteó hacer una falsificación, cuando era muy pequeña. En su colegio habían implantado una nueva norma: los padres tenían que firmar todos los exámenes y los trabajos que se hicieran durante el curso, de modo que al mandar las notas finales a casa, no hubiera sorpresas desagradables. De acuerdo con la nueva norma, la señorita Hempel dejó uno de sus trabajos en la mesa de su padre, con una notita en la que le pedía que se lo firmara. En el trabajo le habían puesto un cinco y medio.

Aquel día, por la tarde, se tumbó boca abajo en la cama, aún medio mojada por el baño que se acababa de dar. Con la piel enrojecida por el calor del agua, levantó la cabeza para mirar sobre su hombro, oteando la húmeda superficie de su cuerpo, que le recordaba, con cierto placer, al de una morsa, aunque la comparación no fuera demasiado halagüeña. Se decidió por una foca, una enorme foca suave y reluciente. Luego imaginó a un cazador tosco y grandullón codiciando su piel.

Pero entonces un ruido la interrumpió: el siseo de algo deslizándose bajo su puerta. Para su gran desilusión, solo era su trabajo del colegio. Se levantó de la cama, se encaminó descalza hacia la puerta y se agachó para recogerlo.

Lo que vio fue espeluznante. Su padre no solo había escrito en el espacio superior de la hoja, como ella le pedía en su nota, sino también en los márgenes. Su letra firme había colonizado toda la hoja. Las expresiones que usaba eran misteriosas —«No, no, aquí está siendo irónica»—, frenéticas e inconexas, como los gritos de una persona en medio de una pesadilla. Al mirarlo con más detenimiento, se dio cuenta de que eran comentarios en respuesta a los que había escrito su profesor, el señor Ziegler. A su acusación de «Frase confusa», su padre replicaba «Bien matizado». Ante la pregunta sobre el nexo entre un párrafo y otro, su padre explicaba: «Resulta natural esta transición de una definición general a un caso particular». El diálogo continuaba hasta la última página, en la que su padre llegaba a su eufórica conclusión: que se trataba de un ensayo de una originalidad incomparable, por sus saltos tan impredecibles como ingeniosos y sus sorprendentes vericuetos. En la parte inferior de la hoja había escrito, en cifras de trazo impecable: 9,5. Por si acaso, lo había puesto dentro de un rotundo círculo.

—¡Tenías que poner tu nombre! —gritó ella, saliendo a la escalera—. ¿Por qué te cuesta tanto firmar con tu nombre y ya está?

De vuelta en su dormitorio, oyó los pasos metódicos de su padre subiendo los escalones.

—¡A mí no me metáis en esta historia! —gritó, mientras guardaba el trabajo dentro de su carpeta del colegio.

Pero tendría que disculparse con el señor Ziegler, al que le diría: «A mi padre se le ha ido la olla».

Se levantó otra vez de la cama, fue hacia la puerta y la abrió unos centímetros, diciendo por el hueco:

—No vuelvas a hacer eso en tu vida.

—Lo siento, cariño —murmuró su padre, al que casi no oía, aunque estaba al otro lado de la puerta—, pero no puedo asegurarte que no vuelva a hacerlo.

Fue en ese instante cuando, por vez primera, se le pasó por la cabeza la posibilidad de hacer una falsificación. En cambio, a partir de entonces optó por pedir a su madre que le firmara los trabajos del colegio. Le parecía mucho más sencillo que recurrir al fraude. Y sabía, además, que si intentaba recurrir a la falsificación, la pillarían con toda seguridad. Los profesores siempre estaban atentos a ese tipo de

engaños.

Y los padres también, pensó la señorita Hempel. Se suponía que los padres estaban atentos. Tenían que revisar los programas que sus hijos querían grabar de la tele por cable, tenían que fijarse en la letra de la música pop que oían sus hijos, tenían que olerles el jersey cuando volvían a casa y tenían que mirar para ver si habían escondido algo debajo del colchón. Y, desde luego, se suponía que sabrían distinguir entre la prosa de la señorita Hempel y la de un niño de séptimo. Ella había leído todos y cada uno de los anecdotarios, de modo que la confusión le parecía inconcebible.

Algunos eran panegíricos, ni más ni menos: «Adelaide es, sin duda, la alumna de francés más extraordinaria que he tenido durante los 26 años que llevo en la enseñanza». Otros eran enmiendas: «Le ruego que olvide mi llamada telefónica de la semana pasada. Matthew ya no está incordiando en clase». Otros planteaban la publicación: «El trabajo de cinco párrafos de Elliott es tan magnífico que creo que debería enviarlo a la revista *Newsweek*». Otros recomendaban la acción inmediata: «A juzgar por su excelencia en todas las áreas, creo que Emily está preparada para presentarse a los exámenes de acceso y tal vez pueda entrar en la universidad antes de lo previsto».

Y había anecdotarios que lo hacían todo a la vez.

Querida Melanie Bean:

Le escribo a propósito de su hijo. En los últimos tiempos ha destacado sobremanera en clase de lengua. Ha sacado la mejor nota posible en todos los exámenes y tests de esta asignatura. Está superando con creces a todos los demás alumnos en cuanto a notas, conversación y participación. Estoy encantada de dedicar parte de mi tiempo libre a ampliar sus conocimientos en esta materia que tan bien se le da. Me gustaría plantear la posibilidad de pasarle a octavo, pues creo que un nivel superior sería más adecuado para su potencial. Aunque se perdería la clase diaria de español, creo que es una asignatura nimia para cualquier persona con su capacidad mental y de momento solo le está perjudicando. He enmarcado muchos de sus trabajos, pues todos ellos me parecen una fuente de inspiración, sobre todo la poesía. William es un ejemplo a seguir y jamás le olvidaré. Sugiero que le anime a que saque partido a su talento.

Atentamente,

Beatrice Hempel

Will Bean no se parecía en nada a su madre. Era un niño pequeño y paliducho, una especie de duendecillo que tal vez fuera un incordio, pero amable y benigno, uno de esos seres que aparecen de pronto tras un pupitre y saludan con la mano. Lo que más le gustaba era una colección de libros sobre una comunidad religiosa formada por

ratones, erizos y campañoles. Todos los animalillos formaban parte de la orden benedictina y llevaban una vida tan piadosa como alegre. Will aludía a ellos con frecuencia. Tenía escrito un programa de radio en el que él interpretaba todos los personajes: la voz campanuda del abad tejón, las risillas de los ratones de campo, que aún eran novicios y tenían que trabajar en las cocinas del monasterio. Incordió a la señorita Hempel para que pidiera prestada una casete con la que toda la clase pudiera escuchar su programa. En términos anecdóticos, se le podría describir como «caprichoso» o «inventivo», o «deliciosamente imaginativo».

La señora Bean, en cambio, era alta, lívida y atosigada. Cuando la señorita Hempel la vio a las puertas del colegio, parecía un árbol del que colgaban incontables bolsas: la del portátil, la del tinte, la de la ropa de fútbol de Will. A la señorita Hempel no dejaba de asombrarle la claridad con la que imaginaba la vida de sus alumnos —Will tenía taekwondo el martes después de clase y la tarde del miércoles la pasaba con su padre—, mientras que las de sus padres las veía mucho más sombrías. En la vida de la señora Bean solo veía indicios de algún trabajo agotador.

—¿Tiene un minuto? —le preguntó la madre de Will aquel día.

La señorita Hempel le dijo que por supuesto que sí.

—Quería hablar con usted del trabajo ese.

¿Le habría parecido una engañifa y una trampa, como a la señora Woo? O quizá le hubiera pasado lo mismo que a la señora Galvani, que había llamado a todos sus parientes, incluso a los de California, para contarles la maravillosa noticia. Lo improbable, sin embargo, era que el trabajo le hubiera encantado y que le pareciera una ocurrencia original, ingeniosa y atrevida. Eso solo lo pensaba el señor Radinsky.

Lo que la señora Bean quería decirle era que el trabajo le parecía una crueldad. O tal vez no una crueldad, pero sí una injusticia, porque llevaba mucho tiempo esperando a que alguien se diera cuenta de lo que ella siempre había sabido sobre Will, para acabar viéndolo convertido en un simple trabajo de curso.

Menudo disgusto se había llevado. ¿Acaso la señorita Hempel no era capaz de entender algo semejante?

El señor Dunne, que era su tutor en la universidad, fue el primero en darse cuenta de la discrepancia. Puntuaciones impresionantes en los exámenes, malas notas durante el curso. Consultaron a un especialista, le hicieron una serie de pruebas y le recetaron una medicación. Las pildoritas, las llamaba su padre. El medicamento le producía un ligero temblor de manos, pero se le pasó enseguida. Y entonces apareció un aplomo tímido y recién descubierto. Su madre le empezó a encargar la felicitación navideña. Se puso a escribir críticas de cine para el periódico de la universidad. Tenía facilidad para las palabras y se le daba bien contar historias.

A su juicio, no obstante, las historias que escribía parecían espachurradas, como si alguien se les hubiera sentado encima sin querer. Y como si ninguna de las partes

interesantes hubiera sobrevivido al suceso. Sí, su padre le encendía los faros del coche y sí, ella le hacía un gesto con la mano antes de entrar en casa. Esos detalles eran pétreos. Estos no: cómo ella saludaba con elegancia y lo radiante que era su sonrisa, cómo los faros del coche iluminaban la llegada de una celebridad. Cómo su sombra, proyectada sobre la nieve, parecía enorme.

—Ha sido precioso —le dijo su tía cuando volvió a su sitio en la iglesia—. Me parece estar viendo a mi hermano Oscar hacer lo que has contado, lo de esperar a que entraras en casa para asegurarse de que llegabas bien.

«Precioso» no era la palabra que ella esperaba oír. Su historia no era sobre seguridades, preocupaciones y gestos de cariño. Estaba contando algo relacionado con el peligro y la intriga; era una historia sobre los tiempos anteriores a la medicación, cuando su padre y ella se comunicaban con un código —clic, clic— como hacen los verdaderos cómplices. Eran los tiempos en que aún tenían montada una conspiración para demostrar que el mundo entero estaba deplorablemente equivocado. Esa era la historia que había querido contar. Entonces, ¿cómo le había salido algo tan distinto? Era algo que ni ella reconocía como propio. Hasta su padre —su compañero de conspiraciones, su entusiasta seguidor— se había convertido en alguien a quien le daba la impresión de no conocer bien. Un personaje amable, envuelto en sombras, sentado en su coche. «Benevolente. Meditabundo. Considerado con los demás».

Coco

Se celebraba la Asamblea Anual sobre Seguridad en los Colegios. El agente de policía parecía un hombre bajo y abandonado en mitad del escenario mientras iba desgranando las posibles amenazas: exhibicionistas metidos en una gabardina; cuchillas de afeitar metidas en una manzana; desconocidos metidos en un coche.

La señorita Hempel estaba deseando levantar la mano. ¿No se estaba dejando cosas sin decir? Ni siquiera había mencionado los predadores a los que ella más odiaba. ¿Y no debería darle un tono de advertencia al asunto, para asustar a la gente?

Los detalles truculentos que se saltaba el policía los proporcionaba la generosa imaginación de la señorita Hempel. La reluciente furgoneta negra, los siniestros payasos con pelucas de colores chillones. Los interiores sombríos, las manchas en la moqueta. Las puertas que se cerraban con un portazo seco.

La señorita Hempel tensó los músculos mientras un oscuro terror le recorría el cuerpo.

En la última fila del auditorio, los alumnos de octavo se agitaban nerviosos en sus asientos. Zander terminaba su imaginario solo de batería dando un castañazo en un platillo invisible. Elias dibujaba un niño pequeño y escuchimizado en la parte de atrás de la carpeta de Julianne. Jonathan aporreaba con la punta de la zapatilla de deporte el respaldo del niño de séptimo que tenía sentado delante. La señorita Hempel contempló a sus alumnos, desplegados ante sus ojos: un enjambre de niños inquietos, ensimismados, vulnerables.

—Vamos, chicos —les riñó el señor Peele, micrófono en mano—, que esto va en serio.

Afirmación que logró arrancar una estrepitosa carcajada a la última fila. Entonces los alumnos de octavo fueron desterrados a sus respectivas aulas. Mientras salían del auditorio, dándose golpes contra todo lo que se encontraban por el camino, el señor Peele, tapando el micrófono con la mano, mandaba a los profesores correspondientes que acabaran la labor iniciada por el agente.

—Y no os olvidéis de contarles lo de la organización de defensa de la infancia —les dijo.

Pero los profesores ya estaban saliendo por la puerta, mirándose los unos a los otros y poniendo los ojos en blanco en señal de complicidad. Les acababan de endosar el enésimo problema, como las lecciones de educación sexual, la supervisión de las excursiones escolares o la organización de las campañas de recogida de alimentos enlatados y los concursos de baile.

Los alumnos de la señorita Hempel, que se iban abriendo paso a codazos, entraron en clase orgullosos de su actuación.

—¡Hoy no damos francés! —anunció Sasha a gritos.

Con aire triunfal, soltaron las mochilas en las sillas.

—¿Cuántas horas de recreo nos quedan hasta la hora de comer? —preguntó Geoffrey.

No tenían la menor idea de lo que era el peligro.

—¿Es que no sabéis la cantidad de cosas horribles que os pueden pasar? —exclamó la señorita Hempel, cerrando la puerta de la clase.

Sus alumnos la miraron con frialdad. La asamblea sobre seguridad no les servía de nada. Ellos ya no eran unos pequeñajos a los que se pudiera llamar «monín». Ya sabían muchas cosas.

—¿Quieres un caramelo, niñita? —dijo Elias con una vocecilla zalamera.

¿Quién iba a picar con una tontería así? Seguro que hasta los de quinto y sexto se lo sabían.

—Vamos, que no es por nosotros por quien hay que preocuparse —dijo Sasha.

—¡Eso! —corearon todos.

Y, a continuación, la queja contenida: nadie parecía darse cuenta de que ellos ya casi estaban en el instituto, así que podían arreglárselas perfectamente solos.

—Pero ¿es que no habéis oído hablar de esos payasos que raptan niños como vosotros? —insistió la señorita Hempel—. Son unos que van en una furgoneta.

—Por Dios, señorita Hempel —dijo Julianne con un suspiro—, que no nos va a pasar nada. De verdad.

—¿Os imagináis a un payaso raptando a Jonathan Hamish? —preguntó Sasha.

Todos se volvieron para mirar a Jonathan, que se había arrancado la suela de la zapatilla deportiva y estaba intentando metérsela a Theo por el cuello de la camisa. La lógica era la siguiente: en el caso improbable de que Jonathan se dejara seducir por la idea de poder explotar uno de esos petardos con forma de botella de champán y acabara metido en una oscura y sucia furgoneta, desesperaría a los payasos antes de que pudieran hacerle nada malo. Solo de pensarlo, a todos les dio la risa: los payasos derrumbados, con la peluca torcida y el mismo gesto atónito que ponían a veces los profesores de Jonathan.

Entretanto, Theo se retorció valerosamente, defendiéndose de su agresor.

La señorita Hempel le confiscó la suela de la deportiva.

—¿Y qué va a hacer Jonathan, qué va a hacer cualquiera de vosotros, cuando los payasos se os acerquen por la espalda y os den un porrazo en la cabeza con un hierro? —preguntó a sus alumnos—. ¿Y si os ponen una toalla empapada en cloroformo debajo de la nariz y os desmayáis? ¿Y si perdéis el conocimiento? ¿Qué vais a hacer entonces?

—¿De verdad hacen eso? —preguntó Geoffrey.

—¿Enserio? —preguntó Julianne.

—¡Pues claro! —les dijo la señorita Hempel—. Lo he leído en el periódico.

Los alumnos de octavo se quedaron atónitos. Y la señorita Hempel también se quedó atónita ante la enormidad de su mentira. En general, solo contaba mentirijillas,

porque mentir se le daba mal. Era una cosa genética. Su padre también había sido un pésimo mentiroso. Cuando su madre le preguntaba: «¿Has llamado al señor de la aseguradora?», contestaba con un «¡Sí!» tan confiado que estaba claro que no le había llamado. En una ocasión, cuando fue a buscarla al colegio y se retrasó tres cuartos de hora, miró al salpicadero y masculló: «Una emergencia en el hospital», aunque los pantalones de tenis que llevaba en el asiento trasero apestaban a sudor.

Pero con las cosas importantes era escrupulosamente honesto. Si se enfrentaba a un problema difícil, jamás mentía, se escaqueaba ni dudaba lo más mínimo.

—El síndrome del *shock* tóxico se produce cuando una mujer se deja puesto un tampón o un diu durante mucho tiempo —le explicó un día—. Entonces las bacterias que se le acumulan en la vagina le producen una infección que le pasa al torrente sanguíneo y que puede, aunque no suceda siempre, producirle una muerte inmediata.

La mastectomía y el herpes se los describió con la misma claridad.

La señorita Hempel siempre había admirado ese modelo de conducta.

—La sodomía es una de las cosas que pasan en esas furgonetas —les dijo a sus alumnos—. Y aunque «sodomía» puede describir cualquier clase de relación sexual, suele referirse al sexo anal.

Los niños parecían saber bien de qué hablaba. Roderick hizo una broma sobre alguien que se daba una ducha y tenía que agacharse para coger una pastilla de jabón del suelo. Todos los demás soltaron una risilla insegura y se movieron, incómodos, en sus asientos.

—¿Eso es lo que te hacen los payasos mientras estás desmayado? —preguntó Theo.

—Exactamente —dijo la señorita Hempel.

Y todos se quedaron callados. Los payasos anteriores, esos tan ridículos que iban con peluca y llevaban una bolsa de caramelos, habían sido sustituidos por otros distintos: unos que se paseaban por la clase con una barra de hierro en la mano, agitando una toalla por los aires mientras se desabrochaban los pantalones.

—¿Ahora entendéis por qué nos da miedo que os pase algo? —les dijo la señorita Hempel—. ¿Y por qué queremos que tengáis cuidado?

Todos asintieron. Estaban como pasmados. A la señorita Hempel le entraron remordimientos.

—¡No es para tanto! —les dijo—. Por las calles hay pegatinas explicándolo. Todos las habéis visto, ¿a que sí? Esas azules que tienen un faro.

—El Cobijo —dijo Sasha con voz de aburrimiento.

—¡Justo! —dijo la señorita Hempel—. Si veis esa pegatina en el escaparate de una tienda, sabéis que podéis entrar a pedir ayuda y que ellos se encargarán de llamar a vuestros padres.

—En caso de que los payasos intenten zurrarnos, quiere decir —aclaró Zander.

—O si se os acerca cualquier desconocido —dijo la señorita Hempel—. Cualquiera que os haga sentir incómodos.

—¡Pero si eso del Cobijo no funciona! —dijo Gloria—. Un día me siguió un tío asqueroso desde la parada del autobús y entré en el videoclub, que tiene una pegatina de esas, y me dijeron que no sabían de qué iba el tema.

—¿Un tío asqueroso te siguió hasta tu casa? —le preguntó la señorita Hempel.

—Iba cantando «You Are The Sun, You Are The Rain» en voz muy bajita, para que solo pudiera oírle yo. ¿Sabéis qué canción es? —preguntó a los de su alrededor.

Las otras niñas soltaron un bufido de desprecio.

—¿Cuándo te pasó eso? —le preguntó la señorita Hempel.

—¡Nos pasa siempre! —gritaron las niñas y, como si fueran una bandada de palomas asustadas, se levantaron a la vez como si alzaran el vuelo.

¿Cómo no lo iba a saber la señorita Hempel? Había personas siniestras por todas partes: en el callejón detrás del banco, con una escoba en la mano; en el metro, alargando el brazo para tocarte el culo; en el parque, pidiéndote permiso para tocarte el pelo. «¿Qué libro estás leyendo? ¿En qué curso estás?». Las niñas daban botes en sus asientos, indignadas, enternecidas las unas con las otras, pero intentando superarse en sus relatos. Una mañana, cuando iba al colegio. Una vez que fui a casa de mi prima. ¡No, espera! Un día, cuando yo tenía como doce años...

Siempre que hacían un debate sobre algún tema, solían acabar así: las chicas en un glorioso arrebató de furia, los chicos mirando bobamente al suelo. ¿Cómo se le iba a ocurrir a un payaso intentar raptar a una de esas hermosas niñas?, se preguntó la señorita Hempel. Con lo vivarachas, listas y desconfiadas que eran. Con esas piernas tan fuertes que tenían, de tanto chutar, jugando al fútbol, y de tanto saltar, jugando al baloncesto. Con lo indignadas que estaban con el mundo.

Los niños, en cambio, eran toscos y atolondrados, con cuerpos de proporciones extrañas. Algunos de ellos por fin habían empezado a dar el estirón. Llevaban voluminosos pantalones que les colgaban de las caderas. Sonreían sin cesar. En invierno, cuando hacía mucho frío, se negaban a ponerse el abrigo para salir al recreo. ¡Nos entra mucho calor al correr!, decían. Llevaban unas camisetas enormes que se les abombaban en torno a los bracillos huesudos cuando tomaban aire al jugar. La pelota casi nunca llegaba a la red, pero no parecía afectarles demasiado. Lo importante era pasar la pelota, respirar con frenesí y lanzarse hacia la otra punta del campo. Y, aunque las chicas se pasaran la vida tirándoles de la manga para que les hicieran caso, eran los chicos los que les tiraban del corazón, por así decirlo, porque les parecían más susceptibles de una abducción a manos de un payaso.

La señorita Hempel se había quedado preocupada porque no sabía si la historia que se había inventado esa mañana resultaría ser cierta o si los hechos no tendrían ningún viso de realidad. El detalle del cloroformo le inquietaba porque tenía el dramatismo cristalino de una mujer corriendo por la calle con un largo fular de seda arrebolado en torno al cuello. Era un anacronismo, una rémora de los tiempos de la esclavitud

sexual, el contrabando de opio y los ladrones de guante blanco. ¿De dónde habría sacado lo del cloroformo? De algún *Tintín*, probablemente.

—Si quisieras raptar a alguien, ¿qué usarías? —le preguntó a Amit.

Estaban ya en la cama, con las luces apagadas.

—Me refiero a qué usarías para dejar a la persona inconsciente y así poder meterla en tu furgoneta —le explicó.

—Cloroformo, supongo —dijo él.

—¿En serio? —dijo, entusiasmada de pensar que el hombre con quien se iba a casar se planteara los delitos del mismo modo que ella—. ¿No existe algo más moderno? ¿No han salido miles de productos químicos nuevos?

—No, yo creo que el cloroformo estaría bien para eso —dijo él.

—Qué bien —dijo ella—. Lo mismo había pensado yo.

—¿Piensas raptar a alguien o qué? —le preguntó él.

—Puede que sí —dijo ella, antes de añadir con una carcajada y un cachete en el brazo—: ¡Qué va!

A continuación se acercaron uno al otro, buscando la postura. Amit y ella habían ido al mismo instituto, incluso se habían graduado el mismo año, pero por aquel entonces casi no se hablaban. De aquella época lo recordaba como un chico enjuto de pelo oscuro, algo distante, pero con una inocencia desprovista de toda altanería. Su característica más destacada era lo mucho que le gustaba correr por el campo. A veces le veía desde el coche de la madre de alguna amiga, y apoyaba la frente en el cristal gélido, preguntándose cuántos kilómetros habría hecho ya, encantada de ir tan cómoda en el asiento trasero de un todoterreno. No le vio sin aliento ni una sola vez, como si fuera capaz de seguir triscando por los campos eternamente. Sus dos mejores amigas le habían visto el pene. Cuando todas ellas estaban haciendo un régimen de adelgazamiento intensivo, se habían metido en el equipo de *cross* y un día en el que estaban todos tirados en la hierba, haciendo estiramientos, las tres chicas le vieron la punta del pene, que le asomaba bajo el borde de sus pantaloncillos relucientes.

Cuando le volvió a ver de nuevo, años después, recordó este detalle en cuanto se sentó a su lado. Estaban en uno de esos eventos para exalumnos, algo que le parecía bastante bochornoso, pero su colegio tenía asientos reservados para una función de un circo francocanadiense que estaba deseando ver. Amit había ido, según le dijo, exactamente por el mismo motivo. Descubrieron otras muchas cosas en común: el cariño que le tenían a la señora Kravatz, la profesora de biología; lo mucho que les apasionaban las novelas de Thomas Hardy; la pena que les daba no haberse metido a trabajar en un circo. También se confesaron que en sus tiempos de estudiantes, el instituto les parecía un sitio odioso y agobiante, pero que, ahora, de vez en cuando se sorprendían en pleno arrebató nostálgico.

Al empezar la función del circo, a ella le entró otro tipo de melancolía, más tristonera. Nada más apagarse las luces, cuando el público se quedó en silencio y apareció el maestro de ceremonias bramando una parrafada de bienvenida con un

megáfono, cuando los saltimbanquis saltaron a la pista haciendo piruetas y una orquesta pizpireta empezó a tocar la típica musiquilla circense, y cuando salieron esas mujeres tan guapas a pasearse de un lado a otro con unas cintas de terciopelo en el cuello; cuando empezó todo esto, se dio cuenta de que echaba de menos el circo incluso teniéndolo delante. Los acróbatas parecían crecer y encoger ante sus propios ojos, porque ese espectáculo era famoso por sus contorsionistas, pero se movían de forma que parecía lo más normal del mundo; sus cuerpos relucientes, embadurnados de luz azul, parecían aliviados, como si al fin se les hubiera permitido relajarse, hasta alcanzar su estado más natural. Era evidente, ella lo notaba a simple vista, que los pies de los acróbatas querían colocarse tras sus orejas y que todos tenían la columna maleable como un chicle. Al pensarlo, le dio pena tener un armazón tan viejo y anquilosado como el suyo, un trasto torpe que renqueaba por fuerza sobre dos pies. No, no era un armazón, porque si este circo tan lleno de secretos le había enseñado algo, era que un cuerpo no es el continente, sino el contenido; en vez de recorrerse las selvas de Asia y de África para traerse, presa con grilletes, la fauna de allí, ese circo había logrado sacar de su escondite una extraña fiera: el cuerpo.

—¡Ay, estos canadienses! —murmuró.

Amit asintió enérgicamente, como si entendiera a la perfección lo que ella era incapaz de expresar.

Y fue el circo, estaba segura, lo que hizo posible cuanto vino a continuación. ¿Dónde que no fuera en compañía de unos acróbatas podía haberse imaginado ella su cuerpo encajado con el de él? Al mirarle desde el todoterreno, su pelo negro, su figura enjuta avanzando por la carretera, jamás lo habría podido suponer. Su imaginación se habría negado a aceptar la idea, la habría rechazado; el porqué no lo tenía claro, pero de repente su imaginación estaba sosegada, complaciente; estando sentada junto a él en el circo, lo inimaginable se volvió posible. Todo lo demás parecía fácil: la prolongada correspondencia, la separación de su novia, la reunión de sus dos bibliotecas.

En cuanto a la anécdota del pene, la olvidó por completo, incluso tras haberse encontrado a solas con el vislumbrado miembro. Fueron sus dos amigas quienes tuvieron que recordarle la historia.

Sus dos mejores amigas, Greta y Kate, se empeñaron en hacer una despedida de soltera, en un salón de té Victoriano, con bandejas de sándwiches de berro y una vajilla antigua cuyas piezas no hacían juego. Solo estaban invitadas ellas tres.

Kate se sentó en una destartalada silla de mimbre, con los pies plantados firmemente en el suelo.

—No te sientes ahí —le dijo a Greta—. La cretona de flores está reservada para Beatrice, que es el ángel de la casa.

Entonces Greta se instaló en un sillón de orejas. Con un gesto teatral, se quitó el

busca de la muñeca y lo metió en el fondo de su bolso, debajo de todo lo demás.

—¡Nada de interrupciones! —exclamó.

La simetría de la situación era agradable: una doctora, una abogada y una profesora, esas profesiones a las que aspiras de pequeña, antes de enterarte de las otras muchas posibilidades que existen.

—¡Uy, qué poderío! —le dijo Greta a Beatrice, que se acababa de quitar el jersey.

Beatrice entornó los párpados, mirándose el pecho.

—¿Os parece que tengo demasiado? —les preguntó.

—¡No! —exclamaron las dos a la vez.

—¿En el cole ya tenías tanto? —le preguntó Greta.

Beatrice asintió.

—Ay, tus alumnos, los pobres —dijo Kate, alargando la mano hacia los terrones de azúcar.

—¡Una tienda de campaña! —exclamó Greta.

Y aunque Beatrice intentó defenderse, explicando que sus alumnos no la veían de ese modo, y que les gustaban más otras profesoras como la señorita Burnes, que daba ciencias, y madame Planchon, que llevaba medias con costura, sus dos amigas simbolizaron su acuerdo juntando las palmas de la mano derecha por encima de la tetera.

—Tienes un pecho precioso —dijo Greta, haciendo hincapié en la última palabra, mientras daba a Beatrice un pellizco cariñoso en la pierna—. Deberías presumir más de tu delantera.

—Desde luego —dijo Kate.

Este tipo de adulación —exagerada, sentida, algo mordaz— era la actividad preferida de las tres chicas, que se defendían las unas a las otras con verdadero ardor. Para Beatrice, las más inteligentes, guapas, amables, valientes y capaces del mundo eran Kate y Greta. Ellas dos, a su vez, decían lo mismo de Beatrice. Era sorprendente, por tanto, que entre las tres hubieran logrado reunir a un nutrido grupo de hombres incapacitado para apreciar sus cualidades. En esto Amit constituía una excepción. Y a Beatrice le preocupaba que a sus amigas les sentara mal lo de su boda, pero no por el hecho de que fuera a casarse, sino por haber dejado de enamorarse de hombres infantiles, con un mal humor crónico, con los pies planos, o muy antipáticos. O simplemente ajenos a todo.

Cosa que no coincidía en absoluto con lo que habían programado cuando estaban en el instituto. En sus planes salían unos hombres bellísimos de caderas estrechas y piel luminosa. Al menos eso era lo que decía Greta. La posibilidad de que el hombre de turno fuera gay hacía que su conversión resultase un hecho aún más extraordinario. Kate se veía a sí misma con un ser enorme, poderoso, que la hiciera sentirse pequeña (por una vez en la vida) y que la subyugara por completo. Y una vez que encontrara a aquel hombre, ¿qué? Una boda nocturna, con farolillos japoneses. Codornices y espárragos. La luna de miel en Praga. Casi toda la hora de la comida se

dedicaba a hablar del tema. Echando sus bandejas a un lado, se apiñaban en torno a la mesa y adornaban sus respectivos futuros con misterios, viajes, niños y reconocimientos. Para darle más visos de realismo, incluían algún obstáculo: un amante despiadado para Kate (que al final recobraba la sensatez); un episodio de adicción a las pastillas por parte de Beatrice (que salía de ello escarmentada, pero con más entereza). Entonces solían dar un buen salto en el tiempo e imaginarse en el porche, las tres viudas y encantadas de volver a verse.

Ahora, cuando ya habían llegado al futuro, nada les gustaba más que recordar los buenos tiempos del instituto, cuando las tres comían apiñadas en torno a una de las mesillas de la cafetería. Daban gritos al descubrir lo mucho que se habían equivocado. Al contrastar su identidad madura de mujeres que tomaban el té con su identidad joven de chicas que comían en una cafetería, procuraban justificar las discrepancias. ¿Cómo era posible que Beatrice, la de los ojos ensimismados, hubiera llegado a ser profesora? ¿Cómo era posible que fuera la primera en casarse? Su trayectoria no era, en absoluto, como la habían predicho.

—¿Quién se iba a imaginar que te acabarías casando con Amit Hawkins? —dijo Greta, quitando el tallo a una fresa.

—Imagínate si hubiéramos sabido, mientras estábamos en clase, que ese pene tan nuestro era el que iba a penetrar a nuestra querida Bea —dijo Kate.

—Seguro que a él ni se le pasó por la cabeza —dijo Greta.

—¿O sí? —exclamó Kate, intrigada—. ¿Ya se había fijado en ti en el colegio?

Beatrice recordó que ella le había hecho la misma pregunta a su novio, aunque reconocía que fue un arrebato de vanidad bastante indigno.

—Uy, qué va, para nada —contestó—. Si yo le daba miedo.

—¿En serio?

Kate y Greta soltaron una carcajada.

—¡Pues sí! —dijo Beatrice—. Y lo entiendo, la verdad.

El *piercing* que llevaba en la nariz y que se le infectó. Las tiras del sujetador granate, que le asomaban bajo la ropa. Lo dispuesta que estaba a quitarse la ropa: en la función de teatro de primavera, en la clase de fotografía avanzada, en los aburridos juegos de prendas. Las lloreras que le daban. Las botas de tacones metálicos que llevaba. Los temas sobre los que hacía los trabajos en el colegio: «Edie Sedgwick: la niña perdida» y «Pon el motor en marcha: ascenso y caída de los Ángeles del Infierno». La cita del marqués de Sade que eligió para su foto del anuario del colegio.

—Pero ¿cómo te va a dar miedo la señorita Hempel? —preguntó Kate con una sonrisa.

—¡Por cierto, tenemos un regalo para ti! —dijo Greta, metiéndose debajo de la mesa.

Kate apartó la taza de té de Beatrice para hacer un hueco al paquete que iba a sacar Greta.

—Siempre que te lo pongas, tienes que acordarte de nosotras —dijo.

Greta reapareció, con un gesto exultante y blandiendo una caja.

—¡Ábrelo! —exclamó.

Beatrice desató el lazo con cuidado, levantó la tapa de la caja y deslizó la mano entre las tersas capas de papel de seda.

—¿Qué es? —preguntó.

—Tú sigue buscando —le dijo Kate—. Está ahí, seguro.

Beatrice notó algo resbaladizo y lo agarró entre los dedos.

—¿Qué será? —dijo.

Dando por hecho que era un camisón, sacó su regalo de la caja.

—¿A que te encantan? —exclamaron Greta y Kate a la vez.

Beatrice asintió.

—¡Medias sin entrepierna! —dijo una de ellas, mientras las dos daban una palmada, como aplaudiendo todas las hazañas que haría cuando las llevara.

A Beatrice le sorprendió que tuvieran un tacto tan poco sedoso. Para comprobarlo, se las pasó por la mejilla: 100% poliéster. Y con un olor dulzón como a goma quirúrgica.

La elegante vajilla tintineó cuando Greta se inclinó sobre la mesa, metiendo su bonito collar de abalorios en la taza.

—¿Te gustan? ¿De verdad? —le preguntó.

Beatrice esbozó una valiente sonrisa.

—Son perfectas —dijo, aunque no lo eran en absoluto.

La prenda era penosamente inadecuada. No estaba a la altura de las circunstancias.

—Espero que Amit no se escandalice —dijo Greta, mientras Beatrice las guardaba en silencio en su caja.

Apartando los ojos del regalo, miró a sus dos mejores amigas, sus dos ingeniosas y geniales amigas carentes de intuición. Ninguna de las dos sabía de qué iba el tema.

De habérselo preguntado, Beatrice tal vez les habría descrito así su noción del sexo: cuerpos cálidos a oscuras, suspirando y crujiendo, arqueándose en un tándem perfecto, como nadadores sincronizados. Amit, sin embargo, tenía un concepto mucho más enérgico, bien iluminado y extraordinario. Sus peticiones a menudo la dejaban pasmada. Y sabía que las medias sin entrepierna le parecerían una bobada, o una simple inutilidad. Pensarlo le causó tristeza, una mezcla de tristeza y desazón.

Para colmo de males, le preocupaba la posibilidad de estar siendo una falsa y haber engañado a Amit de un modo imperdonable. Últimamente le veía una expresión de desconcierto, o tal vez incluso de decepción, pero Beatrice no podía evitarlo: la rigidez de su cuerpo en respuesta al susto que le daba la idea, mientras todos sus espantados músculos se tensaban al grito de «¡Sodomía!». Parecía que su novio la había tomado por otra cosa completamente distinta de la que era. ¿Y cómo iba a reprochárselo? Las omnipresentes tiras del sujetador granate, las frases del marqués de Sade, lo mucho que le gustaban los acróbatas...

Tuvo que haber un momento en que a Amit le cambió el gusto. Beatrice tenía entendido que el interés por el sexo anal no era algo innato. Ella lo atribuía a algún temprano desamor, a alguna película de arte y ensayo, o a algún veraneo en Europa. Bastaba con una serie de señales defectuosas en la carretera de la vida, sumadas a una conspiración de hechos e influencias. Porque era imposible que él hubiera querido siempre hacer algo así. ¿Por qué ella no habría detenido el coche? ¿Por qué no se habría abalanzado del todoterreno en marcha para poder amarlo en ese momento? Entonces, un beso aún sería una sorpresa, y la aparición de una lengua aún produciría estupefacción. Entonces, un chiquillo de pelo negro se habría desmayado al pensar en la ropa interior de ella. Él habría llegado al borde de la muerte solo de pensar en rozarle las manos a Beatrice, solo de pensar en olerle el aliento perfumado de chicle, solo de pensar que ella le hubiera dado permiso para entrar en su cuerpo. Entonces, eso habría sido suficiente; habría sido todo un mundo, entonces.

Ahora se le exigía mucho más. Aguante, flexibilidad, imaginación (o, tal vez, el apaciguamiento de la imaginación), la capacidad de soportar, y de disfrutar, lo que ella temía que iba a ser un dolor desgarrador. Todo ello le producía un agotamiento previo y una enorme sensación de lejanía, como si él estuviera en la parte de arriba de una escalera y ella abajo del todo, sin fuerzas para subir. Por mucho que él la esperase allí, lleno de amor, lleno de paciencia, lleno de esperanza, ella se preguntaba cuánto tardaría en tensar los tendones, respirar hondo y largarse.

Pero tal vez Beatrice no recordara las cosas como realmente fueron; tal vez nunca hubo un tiempo en que un beso pudiera dejar a alguien aturdido y asombrado. Tal vez, si lograba colocar los años en el orden correcto, descubriera que mientras Amit se dedicaba a correr por el campo, Greta estaba combada (ella sí que era una verdadera acróbata) sobre la palanca de cambios del coche de su madre, haciendo una demostración práctica de lo que hay que hacer cuando se tiene un pene metido en la boca, y Beatrice estaba sentada en el asiento de atrás, mirándola con atención. La misma Greta que se inclinó sobre la mesa de té, tomó a Beatrice de la mano y le dijo, de pronto:

—Te queremos muchísimo, Bea.

La sorpresa de Beatrice al ver que a Amit sí le gustaban las medias sin entrepierna fue enorme. Lo primero que hizo fue ponérselas en la cabeza y dedicarse a bailar por todo el piso, cantando: «De pies a cabeza, quiero que me tomes de pies a cabeza».

Ella se quedó mirándolo cantar y bailar con los ojos cerrados, pero en mitad de la actuación, él la agarró, la atrajo hacia sí y, con un giro de muñeca, la hizo girar en redondo varias veces. Ella salió disparada, dando vueltas como una peonza, avanzando de puntillas hacia el terrario donde estaba la serpiente, pero justo cuando iba a chocar contra el cristal, Amit la recuperó de un tirón. Siguieron bailando juntos, a lo loco, por todas partes. Al agacharse para hacer un giro, casi tiraron una lámpara

de una mesa. Él quiso levantarla del suelo, pero no era lo bastante alto, así que ella le dio un empujoncillo y flexionó las piernas hacia arriba, sintiéndose eso que se suele llamar «transportada».

—¿Es que no lo ves? —canturreaba él—. Sin ti no soy nadie.

Con Beatrice colgada del cuello de Amit, triscaron alegremente sobre los montones de exámenes de ella. Y se dieron contra la librería, donde él tropezó, haciendo caer varios libros, hasta que al fin se apartó de ella, doblado bajo su peso. Cuando Beatrice se agachó para ayudarlo, él se levantó como un resorte, llevándosela consigo, colgada sobre el hombro, como una niña pequeña que chillaba y agitaba los brazos desesperadamente. Tambaleándose por la habitación, Amit bufó:

—Me has vaciado el rincón donde tenía el corazón.

Con un golpe sordo, la dejó caer en el sofá mientras cantaba:

—Pero ¿por qué no te lo quedas todo?

Entonces se dio la vuelta y echó a correr por el pasillo para salir a la calle a comprar dos botellas de *ginger ale*.

Beatrice se quedó repantigada en el sofá, tarareando un final improvisado para la canción. ¡Qué suerte la suya! ¡Qué maravilla! Le habían sido concedidos un millar de favores. Un sofá mullido, un piso limpio. Un montón de exámenes que podía dejar para mañana. Un novio que sabía bailar. Una Beatrice ingrávida. Un par de buenas amigas, y una estupenda despedida de soltera.

De pronto, dio un respingo. ¿Dónde estaba su regalo? Seguía, a modo de gorro, en la cabeza de su novio. Por el agujero saldría un mechón de pelo negro, como un penacho de plumas de poliéster.

¿Y dónde estaría su novio? Bajando tan campante por la calle, con esos andares suyos entrecortados, vacilantes.

Beatrice metió la mano bajo el sofá, sacó los zapatos y echó a correr hacia la puerta. Una vez afuera, miró calle arriba, calle abajo. Vio un contenedor, un callejón oscuro, una furgoneta nueva con una mujer voluptuosa pintada en el costado. A Amit no le vio. No vio a nadie en la calle, como si al salir a la calle hubiera entrado de bruces en su propia pesadilla.

A los diez años, Beatrice empezó a tener unas pesadillas terroríficas en las que, al final, aparecía su padre, decidido a salvarla, pero ella sabía, por la inevitable lógica interna de las pesadillas, que su padre sería destruido, que lucharía con valor, pero en vano, pues le fallarían las rodillas, se le nublaría la vista y quizá intentase farfullarle alguna palabra cariñosa antes de dar el último suspiro. Aquella certeza le producía una angustia espeluznante. La forma que adoptase la amenaza era lo de menos: unas veces era un espeso pringue rosa que entraba por debajo de la puerta a borbotones; otras veces, un narcotraficante infernal, disfrazado del director de su colegio, porque quería convertir el centro en uno de sus feudos de la droga. Aquellos terrores infantiles eran espantosos, pero relativamente llevaderos siempre que los afrontara ella sola. En cuanto intervenía su padre, las pesadillas se agravaban, porque ¿acaso

había algo peor que ver a tu padre corroído por un ácido, con un tridente clavado en la espalda, atiborrado de drogas y babeando? En uno de los sueños, ella iba sentada en la parte trasera del coche y veía los ojos de su padre en el retrovisor mientras él se iba derritiendo poco a poco, fundiéndose con la tapicería del asiento.

Beatrice se apresuró calle abajo, pasando por delante de una escalera, un cubo de basura, un lago de cristales rotos.

En sus pesadillas, la muerte siempre tomaba a su padre por sorpresa. Hasta el último segundo, él seguía convencido de su inmunidad. Esa convicción le llevaba, en la vida real, a enzarzarse en discusiones con conductores desconocidos, a subirse al tejado para arreglarlo, en vez de llamar a un técnico, y a pasarse días perdido en el monte, completamente solo. De todo ello, lo que más enfurecía a Beatrice eran sus fines de semana campestres. ¿Qué mejor modo de tentar a la calamidad que ponerse a hacer piragüismo? Había visto películas sobre el tema, así que sabía lo peligroso que era. La ferocidad de los rápidos, la curiosidad de los osos que merodean por el campamento, el riesgo del agua infestada de parásitos invisibles, por no hablar de los beligerantes lugareños aficionados al banjo, que reconocerían de inmediato a su padre como un médico urbanita y elegantón. Ella procuraba tentarle con otras opciones apetecibles. «Podríamos ir al centro comercial —le decía—. Y compramos esos *pretzels* blandos que te gustan». O se ofrecía a ayudarle a meter las bolsas en el coche, pero luego le contaba unas historias tristísimas sobre una chica de su clase, cuyas notas —debido a la muerte de su padre en un trágico accidente de canoa— habían caído en picado. Con todo, aquellas tácticas casi nunca le servían de nada.

La que tampoco quería que su padre se marchara era su madre. No le preparaba sándwiches para comer por el camino, no le concedía ni una sola sonrisa y, a veces, ni siquiera salía al jardín a decirle adiós. Los fines de semana en que su padre se iba de excursión, su madre y ella se miraban de reojo al pasear por casa sumidas en un furibundo silencio, pero cuando sonaba el teléfono, su madre contestaba y decía alegremente: «¿Oscar? ¡Se ha ido a hacer piragüismo!». Y por su forma de decirlo — en un tono alegre pero rotundo que hacía inviable cualquier pregunta adicional— cualquiera pensaría que el padre de Beatrice estaba allí mismo, con ellas, dando las explicaciones en persona. Sin embargo, la voz era la de su madre, con la entonación que usaba para las mentiras más evidentes. Aquella voz siempre le producía un efecto extraño. Cuando terminaba de hablar, su madre encogía ligeramente los hombros y volvía a sus cosas, relajando los músculos de la cara, haciendo círculos en el listín de teléfonos, y Beatrice, enfrentada al misterio de su padre, al misterio de su madre, tenía que consolarse escribiendo una vez tras otra, en una letra cursiva cada vez más diminuta: «El piragüismo es un peligroso deporte de montaña». Una vez que lo había escrito cinco veces en la última página de su cuaderno de ciencias, paraba, tomaba conciencia de la situación y arrancaba la página de cuajo; cada dos semanas había que entregar el cuaderno para que el profesor o la profesora de turno pusiera la nota correspondiente.

El lunes por la mañana su padre ya estaba de vuelta, a tiempo para prepararle el desayuno a Beatrice y llevarla al colegio. Ella siempre se enternecía al verle de pie en la cocina, con la cara enrojecida, la ropa arrugada, la barba mal afeitada, preocupándose de ponerle en la mesa la cuchara vieja que tanto le gustaba. La naturaleza le había liberado, le había devuelto al hogar. Con eso bastaba para que se le pasara toda la indignación. Cualquier resto de ira se dirigía entonces a su madre, que al volver su padre se había metido en la bañera, con la emisora de radio nacional a un volumen ensordecedor. ¡Lo normal sería que bajara a la cocina! Aunque no decía nada, Beatrice no lograba entenderlo. ¡Su madre tendría que aparecer encantada de la vida, dispuesta a repartir besos, en señal de gratitud y alivio!

Al fin y al cabo, esta vez tampoco había sucedido el desastre previsto. ¿Acaso no era motivo de alegría?

Porque ahí estaba Amit, esperando en la cola de la tienda, con su reluciente cabecilla negra bien visible entre las estanterías de las revistas. De las medias sin entrepierna no había ni rastro. Desde la calle, Beatrice le vio pagar las dos botellas de *ginger-ale*. Qué suerte, pensó. Qué cosa tan extraordinaria.

Los alumnos de octavo tuvieron menos suerte. El día siguiente amaneció tristón y la mujer del tiempo aseguraba que el cielo iba a seguir nublado. Siempre les pasaba lo mismo el día de excursión, el único de todo el año en que la clase entera se subía a un autobús para hacer un viaje muy largo a una playa más bien sucia, pero los niños no mostraban el menor desánimo. Hasta cuando paraban en los semáforos, el autobús se columpiaba de una manera tremenda, cargado de entusiasmo infantil.

—¡Norma número uno! —bramó la señorita Hempel antes de dejarlos desembarcar—. Solo os podéis meter en el agua hasta la cintura. En la playa solo hay un socorrista. Y no os olvidéis de poneros crema protectora. ¡Los rayos ultravioletas queman la piel aunque esté nublado!

—Y no habléis con ningún payaso —gritó alguien desde las últimas filas.

—Eso —dijo la señorita Hempel.

Los ruidosos alumnos de octavo se bajaron del autobús y, sin esperar ninguna otra orden, se abalanzaron hacia la playa. La señorita Hempel y las otras tres profesoras del colegio los siguieron con gesto resignado, procurando que no se les cayeran los postes de la red de voleibol que llevaban entre todas. Desde el agua ya les llegaban los primeros gritos.

Mientras avanzaban por el paseo marítimo, la señorita Hempel vio a sus alumnos chapoteando en la orilla. Como aún era temprano, hacía mucho frío. Había niñas que lucían alegremente un atrevido biquini de lunares o de margaritas; a otros les había tocado conformarse con una camiseta de su padre. Los niños ya estaban metidos en el mar hasta el cuello, y se veían varias cabezas bamboleándose entre las olas.

—¡Está helada! —chillaban las niñas—. ¡Señorita Hempel! ¡Está helada!

Ella les esperaba, sosteniéndoles la toalla con los brazos en cruz, y les frotaba la espalda cuando salían chorreando y tiritando del agua. Las niñas se apiñaban en torno a ella, alzando sus manos temblorosas para ponérselas en la mejilla.

—¿Lo ve? —le preguntaban—. ¡Mire lo helada que estoy!

—¡Uf! —decía la señorita Hempel, frotándoles la espalda con más fuerza.

Luego las niñas hacían un bonito mosaico de toallas en la arena. Poniéndose de rodillas sobre ellas, escarbaban en las enormes bolsas de playa para sacar los cacharros de plástico, las latas y las cajas envueltas en papel de cocina. Lo iban depositando todo con un gesto grave en el centro del mosaico. Julianne se paseaba en círculo a su alrededor, repartiéndoles los platos de papel, mientras Keisha les daba unos vasitos de cartón con unos dedos de gaseosa. Una tras otra, se levantaban las tapas, revelando las raciones de pollo en conserva, macedonia de frutas, pan de plátano casero medio desmenuzado, cuscús, tiras de plátano frito, fideos con aceite de sésamo y unas bolitas de arroz muy pegajosas. Las niñas se abalanzaron sobre la comida.

—Cada una ha traído una cosa distinta —le explicó Sasha, pinchando una tira de pina con el tenedor mientras hacía un hueco a la señorita Hempel—. Adelante, pruebe lo que quiera.

Entretanto, los chicos ya habían ido saliendo del agua y estaban apiñados en torno a la nevera portátil del colegio, escudriñando el contenido de unas mustias bolsas de papel marrón. Después de comerse las patatas fritas del colegio, se consolaban inflando las bolsas y haciéndolas explotar con una palmada.

—Han dicho que traer comida de casa es una tontería —dijo Alice con una voz de profunda satisfacción.

Las otras tres profesoras, ayudadas por una familia de gaviotas, se dedicaban a patrullar la zona.

—¡Por aquí todo bien! —gritó la señorita Hempel.

Mientras aceptaba un trocito de *mousse* de limón que le ofrecían, se recordó lo necesaria que era su presencia allí. Era ella quien se iba a cerciorar de que no quedaran platos de papel en la playa. Era ella quien iba a ponerles crema protectora en los hombros a las niñas mientras se encargaba de aportar a sus discusiones la opinión de una persona adulta. Con aire soñoliento, miró hacia el océano.

—No me puedo creer que os hayáis metido en el agua —murmuró.

La mañana transcurría lentamente. Ya se habían bañado y habían comido, pero aún no eran ni las once. Nadie se atrevía a volver al agua, porque a todos parecía haberles dado un raptó de sentido común. Y la red de voleibol no hacía más que caerse. Envueltas en sus toallas, las niñas empezaron a hacer preguntas indiscretas a la señorita Hempel. ¿Debajo del jersey llevaba un bañador o un bikini? ¿Fue él quien le propuso casarse o fue ella? Pero las respuestas de la señorita Hempel solo parecían servir para recordarles las muchas otras cosas importantes que querían decir. Cada una de sus respuestas se topaba con la interrupción y el abandono, porque las

chicas iban saltando de tema en tema: los profesores de gimnasia injustos, los padres modernos, las modelos de talla grande. La charla era tan animada que las mantenía a todas en calor. Cuando querían hacer hincapié en algún tema, dejaban caer la toalla, sacando pecho como si fueran las superheroínas de un cómic.

De pronto, la señorita Hempel se fijó en un grupo de niños que había a lo lejos, todos ellos agachados, haciendo algo con tal concentración que resultaba sospechoso.

—¿Qué os parece que están haciendo? —les preguntó a las niñas.

—Vete a saber —dijo Gloria con un suspiro.

—Quizá debería acercarme a verlo —dijo la señorita Hempel.

—Si están perfectamente —bufó Julianne con tono enfadado.

Pero no parecían estar tan perfectamente. Se los veía a todos agachados mirando algo. Podía ser un montón de agujas hipodérmicas traídas a la playa por la marea.

—Mejor que vaya a ver qué hacen —dijo ella.

—Señorita Hempel —le gritaron las niñas, pero ella ya se había levantado y se alejaba.

Al acercarse vio que los niños estaban absortos en una actividad bastante inofensiva. Uno de ellos estaba tumbado de espaldas y los demás le iban cubriendo de arena, que iban alisando con las manos hasta que el niño tapado daba un respingo y se ponía en pie. Los niños allanaban la arena con mucho cuidado para que cuando el cuerpo empezara a moverse, la tumba se resquebrajara y se agrietara con mucho dramatismo. Lo que la señorita Hempel no acababa de entender era qué les gustaba tanto, si el placer estaba en enterrar a un compañero o en librarse de la jaula de arena. Parecían hacer ambas cosas con el mismo regocijo. Intrigada, se quedó mirándoles.

Cuando le tocó el turno a Jonathan Hamish, los niños empezaron a fabricar, a petición suya, un monumento funerario de forma anatómica. Mientras formaban dos senos de arena, todos miraban de reojo a la señorita Hempel, para ver qué hacía. El gesto era un reto que la desafiaba a intervenir, una vieja triquiñuela que ella conocía de sobra. Esbozando una sonrisa indulgente, puso los ojos en blanco para demostrarles su firmeza. Entonces se enzarzaron en una discusión sobre el tamaño de los anexos. Algunos chicos, entre los que estaban Elias y Theo, consideraban que deberían ser redondos y realistas, mientras que otros, como Roderick, querían seguirles añadiendo arena hasta que se alzaran altos y picudos sobre el pecho de Jonathan.

—Los de verdad no son así —murmuró Elias.

Pero la arena era un material impreciso, a decir verdad.

Entretanto, Jonathan se miraba las protuberancias con una enorme sonrisa. Al ver lo bien que les había salido el par de senos, los chicos decidieron añadir un pene. Entonces volvieron a mirar de soslayo a la señorita Hempel. Incluso le hicieron un hueco para que pudiera acercarse a ver el pene y soltar las quejas correspondientes. Pero ¿no se habían enterado o qué? La señorita Hempel era la profesora joven, cuyo cometido era tener manga ancha, no dejarse amilanar y ver los mismos programas de

televisión que ellos. Les reía todos los chistes faltones. Les dejaba usar tacos en sus composiciones. Les daba clases de educación sexual con un candor insólito. Ellos, por supuesto, la ponían a prueba constantemente. En la hora de tutoría, cuando les daba permiso para plantear cualquier tema, aunque fuera de forma anónima, relacionado con la pubertad, el sexo o los anticonceptivos, las preguntas que le hacían eran bastante audaces. Una vez reunidas, la señorita Hempel se ponía delante de la pizarra y las iba leyendo en voz alta. Con aire competente, les describía intrépidamente la consistencia del semen, el objetivo de los lubricantes o los motivos por los que una mujer podía querer disfrutar del sexo oral.

La pregunta de Jonathan Hamish, escrita sin cambiar siquiera la letra para disimular, tenía un carácter provocador que la diferenciaba de las demás. Cuando vio a la señorita Hempel sacar su papel arrugado entre los demás, sonrió. «¿Quién es el mejor amante que ha tenido en su vida?». El autor de la pregunta la miraba fijamente, tal vez esperando verla tirar la hoja a la papelera, esbozar una mueca de asco, o mandarle al despacho del señor Peele. No obstante, lo curioso es que la pregunta le tocó la fibra sensible, la ruborizó pero de un modo agradable. Era evidente que para tratar ese tema había expresiones más comunes: ¿con quién has tenido la mejor relación sexual de tu vida?, o ¿quién te ha echado el mejor polvo? Pero incluso en su intento de provocarla, Jonathan había elegido una palabra demasiado suave. Una palabra con un encanto solícito, caballeroso. Y la sonrisa de su alumno —en absoluto malvada ni lasciva— era tan sincera que tenía cierta dulzura. Realmente parecía querer saber lo que le preguntaba, como si le interesara todo lo relacionado con su vida, pero como si imaginarla en plena faena sexual, empapada de sudor, le resultara imposible, porque en la visión del mundo de Jonathan Hamish, la señorita Hempel haría el amor.

En cuanto acabó de leer la pregunta en voz alta, todos sus alumnos se giraron en sus asientos, mirando a Jonathan con gesto de furia. Sabían que solo él era capaz de hacer una pregunta semejante.

—En fin —dijo la señorita Hempel, levantando el dedo anular, en el que llevaba la sortija de compromiso—. ¿No te parece que la respuesta es evidente?

El pene, que tenía una base más delgada, les resultó más difícil que los senos. Se les caía sin cesar. Tras varios intentos frustrados, los chicos optaron por hacer un sugerente montículo (una tienda de campaña, pensó la señorita Hempel, recordando a sus amigas). Al terminar, se apartaron para admirar su labor.

—No paréis —les ordenó Jonathan, moviendo las manos y los pies—. Aún me quedan partes sin cubrir.

Siguieron echándole arena encima, lo que le obligaba a estar completamente inmóvil, pues hasta el mínimo temblor de un dedo podía interrumpir la tarea. Jonathan, como sabía la señorita Hempel, era un niño incapaz de estarse quieto. Y tal

vez aquella quietud impuesta por el peso de la arena le resultase un verdadero alivio.

Pero él seguía sin estar del todo satisfecho.

—A ver si me podéis poner más arena en el cuello y alrededor de las orejas — instruyó a sus compañeros de clase.

Los niños, gateando y andando de rodillas, se agacharon en torno a la cabeza de Jonathan, alisando la arena con delicadeza.

—Más —dijo Jonathan—. Noto que todavía no está bien del todo.

Ya no podía mover la cabeza, pero paseaba los ojos de un lado a otro, atento a la labor de sus compañeros.

—Podéis echarme más en la frente y en la barbilla —les dijo—. Echadme toda la que podáis en la cara.

La vocecilla cada vez se le oía menos. Preocupada, la señorita Hempel inclinó la cabeza para verle mejor.

—¿Seguro que estás bien ahí metido? —le preguntó—. Jonathan, ¿quieres que paren ya?

Al cabo de unos segundos, le oyeron decir con un hilillo de voz:

—Basta.

Los chicos estaban orgullosos de su proeza.

—Una foto —gritó Roderick—. ¡Hay que hacer una foto!

Ninguno de ellos se había llevado una cámara a la excursión. Una cosa así solo se les ocurría a las chicas. Así que salieron todos en tromba hacia la playa.

—¡No te muevas! —le gritaron a Jonathan.

—Vale —murmuró él.

La señorita Hempel se arrodilló a su lado.

—Jonathan —le dijo—. ¿De verdad estás bien?

—Sí, estoy bien —susurró él.

Tenía la boca de un extraño color morado, como si acabara de comerse un puñado de moras.

—Júramelo.

—Estoy descansando —dijo, y cerró los ojos.

—Jonathan —insistió ella—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Te apetece beber agua?

—No —dijo, y suspirando, con los ojos cerrados, preguntó—: ¿Desde aquí ve a los chicos?

—Ahora vienen —dijo ella—. Están aquí al lado.

—La arena esta pesa mucho —susurró Jonathan.

—¿Quieres levantarte ya? —le preguntó ella—. Dime, Jonathan.

—Estoy bien. Lo único es que me cuesta respirar.

—Vale, cielo —dijo ella—, pero eso no suena demasiado bien.

—No pasa nada —murmuró él—. ¿Ya vienen?

Pero la que apareció en el horizonte en ese momento fue la señorita DeWitt, la

profesora de matemáticas especiales y entrenadora de baloncesto de las chicas. Cuando la vio levantar el brazo, la señorita Hempel le devolvió el saludo con una sonrisa.

—¡Estamos bien! —le dijo a gritos, con cierta desesperación en la voz.

La señorita Hempel era consciente de que cualquier otra profesora habría intervenido para acabar de inmediato con aquella situación. «Levántate —habría bramado la señorita DeWitt—. Arriba. Pero ya. Esto es peligroso».

Precisamente lo que tendría que haber dicho ella desde el primer momento.

—¿Ya se ve a los chicos? —susurró Jonathan.

—Sí —le dijo ella, aunque no era verdad—. Vienen todos corriendo.

Los chicos acabaron volviendo al cabo de un rato, y al fin hicieron la foto. Para entonces, Jonathan se había puesto de un color azulado. No pudo levantarse de un salto para quitarse la arena de encima, como habían hecho todos los demás. A él le costó mucho más. Y cuando al fin logró ponerse en pie, le temblaba todo el cuerpo. Al darse cuenta, sus compañeros le envolvieron en sus toallas.

—Vámonos al autobús —dijo la señorita Hempel—. Y le pedimos al conductor que nos ponga la calefacción.

Echaron a andar todos juntos por la playa, en dirección al aparcamiento. Varios niños echaron a correr por delante del grupo, poniéndose la zancadilla unos a otros y dando patadas a la arena, pero Jonathan iba bastante detrás, temblando, con una toalla sobre la cabeza a modo de capucha. Entonces la señorita Hempel alargó el brazo para hacerle pararse.

—Ven aquí —le dijo.

Y le dio un abrazo.

Chungo

Cuando eran pequeños, Beatrice y su hermano dormían en el piso de arriba del todo, en la parte de la casa en la que habían vivido los criados hacía casi cien años. En el rellano del piso de arriba, había una hermosa caja de madera colgada en la pared. Uno de los costados de la caja era un cristal en el que estaban escritos en letras doradas los nombres de las habitaciones: DORMITORIO PRINCIPAL; HABITACIONES DEL MAYORDOMO Y DESPENSA; COMEDOR; SALA DE MÚSICA; GALERÍA. A través del cristal se veía un complicado sistema de macillos, campanas y piezas mecánicas conectadas con unos relucientes hilos de cobre que desaparecían por un agujero que había al fondo de la caja, y que se perdía tras los gruesos muros de la casa para reaparecer en los pisos inferiores como un timbre con forma de tirador en cada una de las habitaciones que indicaban las letras doradas. El dedo que más pulsaba ese botón eléctrico era el de Beatrice, pues al tocarlo los cables de cobre transmitían una corriente hacia el piso superior, donde sonaba una de las campanillas que había dentro de la caja de madera, no un tintineo, sino una vibración sorda, parecida al resoplido que sueltan algunas personas cuando tienen frío: brrr.

Beatrice no se hartaba nunca de oír este ruido. Le gustaba tanto que se había inventado un juego al que llamaba Criado, que consistía en entrar en una habitación, dejarse caer con abandono sobre un sillón y entonces, con un mohín entre lánguido e impaciente, tocar el timbre incrustado en la pared. Entonces oía, muy tenue, el sordo traqueteo de su hermano al bajar a toda prisa los cuatro tramos de escaleras.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora? —preguntaba él, según establecían las normas.

—Me muero por un vaso de agua, pero en una bandeja —le decía ella, añadiendo a veces—: ¿Le importaría hacerme el favor de abrir las cortinas?

Y si él cumplía con sus obligaciones, volvían a empezar una nueva ronda en la que a Calvin le tocaba volver a subir las escaleras hasta arriba del todo mientras Beatrice decidía en qué habitación se iba a dejar caer lánguidamente. Pero aquel era solo uno de los muchos juegos que se había inventado, y puede que no fuese tan bueno como Profesora, o Muerta, o Desmayada.

Dado que vivían en el último piso de la casa, Beatrice y su hermano estaban rodeados de árboles. En verano, sus habitaciones estaban inundadas de una resplandeciente luz verdosa. En invierno, las ramas de los abetos cargados de nieve rozaban los cristales de sus ventanas. Como vivían en unos cuartos contruidos para unos simples criados, las ventanas eran pequeñas y cuadradas, en lugar de largas y rectangulares, como las del resto de la casa, pero ellos lo preferían. Les encantaba vivir en sus diminutos cuartos perdidos entre los árboles; les gustaba que la luz verde les dibujara cuadrículas a los pies. La habitación de Beatrice y la de su hermano eran

casi iguales, pero no del todo: Calvin tenía una chimenea y Beatrice tenía una estantería empotrada.

Beatrice ya no leía libros. Lo único que hacía era oír la radio, hasta altas horas de la noche, sobre todo las emisoras piratas que estaban al final del dial. En el lugar en el que deberían estar los libros, estaba el enorme aparato de radio. En tiempos había sido de su madre, cuando era una chica que aún llevaba el pelo largo y escribía ensayos.

Las emisoras clandestinas emitían muchos programas diferentes con nombres como *El Descalabro*, *Emisiones Nocturnas* o *El Sofá Intrépido*. El programa preferido de Beatrice se llamaba *Hotel Rock*. Era todos los días a las once de la noche, y ponían un tipo de música que ella no había oído en su vida, una música trepidante pero frenética, como un vagón de tren chirriando cuesta abajo y marcha atrás, lleno de gente chillando. Un fondo constante de interferencias lo acolchaba todo, como una nevada cayendo sobre el escenario de una catástrofe. Antes de descubrir *Hotel Rock*, Beatrice estaba convencida de que la música servía para embellecer el mundo y darle cierto orden.

—Entonces es cuando saco el revólver —canturreaba en el cuarto de baño—. Entonces es cuando todo se echa a perder^[1].

—¿Qué haces? —le preguntó Calvin, que estaba al otro lado de la puerta.

Beatrice abrió la puerta de golpe y salió con un gesto teatral, agitando la mano a un ritmo convulso.

—Estoy practicando la guitarra eléctrica —le dijo.

Calvin se clavó la barbilla en el hombro, alzó un brazo y torció la muñeca hacia dentro, trazando un arco invisible sobre unas cuerdas invisibles.

—Yo te acompañaré —dijo.

Beatrice dejó caer los brazos con un gesto desesperado. Era como si le acabara de hacer efecto un veneno letal, pero sabía que era inútil explicar a su hermano que los violines y las guitarras eléctricas no pegan, porque él le contestaría con la mayor serenidad:

—Es un violín eléctrico.

Girando en redondo, Beatrice se miró en el espejo del lavabo.

—Dame una espada —dijo.

—¿Vikinga, romana o griega? —le preguntó Calvin.

—¡Vikinga! —dijo Beatrice.

Su hermano volvió con la espada y se la dio. Blandiéndola sobre su cabeza, Beatrice se contempló en el espejo. Con las manos en alto, sus brazos parecían más delgados que cuando los tenía en su postura normal. Pensó si habría otros motivos por los que le interesase usar más esa postura.

—¡Tiembla! —exclamó, sin dirigirse a nadie en particular.

Calvin se incrustó en el hueco que quedaba entre Beatrice y el lavabo, con la intención de lavarse los dientes. Su hermano se lavaba los dientes muchas veces al

día, porque le preocupaba el asunto de la placa. Por su cumpleaños su madre le había regalado un equipo que incluía una solución bucal amarilla y una linterna especial para mirarse la boca. Te echabas el líquido en la boca, ponías el cuarto de baño completamente a oscuras, encendías la luz mágica y veías, en un hermoso azul ártico, toda la placa que se te estaba instalando como una costra sobre los dientes.

Beatrice le puso la barbilla encima de la cabeza, como haciendo un tótem de cabezas indias.

—Hermano, hermano, hermano^[2] —recitó.

Su hermano Calvin estudiaba español en el colegio y ella a veces le ayudaba a repasar.

—Galería —logró decir él mientras se lavaba los dientes.

—¿No has terminado todavía? —le preguntó ella, apoyándose en la espada como una anciana exhausta y aburrida en un bastón.

—¡No hagas eso! —dijo Calvin con la boca manchada de azul.

Tenía mucho cariño a sus espadas: tres juegos completos de armaduras y espadas de tres periodos históricos distintos. Eran de un plástico muy duro, pero su madre había estado a punto de cargarse la de centurión romano al intentar dar una lección al enorme mapache que siempre andaba merodeando entre el jardín y el garaje. Desde entonces, al intentar blandiría en plan intimidatorio, se abombaba de un modo algo patético.

Beatrice abrió los grifos de la bañera.

—Me gustaría tener algo de intimidación, con tu permiso —dijo.

Las patas de la bañera eran cuatro garras que parecían haber pertenecido a un águila o un gran halcón. Y era tan larga que podías tener todo el cuerpo cubierto de agua sin notar nada duro en la cabeza o los pies. A los dos hermanos les encantaba esa bañera. Por Navidad se regalaban el uno al otro unos enormes frascos llenos de perlas de aceite para el baño, que brillaban como joyas. Beatrice regalaba a Calvin un bote que se llamaba Pasión de Melocotón. Y él le regalaba unas perlas de gardenia. Precisamente eran esas bolitas las que Beatrice estaba dejando caer en el agua.

—Necesito relajarme —le dijo.

—Y yo —dijo Calvin en un tono enigmático.

Recuperando la espada, avanzó despacio hacia su habitación, como si se deslizase por los aires. El cuarto de baño tenía dos puertas: una que daba al dormitorio de Calvin y otra que daba al de Beatrice. En eso se parecía un poco a un bar.

Beatrice apagó las luces y se metió en el agua.

—¡Estoy en la bañera! —gritó.

Tras chapotear a oscuras durante unos segundos, se quedó quieta. Oía perfectamente todo lo que pasaba a su alrededor: las ramas traqueteando en las ventanas cuadradas, el mapache paseándose, un halcón volando justo por encima del tejado. Había un trajín de cosas que ella no veía. En las sombras de la noche, los animales reptaban y acechaban. Mucho más lejos, había gente reptando también:

gente trapicheando con drogas, entrando y saliendo de rascacielos llenos de pisos. Esa palabra, esa idea, la de un piso en una ciudad, tenía su encanto, pero ella vivía allí, arriba del todo de una casa, perdida entre los árboles. Bajo el cuerpo notó cómo se le disolvía una perla de gardenia, desprendiendo su aceite perfumado de ese aroma tan peculiar.

—¿Hay alguien escuchando el programa? —dijo la radio desde la estantería de su cuarto—. ¿Hay alguien ahí?

Beatrice se incorporó en la cama. ¡Ella sí que estaba! Y desafiando a todo el mundo: a su padre y su madre, que la creían dormida; a sus amigas del colegio, que oían a Prince y se inventaban coreografías *sexies* para, bailar sus canciones; a su profesor de piano, al que le tocaba fugas y melodías propias mientras pensaba en un amplificador, un pedal de distorsión y un pipa. No tenía muy claro lo que eran esas cosas, pero estaba deseando tenerlas. Sabía que existían porque los oyentes de *Hotel Rock* las mencionaban en sus conversaciones. Había una banda, por ejemplo, llamada *We've Got a Fuzzbox and We're Gonna Use It*, es decir, «tenemos un pedal y vamos a usarlo», que era un nombre demasiado largo, pero ahí estaba la gracia. ¡Ella sí que estaba escuchando! Sabía las palabras que manejaban. No grupo, sino banda. No concierto, sino bolo. Y los enterados no compraban una entrada para entrar en el local, sino que recogían su pase en la puerta. Beatrice estaba atenta a todo eso, porque quería estar preparada.

—¿Estoy hablando solo? —dijo una voz—. ¿Soy el último que queda por aquí?

Entonces hubo una larga pausa.

—Si me estás escuchando, me da igual quién seas, te pido que cojas el teléfono y me llames. Ahora mismo. Pídeme lo que quieras. Gana un premio. Me da igual. Ya sabes el número.

Era verdad que Beatrice se sabía el número. Había fantaseado con llamar muchas veces, pero nunca se le había pasado por la cabeza llamar de verdad. El presentador de *Hotel Rock* solía meterse con la gente que llamaba al programa. Era un tal Shred que a veces se burlaba de las canciones que le pedían los oyentes y otras veces se refería a ellos como «esos psicópatas».

—Hay mucho rarito por ahí suelto —comentaba—. Y es justo esa gente la que se empeña en llamarme a mí.

Pero hoy Shred parecía sentirse solo y hasta cabía la posibilidad de que estuviera medio desquiciado. Beatrice se planteó si ponerse en contacto con él o no. Como estaba más vulnerable, quizá no estuviera tan dispuesto a menospreciarla.

Caminó con parsimonia hacia la radio, junto a la que tenía el pequeño diario que le había regalado su madre, idéntico a los de su hermano y su padre, en el que todos ellos debían ir anotando su creciente lista de cosas pendientes. En este cuaderno Beatrice había apuntado los nombres de las bandas que oía en *Hotel Rock*: Squirrel

Bait, Agent Orange, Pussy Galore, Angry Samoans, Big Black, Mission of Burma, The Cramps. Eran nombres tan llamativos que le gustaba escribirlos en sus cuadernos en grandes letras mayúsculas. A menudo le sorprendía descubrir, años después, que muchos se referían a cosas reales, como le había pasado con los Angry Samoans, los samoanos cabreados. «Pero ¿Samoa era un país? ¿Y los samoanos eran los que vivían allí?». Resultaba que sí, que era una isla que había estado colonizada, así que tenían motivos de sobra para estar furiosos, pero allí, en el oscuro silencio de su habitación, los samoanos eran simples inquilinos del *Hotel Rock*.

Y como tales, jamás podían ser considerados ridículos. Así que iba a marcar el número del programa para pedir que le pusieran algo de los Angry Samoans. No corría ningún riesgo. Era lo que se decía a sí misma mientras sonaba el campanilleo de su llamada sin que nadie contestara, pero el corazón le latía cada vez más deprisa, con más nitidez, como el metrónomo de su profesor de piano, que le hacía tocar las escalas menores a un ritmo temerario. A esas velocidades tenía que acabarse produciendo un accidente en algún momento.

—*Hotel Rock* —dijo una voz.

—¿Shred? —dijo ella—. ¡Yo sí que te estoy escuchando!

—Me alegro —dijo Shred, que no parecía estar al borde de la desesperación, sino más bien como si se estuviera comiendo un sándwich—. ¿Qué querías?

—¿Me puedes poner un tema de los Angry Samoans, por favor?

—Claro —dijo Shred—. ¿Cuál?

Beatrice no tenía ni la menor idea. En su diario aún no había empezado a escribir los nombres de las canciones. Shred hablaba a toda velocidad y daba tanta información que casi no sabía por dónde empezar.

—Elígelo tú —dijo Beatrice—. Me fío de ti.

Shred hizo un ruido como de tragar comida antes de contestarle.

—De acuerdo —dijo—. Gracias por llamar a *Hotel Rock*.

Al colgar el teléfono, Beatrice se dio cuenta de que estaba empapada en sudor. En la oscuridad de su habitación, acarició el teléfono silueteado por la tenue luz de la radio. Luego pasó los dedos por el pequeño diario y, al fin, deslizó la mano por la radio. Shred había sido increíblemente amable con ella. Eso era lo que le pensaba decir si alguna vez llegaba a conocerle (y claro que iba a conocerle, porque en ese momento decidió que se acabarían haciendo amigos, serían novios y vivirían juntos en un piso), le diría: «¡Qué amable fuiste! La primera noche que hablamos, fuiste muy amable conmigo». Lo dijo en voz alta para ver cómo sonaba. Luego probó a ver qué tal quedaba en inglés con acento británico.

Cuando ya volvía a la cama, Beatrice tropezó con algo cálido y humano. Tragó aire del susto, pero al instante cayó en la cuenta de quién era.

—Calvin —dijo.

Era su hermano, que estaba jugando al Ladrón de Guante Negro. Beatrice le oyó sentarse a oscuras y soltar un suspiro satisfecho.

—Esta vez he estado un rato largo —dijo—. Puede que haya batido mi propio récord.

Aunque no le veía, su hermana sabía lo que llevaba puesto: un viejo jersey de cuello alto de su madre, negro y elástico, que tenía unas tiras en el centro que se abrochaban en la entrepierna; leotardos negros debajo; guantes de lana y una boina que había comprado su padre en un viaje a Montreal. El juego del Ladrón de Guante Negro consistía en colarse en el cuarto de Beatrice sin que ella se diera cuenta. Cualquier robo que pudiera producirse se consideraba accesorio. El juego era cosa de Calvin, que era quien se lo había inventado. Para Beatrice, el mejor momento era cuando ella encendía la luz sin previo aviso, porque Calvin parecía creer que quedarse muy quieto era como volverse invisible, y era interesante verle tendido en el suelo con las piernas muy abiertas, como si le hubiera pasado una apisonadora por encima, o pegado a una pared, intentando no respirar.

Sin embargo, esa vez no encendió la luz, porque si lo hacía, se echaría a perder la magia de aquella situación; vería las enormes flores de colores de su colcha, el hombrecillo de la lámpara de porcelana que había en la mesilla de noche, acercándose a la mujer de porcelana que tenía a su lado, con el diminuto laúd de porcelana en la mano.

—Vete a la cama, anda —le dijo a Calvin—. Que te estás cayendo de sueño.

—¿Por qué estabas hablando con acento inglés? —le preguntó—. ¿Con quién hablabas? ¿Era con un inglés?

—Con Shred —dijo, despreciándose a sí misma por haberlo confesado.

Le pasaba lo mismo con las cubiertas de los libros, con los jerséis, con los zapatos nuevos, a los que ya había rozado las puntas: las cosas bonitas no le duraban ni un minuto.

—Y no es inglés.

—¿Quién es Shred?

—Chsss —dijo Beatrice.

Alargando los brazos y moviendo las manos por la negrura de la habitación, se topó con el bulto de Calvin. Empujándolo con suavidad, le guió hacia la puerta. Al pasar ante la lucecilla de la radio, vio las gafas de sol que su hermano había añadido al disfraz habitual. Combinadas con la boina, le daban el aspecto de un personajuelo extraño pero con un toque elegante, como uno de esos chicos con padres de la farándula que se pasa la infancia metido en discotecas bebiendo *ginger-ale*. De pronto, Beatrice se sintió abrumada por la sensación de que su hermano pudiera ser un perfecto desconocido.

Entonces la radio alzó la voz y dijo:

—Este tema es para la chica que quería oír algo de los Angry Samoans.

—Esa soy yo —susurró Beatrice, sabiendo que no la oía nadie.

Beatrice tenía otra actividad nocturna que a veces la entretenía tanto como para seguir despierta cuando Shred anunciaba que era la una de la madrugada. Entonces levantaba la cabeza y veía al hombrecillo de la lámpara reflejado en los cristales oscuros de su ventana. Tener la luz encendida en plena noche era un millón de veces más deprimente que tenerla apagada, pero necesitaba luz para ver lo que hacía.

Su otra actividad estaba relacionada con un par de pinzas que había encontrado en el botiquín que había debajo del lavabo. A un ritmo lento pero gratificante, sus cejas habían empezado a desaparecer. Todo lo demás, entretanto, era un caos. Beatrice parecía haber entrado en otro país, un lugar en el que era imposible permanecer intacto: de pronto te veías soltando unos extraños copos de nieve hechos de tu propia piel, y dejando las sábanas regadas de unas comas negras que en realidad eran pelos. En todo caso, siempre dejabas alguna huella. Y a Beatrice le asustaba la idea de llegar a despojarse de algún fragmento excesivo de sí misma y que lo acabara encontrando alguien más pulcro que ella. Su rastro podía acabar incrustado en una pastilla de jabón o en el cuello de un jersey que le hubieran prestado. Y las pinzas no le servían de mucho en ese país tan desagradable en el que había entrado con toda su ingenuidad; estaba segura de que habría sido más fácil vaciar la bañera con un cuentagotas, pero siguió dejando las pinzas a mano, en el cajón de la mesilla de noche, y de noche las empleaba de un modo furibundo.

Beatrice estaba ocupada, pero los demás también. Todos tenían sus planes. En la planta de abajo, su padre se dedicaba a arrastrar muebles de un lado a otro. Mientras tanto, su madre ordenaba todo lo que se encontraba suelto, como horquillas, lápices de colores o monedas de un penique, que reunía con una goma o envolvía en papel. Los dos abrían y cerraban cajones. Subían y bajaban la voz. Cambiaban las cosas de sitio. A Calvin también se le oía de vez en cuando, tumbado en la alfombra de su cuarto, inventando escenas con sus muñecos militares. Beatrice oía los murmullos de su hermano, los chirridos de las sillas al ser arrastradas por el suelo, los chasquidos de la casa entera sometida a sus tejemanejes nocturnos, así que no era extraño que sus parientes tuvieran mala cara al despertarse.

Una noche, ya tarde, sonó el teléfono.

—¿Sí? —dijo Beatrice al cogerlo.

—¡Hola! —dijo una voz alegre—. ¿Qué tal estás?

—Bien —dijo ella, respondiendo casi mecánicamente—. Bien —repitió a los pocos segundos.

El desconocido soltó una risilla.

—No sabes quién soy —dijo.

—¡Claro que sí! —protestó Beatrice—. Por supuesto que lo sé. ¿Qué tal estás tú?

—Contento de oír tu voz.

—Qué bien —dijo ella—. Y yo me alegro de oír la tuya.

—¿Qué estás haciendo ahora mismo? —le preguntó el desconocido.

Beatrice soltó las pinzas encima de la colcha.

—Nada —dijo mientras las guardaba en el cajón—. Estaba escuchando la radio.

La cama soltó un crujido cuando Beatrice se levantó, dispuesta a oír la siguiente pregunta. Estaba segura de que el hombre le iba a decir: «¿Le puedes decir a tu padre que se ponga un momento?». Entonces ella bajaría al galope los cuatro tramos de escaleras y, ya que estaba abajo, iría a la cocina para subir un pastelillo de frutas. Por cierto, cuando se movía y la cama chirriaba, ¿sonaría como si se hubiera tirado un pedo?

Entretanto, se quedó esperando oír la pregunta de rigor.

—Qué gracia —dijo el hombre—. Yo también estoy escuchando la radio.

—Ah.

—Puede que tengamos una conexión psíquica —dijo él, riéndose para que se notara que era una broma.

Al oírle, Beatrice cayó en la cuenta de que no conocía de nada al señor con el que estaba hablando, pero ya parecía tarde para decírselo. Y también era tarde para asustarse. No era una llamada obscena, de eso estaba segura, porque en ese asunto tenía experiencia. Un día, mientras esperaba a su hermano en las escaleras de la biblioteca pública, oyó sonar el teléfono de una cabina que había junto a la puerta. Al contestar, oyó una voz que decía: «¿Tienes el coño muy peludo?». Y aunque a ella jamás se le habría pasado por la cabeza decirlo con esas palabras, cuando colgó el teléfono pensó: «¿Y tú cómo lo sabes?».

El desconocido del teléfono tosió.

—Perdona —dijo—. Tengo un catarro que no se me quita.

Era una tos que no le pegaba nada, delicada y seca, como la del niño rico de *El jardín secreto*, al que llevan en una silla portátil de mimbre, con una manta en las rodillas. El nene se porta como un mimado hasta que alguien más pobre que él le obliga a mostrar el lado bueno de su naturaleza.

—Jesús —dijo Beatrice, como si el desconocido que estaba al otro lado del teléfono hubiera estornudado.

—Se agradece —dijo él—. ¿Y tú no tendrías que estar en la cama a estas horas? ¿No tienes que ir al colegio mañana?

—No —dijo ella.

Le contestó sin ninguna indignación en la voz, porque no se lo había preguntado en plan frívolo. Y era obvio que no quería hablar con su padre ni con su madre. Sin saber bien por qué, estaba segura de que no le iba a preguntar por ellos en ningún momento.

—No —insistió—. He dejado de ir al colegio —le dijo, cerrando los ojos para olvidarse de la estantería y la mesilla de noche azul celeste—. Estoy en una banda de

música.

—¿Como los Bangles? —le preguntó él.

—¡No! —gritó ella con una mezcla de vergüenza y entusiasmo ante el peligro de que el hombre se hubiera creído su trola—. Como los Butthole Surfers.

—De esos no he oído hablar —murmuró él con un tono respetuoso.

—Son poco conocidos —dijo ella—. Casi nadie sabe quiénes son.

Parecía un buen momento para sacar a relucir el pedal de distorsión. Como si fuera una expresión que hubiera aprendido en clase de lengua, intentó hacer una frase con ella, pero «Tengo un pedal de distorsión» fue lo único que se le ocurrió, y con eso no habría aprobado un examen de vocabulario en el colegio. Pero ¿quién se iba a enterar? De pronto se oyó a sí misma diciendo en voz alta una serie de cosas que hasta ese momento solo había pensado a modo de experimento.

También se enteró de que existía una profesión de la que no había oído hablar hasta ese momento: el paisajismo, que consistía en podar los árboles y cortar el césped de los jardines de la gente. Eso era lo que hacía el hombre de la tos delicada que estaba al otro lado de la línea telefónica. A sus padres no les vendría nada mal un paisajista, pensó Beatrice. Tenían el jardín abandonado y descuidado, y siempre era motivo de grandes trifulcas. Su padre estaba convencido de que tener césped era una incongruencia desde el punto de vista ecológico; su madre opinaba que eso no era más que una excusa para no cortarlo, pero Beatrice no sacó el tema. Por lo que había dicho hasta entonces, tenía al hombre convencido de que ya no vivía con sus padres y que, además, su familia no era precisamente de las de casa con jardín.

En ese momento avistó un bulto deslizándose sobre el suelo de su cuarto.

—¡Calvin! —exclamó—. ¡Por favor, vete a hacer de ladrón a otro sitio!

El bulto se alejó de ella lentamente. La puerta se abrió y se cerró.

—Perdona —dijo Beatrice, volviendo a acercarse el auricular.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dijo el desconocido.

—Sí, claro —dijo ella.

—¿Quién es al que se oye gritar?

Era el padre de Beatrice. Estaba abajo, gritando a voz en cuello. Seguro que era por algo relacionado con la casa. Se habían mudado hacía más de tres años, pero la casa nunca dejaba de sorprenderles: se inundaba en primavera, estaba plagada de hordas de hormigas voladoras y tenía entusiasmados a los gatos silvestres y a los mapaches de la zona. La chimenea se había derrumbado; las cañerías estallaban cada dos por tres; una tarde de ventisca salió volando una teja que estuvo a punto de darle a Calvin en la cabeza. Era una casa que siempre parecía necesitar arreglos urgentes y caros, cosa que tenía a su padre muy abatido. Las reparaciones que había previsto eran mucho menos importantes y tenían su encanto, porque eran de las que servían para crear un espíritu de camaradería en la familia. Todos unidos, arreglando la barandilla con un toque artesanal, sin tener que meter en casa a una tropa de trabajadores, paseándose por todas partes con sus botazas y haciendo un ruido del

demonio. «¡Esto no es lo que yo me había imaginado!», berreaba su padre con un vozarrón tremendo pero con un destello de amargura. Al oírle, Beatrice pensaba en el aullido de un elefante preso, curvando la trompa hacia los cielos, pero en ese momento, como les separaban cuatro largos tramos de escaleras, no entendía nada de lo que decía su padre.

Volviendo a su conversación, Beatrice decidió arriesgarse una vez más.

—Es mi novio —le dijo al desconocido.

El hombre se quedó callado durante unos segundos.

—¿Quieres que cuelgue? —preguntó con un tono preocupado—. ¿Crees que se va a enfadar si hablas conmigo?

Beatrice se acercó el auricular a la boca y bajó la voz.

—Ya está enfadado —dijo.

—Ah, ¿sí? —dijo el hombre—. ¿Y qué va a hacer?

—No lo sé —susurró Beatrice—. Espera...

—¿Cómo dices? ¿Qué es ese ruido?

A través de su puerta se oía una vibración sorda, parecida al resoplido que sueltan algunas personas cuando tienen frío: brrr.

—Creo que ha encendido el... —dijo Beatrice, tragando aire—. Tengo que colgar.

Devolvió el auricular a su nido de plástico. ¡Clic!, y se acabó lo que se daba. El desconocido, que había salido de algún lugar insospechado, había regresado a sus profundidades, como el saurio Champ, o como el monstruo del lago Ness, al que Calvin iba a sacar en un diorama que estaba construyendo. Y Beatrice volvió a la realidad como si se hubiera quedado adormilada en la bañera y de pronto cayera en la cuenta de que se le había quedado el agua helada.

Al otro lado de su puerta, la hermosa caja de madera vibraba insistentemente. Calvin, aún disfrazado de hombre invisible, debía de estar agazapado en alguna de las habitaciones de abajo, tocando el timbre una y otra vez. Mientras se tumbaba en la cama, Beatrice lo dejó sonar como si fuese una doncella perezosa. Mostraba poca convicción, porque según las normas del juego, ella nunca hacía de criada; del mismo modo que nunca era la alumna, sino la profesora; y tampoco la persona que descubriría el cadáver, sino el cadáver que yacía gélido en el suelo. ¿Y por qué eran así las normas? Pese a haberlas inventado, no les encontraba ningún sentido, pues eran tan arbitrarias como inviolables. Sabía, por ejemplo, que el teléfono volvería a sonar, tal vez no esa misma noche, sino alguna otra, y que, cuando sonara, ella diría: «¿Sí?», y entonces las normas volverían a entrar en funcionamiento. Él le haría preguntas y ella le daría sus ingeniosas respuestas. Él sería un paisajista y ella sería la guitarrista de una banda de música.

En ese momento entró Calvin, pero esta vez sin deslizarse por el suelo. Beatrice notó el cálido aliento de su hermano en la cara.

—¿Por qué no has venido? —le preguntó él.

—¿Estabas tocando el timbre para llamarme a mí? —dijo Beatrice.

—¡Sí! —dijo él—. ¿Por qué no has venido?

Calvin encendió la lámpara de la mesilla y apareció ante ella con sus gafas, su boina y sus guantes. Abajo, a lo lejos, su padre seguía dando berridos.

—¿Ha vuelto a explotar el retrete? —le preguntó ella.

Su hermano no contestó.

—No lo sé —dijo al cabo de un rato—. No me he enterado. Estaba llamándote a ti.

—Creía que era sin querer —le dijo Beatrice.

—He logrado hacerme la cocina entera, con las luces encendidas. Y no me han visto, yendo de una punta a la otra —dijo Calvin—. Entonces me he colado en la despensa y me he puesto a esperarte. Por eso llamaba al timbre sin parar.

—No me lo podía ni imaginar —dijo Beatrice—. Creía que lo estabas tocando sin querer.

—Déjalo —dijo él con una voz de agotamiento—. Qué más da.

Su hermano se quitó los guantes negros de lana y se los dio.

—Toma, te los devuelvo —dijo.

—¿Ya no los quieres?

—Pues no —dijo Calvin—. Ya no. Me he hartado de este juego.

Sin los guantes, ya no parecía el Ladrón de Guante Negro. Ni siquiera parecía un personajillo cosmopolita con un toque elegante. Parecía un niño tristón con un jersey de cuello alto y unos leotardos, o una niña a la que sus padres se hubieran olvidado de ir a recoger de su clase de claqué.

Como se había aburrido de jugar al Ladrón, Calvin dedicó todas sus energías a convertirse en un entrometido. Parecía haber transformado todo su empeño de pasar inadvertido en detectar algo siniestro o fallido en la vida de Beatrice, a quien incordiaba sin cesar. Apostado ante la puerta del cuarto de baño, repetía con voz monocorde:

—¿Qué haces, qué haces, qué haces?

Lo que solía estar haciendo ella era ensayar alguna escena o fingir alguna actividad. Por ejemplo, encender un pitillo o conducir un camión mientras encendía un pitillo. O hablar con un pitillo colgado de la boca. O hablar haciendo gestos con un pitillo en la mano. Como no tenía pitillos de verdad, hizo un tubo de papel y lo pegó con celo. A veces era más fácil usar un pitillo invisible, como cuando metía un pitillo entre las clavijas de la guitarra eléctrica que, de momento, también era invisible.

—¿Qué haces? —insistió Calvin.

—¡Estoy fumando! —gritó Beatrice.

Al otro lado de la puerta se hizo un silencio hasta que Calvin dijo en tono

amenazante:

—Beatrice —y añadió con cierto temor—: Sabes que no deberías fumar. Lo sabes de sobra.

Abriendo la puerta de golpe, ella le miró con desdén.

—Es mentira —anunció—. Ja, ja. Es una broma.

Calvin también empezó a mostrar un interés desmedido por el programa *Hotel Rock*.

—¿Ha empezado ya? —preguntaba, dando saltitos junto a la radio—. Avísame cuando empiece —le decía a Beatrice en tono imperativo.

Y cuando salía una voz por la radio, aunque fuera la del hombre del tiempo, Calvin decía:

—Es Shred, ¿verdad? Es Shred.

Fingía que le gustaba escuchar música, cerrando los ojos y moviendo la cabeza al ritmo frenético de las canciones.

—Me encanta este tema —decía.

Pero Beatrice sabía que estaba fingiendo, porque a veces se alejaba del aparato de radio, parpadeaba un par de veces, y preguntaba desconcertado:

—¿Por qué están todos tan enfadados?

Calvin era tan pequeño que tenía el histerismo del adulto común.

Si estaba de buen humor, Beatrice le contestaba:

—Un buen día te sonará distinto, Calvin.

Porque habría un día en el que su hermano sabría distinguir perfectamente, igual que ella, si una canción era de Dag Nasty o de Minor Threat, incluso antes de que Shred dijera nada.

—Y ese día descubrirás la diferencia entre estar cabreado y estar vivo —le dijo.

Ese matiz también se lo intentó explicar al desconocido del teléfono.

—¿Por qué grita tanto tu novio? —le preguntaba.

—Es así —le decía Beatrice.

Ella también tenía experiencia en el asunto. Cerraba la puerta de su cuarto y se ponía a cantar las canciones de *Hotel Rock* con una voz que casi no le parecía suya. «¡Ese es el momento en que saco el revólver!», chillaba con un entusiasmo que le hacía sentirse absolutamente despierta y capaz de cualquier cosa. Estaba deseando poder conducir y gritar al mismo tiempo.

—¿Y no te molesta nada? —le preguntó el desconocido.

—No me doy por aludida —dijo ella.

—¿Por qué no le dejas? —le sugirió el hombre—. Prueba con otro.

—Ni que fuera así de fácil.

La conversación estaba entrando en terreno pantanoso.

—Pues no es nada fácil. Dejar a alguien es lo más difícil del mundo —dijo con toda su convicción, recordándole, por si se le había olvidado—: Estoy viviendo con él.

—Supongo que tienes razón —admitió él—. El roce hace el cariño, dicen.

—Además, la banda se acabaría —dijo ella.

—Pero podrías montar otra, una banda solo de chicas.

Beatrice soltó un largo suspiro.

—La cosa no es tan sencilla. Le tengo afecto.

Al oírse, le asombró la facilidad con que hablaba de relaciones sentimentales, sin haber mantenido ninguna. Era increíble lo que se podía conseguir a base de ensayar mucho y usar la imaginación. Cuando fuera a su primer concierto, tuviera su primer piso y se fumara su primer pitillo, al paso que iba, sería como si llevara haciéndolo toda su vida. Hasta podía ser que cuando tuviera su primer novio ya estuviera harta del asunto, porque no le iba a parecer tan maravilloso después de haberlo ensayado tanto.

—No siempre podemos elegir a la persona de la que nos enamoramos —le dijo al desconocido.

Beatrice intuía que, pese a la paciencia con la que se lo explicaba, el hombre no acababa de entenderlo, y era un tema en el que parecía absolutamente obtuso. Su terquedad era la misma que debían de tener las plantas: la tozudez de la achicoria, por ejemplo, o de la cizaña. Siempre que llamaba, le hacía las mismas preguntas, con el mismo tono indeciso y lastimero, pero Beatrice estaba decidida a quitarle esa manía.

—Cuéntame qué has hecho hoy —le exigió—. Cuéntame algo interesante.

—Por Dios —gimoteó él, acoquinado—. Eso es imposible.

Entonces, como en son de protesta, la casa se estremeció. Fue algo casi imperceptible, apenas un pequeño temblor, porque era un caserón enorme de muros muy gruesos. Mano de obra de la de antes, le habían repetido sin cesar. Las casas ya no se hacían así. En esta casa, dabas un portazo y ni se notaba.

Justo entonces sonó un estruendo, como si alguien arrastrara algo metálico por la rampa de asfalto del garaje, y entonces se oyó la voz clara, grave e imponente de su padre:

—¡Estoy en ello!

El hombre del teléfono soltó otro lamento.

—No lo entiendo —murmuró—. No lo entiendo en absoluto.

¿Qué podía hacer para explicárselo?

—Tenemos mucho en común —le dijo.

Y, curiosamente, en medio de tanta invención, surgió algo que era cierto. A su padre le encantaban las complicadas fugas que le tocaba al piano. A los dos les encantaba tocarle la nuca a Calvin. Y él era un hombre de una humanidad abundante, de una exuberancia que Beatrice, por desgracia, estaba empezando a descubrir en sí misma. Cuando su padre le daba un abrazo, por ejemplo, notaba un colchón de pelos debajo de la camisa que por una parte era asqueroso, pero por otra era como apoyar la cabeza en un lecho de moho.

—Mucho en común —repitió el desconocido con tristeza.

La idea parecía haberle descorazonado, aunque se había creído capaz de superar obstáculos como el de la banda de música o el piso compartido. Tal vez vislumbrara, a pesar de su torpeza, un ápice de verdad. Empezó a toser otra vez con ese carraspeo aniñado y debilucho.

Paró de modo tan repentino que Beatrice se planteó si el ataque de tos habría sido fingido. Entonces habló en un tono sereno, semejante al que ella empleaba con él.

—¿Qué harías si un buen día él no volviera a casa? —preguntó.

—¿Cómo dices? —contestó ella.

—Estarías muy sola. Echarías de menos tener a alguien que te abrace.

—Disculpa, no te entiendo —dijo Beatrice, como si la tos del hombre le hubiera impedido oírle bien.

Sería eso, pensó. La tos no le permitía entender la mayoría de las cosas que decía el desconocido. Su tosecilla, decidió, parecía estarle bajando al pecho, lo cual sugería cosas funestas en cuanto a su salud.

—Deberías tomarte unas grageas —dijo en tono cortante, deseando colgar de una vez.

«Gragea» era una palabra que había aprendido hacía un año, en los tiempos en que aún leía libros, antes de descubrir *Hotel Rock*, cuando todavía pensaba marcharse a Inglaterra y ponerse a escribir novelas históricas. Qué curioso, pensó al imaginarse juntas a aquella persona y la persona que era hoy. Ni siquiera habrían sido amigas.

El teléfono no estaba siempre en su cuarto cuando Beatrice lo necesitaba. A Calvin le había dado por decir que tenía varias llamadas pendientes. Cuando veía el largo cable gris saliendo de su habitación como una serpiente, de pronto le entraba una ira sanguinaria. ¡Si su hermano no tenía con quien hablar! Y menos a esa hora. Pero se oía su vocecilla aguda como un tintineo de campana, hablando despacio y pronunciando con precisión, como si estuviera dando instrucciones a una persona menos inteligente. Las conversaciones siempre eran cortas. Y siempre eran fingidas. Beatrice lo sabía por experiencia, porque años atrás ella también hablaba con la señal telefónica como si fuera su mejor amiga.

No obstante, se trataba de una estudiada treta de Calvin para avanzar en su molesto espionaje. Siempre quería saber con quién hablaba ella. En cuanto sonaba el teléfono, se plantaba en la habitación de Beatrice.

—¿Es para mí? —decía.

Pero nunca era para él. Lo que quería era tener una excusa para averiguar quién llamaba. Y todas las respuestas que le daba Beatrice le parecían insatisfactorias. «¿Qué tío es? —exclamaba—. ¿Le conozco yo? —preguntaba—. ¿Va a tu clase?».

Por su parte, ella no tenía claro qué le resultaba más difícil: librarse de Calvin o contener las ganas de contárselo todo. A menudo le entraban unas ganas tremendas de soltarle alguna burrada que le dejara turulato. Verle mirarse los dientes para ver si

tenía placa, o guardar los cromos en sus fundas de plástico, o mover la ruedecilla del dial para ver si daba con la emisora de *Hotel Rock* le producía una especie de desidia perversa.

¿Qué podía contarle primero?

Por qué el número 69 era tan asqueroso. O lo de esa niña del colegio que le había dado un tortazo tan fuerte a su madre que le había arrancado las gafas. O lo de esas chicas que se dedicaban a torturar a otras chicas, mandándoles recortes de revistas y cartas tipo asesino en serie. O que el siguiente disco de Big Black se iba a llamar *Songs About Fucking*, es decir, «Canciones sobre follar». O que ya había descubierto lo que quería decir paisajismo. O que HTM era «hazlo tú mismo», PDD era «píldora del día después» y VOM, «vivo o muerto».

A veces le entraban ganas de descender sobre su hermano como un ángel exterminador y contarle todas las cosas interesantes que sabía, pero al final resultó que no le hizo falta.

—Ha llamado un señor preguntando por ti —dijo Calvin desde la puerta, con el teléfono en la mano—. Le he dicho que no estás.

—¿Y se puede saber por qué? —le preguntó Beatrice, quitándole el teléfono de las manos.

—Me ha dado mal rollo —dijo Calvin—. Tiene voz de *friki*.

—Es un amigo mío —dijo Beatrice.

—¿El señor ese?

—Hablamos mucho por teléfono.

—¿En serio? —le dijo Calvin, atónito—. ¿Hablas por teléfono con el señor ese?

—¡Deja de llamarle ese!

—¿De llamarle qué? —le preguntó su hermano.

El teléfono, que Beatrice aún tenía en las manos, empezó a sonar. Dando un respingo, lo soltó encima de la cama.

—No contestes —dijo Calvin.

—Por supuesto que voy a contestar. Es un amigo mío que quiere hablar conmigo.

—No contestes. No vuelvas a hablar con el...

Calvin se paró en mitad de la frase, porque tenía prohibido llamarle «el señor ese».

El teléfono seguía sonando. Beatrice posó los dedos sobre el auricular.

—¡No! —dijo Calvin.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Beatrice, aunque la que estaba empezando a preocuparse era ella—. No está llamando a la puerta. Solo está al teléfono.

—Ya lo sé —dijo Calvin—. Pero no contestes, por favor. Me parece que no deberías hablar con él.

Acercándose, tomó las manos de Beatrice entre las suyas, calientes y algo pegajosas. Calvin y ella se sentaron en la cama, mirando el teléfono mientras sonaba.

Cuando al fin paró de sonar, a Beatrice le entró miedo.

—¿Tú crees que...? —murmuró, pero no logró acabar la pregunta.

Si el desconocido se plantara en su puerta, le sería imposible reconocerlo. A Shred le reconocería a la primera, por sus dedos largos tan bonitos, el pelo despeinado, la curva escéptica de las cejas y la tira de cuero que llevaba al cuello, pero el hombre del teléfono no tenía rostro. No andaba recto ni encorvado. No tenía mal aliento; no llevaba la camiseta limpia ni sucia; no tenía marcas de nacimiento. No tenía diecinueve años ni cuarenta y uno. No tenía labio leporino ni un *piercing* en la oreja; no tenía nariz, barbilla ni cuerpo, pero Beatrice no se planteaba esas cosas. Se limitaba a saludarle con un «Hola» y a decirle «Cuéntame algo interesante». Lo que sí sabía era que le daba la tos de vez en cuando.

De pronto se dio cuenta de que su hermano la estaba mirando de un modo raro. Le escudriñaba la cara como si fuese un paisaje que mirara desde un avión. Sus ojos parecían decir: «No pienso bajar ahí», pero seguían buscando un sitio adecuado en el que aterrizar.

—No es muy listo —le dijo Beatrice.

—¿Cómo lo sabes?

—Vive de cortar el césped de la gente —le explicó—. No sabe lo que es una gragea. Y cuando le he dicho que toco la guitarra, se lo ha creído.

Calvin dejó de mover las pupilas de un lado a otro.

—Como te lo has creído tú cuando él te ha dicho que él corta céspedes.

Beatrice, nerviosa, cambió de postura. Luego se tapó los oídos y cerró los ojos con fuerza.

—No me mires más —le siseó—. No me digas nada más.

—Perdona —dijo Calvin, dándole unas palmaditas en el brazo—. Lo siento.

Su hermano le dio unos golpecitos cariñosos en los brazos y los hombros.

—Apaga todas las luces —le dijo ella—. Pon la radio.

Cuando se quedaron a oscuras, Beatrice abrió los ojos y vio la lucecilla de la radio. Shred aún seguía hablando, anunciando las canciones que iba a poner, despreciando las canciones que le pedían, diciendo:

—Esta es para...

—La Superlinterna —susurró Calvin.

Se refería a un artilugio, lo más parecido a una porra que tenían ninguno de los dos. Una de esas linternas como las de los policías y los vigilantes nocturnos, que funcionaba con seis pilas enormes colocadas en el interior de un cilindro metálico que era frío al tacto y que pesaba como si estuviera cargado de balas de cañón. La Superlinterna vivía en el cuarto de Calvin, un universo que a Beatrice cada vez le resultaba menos familiar. Por eso se topó con el paragüero donde su hermano guardaba la colección de espadas históricas.

—¿Dónde estás, Calvin?

Estaba agazapado debajo de la ventana. Beatrice estiró el brazo y al tocarle se dio

cuenta de que Calvin acunaba la linterna en el regazo. Entonces, como si estuviera ciega, le palpó el cuerpo. Su hermano aún pertenecía a esa patria que ella ya había abandonado: Calvin aún estaba entero, inmaculado, tierno, y tenía el pecho trémulo como el de una liebre. En el cuarto de al lado, el teléfono sonó una vez y dejó de sonar.

—Ay, Dios —dijo Beatrice—. ¿Crees que alguien lo habrá cogido?

—Pues espero que no —dijo su hermano, y en ese momento pareció entrar un leve soplo de aire, tan tenue como si alguien hubiera apagado una vela.

Beatrice se planteó si sería buena idea avisar a sus padres sobre la llamada, pero donde estaba ella, en el último piso de la casa, las habitaciones no tenían timbres instalados en las paredes. Solo había timbres en la planta de abajo, en las habitaciones con ventanales de suelo a techo, que ocupaban su padre y su madre. Desde arriba era imposible pedir ayuda, ni decir nada importante, ni avisar de un peligro inminente; solo se podía recibir información.

Eran ellos los que respondían al teléfono. Eran ellos los que abrían la puerta cuando sonaba el timbre.

—Por Dios —dijo ella.

En el jardín se oyó un ruido. Algo se movió entre los árboles, avanzando hacia la acera nevada.

—El mapache —susurró Calvin.

Pero el ruido no era el de un mapache, ni tampoco el de un gato asilvestrado y sarnoso. Ni el de un águila posándose en la hierba. Hubo un tiempo en que Beatrice creyó vivir entre los abetos y los animales nocturnos, pero en ese momento tenía claro que junto a su casa pasaba una calle, que las ruedas de los coches chirriaban en la cerradísima curva, y que arriba de la cuesta había una gasolinera y que bajo las potentes farolas de la gasolinera había una cabina telefónica. A su lado oía la suave respiración de su hermano. Y en ese momento escuchó el suave crujido de unas pisadas sobre la nieve.

Calvin se levantó de un salto velocísimo y abrió la ventana de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire gélido.

—¡Alto ahí! ¡No te muevas! —gritó.

—¡No! —dijo Beatrice, tirándole de la pierna—. ¡Bájate de ahí!

—Los niños —murmuró una voz desde abajo.

Sorprendida, Beatrice se puso en pie. Apretujada contra su hermano, escudriñó la oscuridad. Calvin apretó el botón blando de la linterna, proyectando un haz de luz sobre el jardín.

De pie sobre la hierba, un hombre los contemplaba, protegiéndose los ojos con una mano. De la otra le colgaba un petate azul chillón. Lucía un elegante abrigo largo, en cuya solapa llevaba prendido el tosco abeto que Beatrice había hecho en clase de cerámica el año anterior; desde donde estaba lo veía perfectamente.

—¿Papá? —dijo.

—Niños, ¿qué hacéis despiertos? —preguntó su padre en voz baja, como si quisiera parecer furioso y tranquilo a la vez.

—Hemos oído algo raro —le contestó Beatrice, también en susurros.

—¿Y qué haces tú despierto? —quiso saber Calvin.

Esta pregunta pareció asombrar a su padre. Dejando caer la mano con la que se protegía los ojos, levantó el brazo que sostenía el petate.

—He bajado a sacar esto del coche —dijo.

Calvin seguía enfocando a su padre con la linterna.

—¡Pues es muy tarde! —le dijo.

La luz formaba un círculo en torno a la silueta oscura. Tras ella, Beatrice distinguía la forma alargada de los árboles, los bultos irregulares de los arbustos, y el armazón torcido del cenador que su padre empezó a construir en otoño, pero que no había tenido tiempo de acabar. En ese momento le pareció ver algo rotundo en medio de la oscuridad, avanzando hacia los cubos de basura. Vio las huellas que los pies de su padre habían dejado en la nieve y la sombra afilada que dibujaba su cuerpo sobre el jardín. No era más que su padre, pero Beatrice aún tenía un nudo en el estómago. No era más que su padre, paseándose a oscuras. Ahí estaba, en medio del jardín, con el petate en la mano y el abeto prendido en la solapa, y la hilera de pasos que había dejado en la nieve al alejarse.

Esa noche, Beatrice estaba segura de ello, su padre iba a volver a casa. Acabaría dando voces y acarreando muebles por el suelo y, por la mañana, cuando los cuatro se sentaran a desayunar, todos se mirarían los unos a los otros con un gesto de cansancio, pero una noche cualquiera, dentro de poco, pensó Beatrice, oirían hablar de un piso.

Y, de pronto, la palabra «piso» ya no era una cosa suya ni una idea propia.

—Calvin —dijo—. Apaga eso.

Sin la luz de la linterna, su hermano no vería las cosas tan claras. Beatrice agarró el frío cilindro con las manos y tiró de él, intentando quitárselo a su hermano, pero él no estaba dispuesto a soltar la linterna.

—No —dijo en un tono agresivo—. Es muy tarde.

En ese momento, Beatrice oyó a sus espaldas el runrún de la radio, que parecía hablar sola en el silencio de su habitación. La voz decía:

—El chico este que no hace más que llamarme quiere oír a The Clash. La verdad es que yo no pondría a The Clash. Sí, ya sé que la música *punk* no existiría si no fuera por ellos, pero, en fin, que a The Clash los puedes oír en otras cadenas, como las de grandes éxitos y tal. El caso es que en *Hotel Rock* no ponemos a The Clash y punto —explicaba Shred—. Pero este chico que ha llamado me ha hecho recordar cómo era yo a su edad, cuando oí a The Clash por primera vez. En la vida había oído nada igual. *London Calling* fue un disco que me cambió. Vamos, que no estaría aquí sentado hablando con vosotros si no fuera por ese disco. Así que voy a ponerle ese tema al chico que ha llamado. ¿Qué queréis que os diga? Es uno de los temas que oía

en mi juventud.

Travesía

El señor Meacham, el jefe de su departamento, se empeñó en invitar a la señorita Hempel a una limonada al salir del colegio. Si eres una persona apasionada, curiosa y con un intelecto implacable, le dijo, entonces has nacido para ser profesora de historia.

—Yo soy profesora de lengua —le dijo la señorita Hempel.

—Tú no eres profesora de lengua —la corrigió el señor Meacham—. ¡Enseñas a tus alumnos a leer, a escribir y a pensar con sentido crítico!

A la señorita Hempel le pareció una descripción excesivamente grandiosa de su profesión. Por los ventanales de la cafetería vio a sus alumnos salir atropelladamente por la puerta del colegio. ¿Sería verdad que les estaba enseñando algo? ¿O su clase solo era, como ella sospechaba, otro flanco defensivo de un montaje que los retenía durante ocho horas diarias?

—¿Qué tiene de malo el modo en que se enseña historia en este colegio? —preguntó el señor Meacham.

—Que no conseguimos que a los niños les parezca un tema relevante —sugirió la señorita Hempel.

—¡Relevante! —bramó él—. ¿Y quién demonios ha dicho que la historia tenga que ser relevante?

Entonces se puso a hablar con una vocecilla aguda y siniestra que la señorita Hempel no le había oído nunca.

—Mirad, chicos, ¡os aseguro que los habitantes del antiguo Egipto no eran muy distintos de nosotros! Mirad, chicos, ¡os aseguro que cuando estudiamos a los habitantes del antiguo Egipto, nos vemos reflejados en ellos! —Recuperando su voz normal, el señor Meacham siguió hablando—: Toda esta historia de la relevancia es un proceso de erosión —aseguró—. Cuando acaben de trillar el tema, ya no quedará historia propiamente dicha. Para entonces lo llamaremos «estudios sociales».

Dicho esto, el señor Meacham se arrellanó en su taburete con cierto nerviosismo, como si él fuese la historia y la señorita Hempel la relevancia.

—Al contemplar la historia, los estudiantes no tienen por qué verse reflejados —dijo—. Lo que tienen que ver es algo irreconocible que les devuelve la mirada, pero ese algo les resulta del todo ajeno.

Eso es lo que ven cuando se miran en el espejo, pensó la señorita Hempel. Algo irreconocible.

—Pero te diré que no es eso de lo que quería hablarte —continuó el señor Meacham, en un tono ligeramente más alegre—. Y también te diré cuál es el fallo de nuestra manera de enseñar historia en este colegio: que no se escribe lo suficiente. Se lee mucho, se habla mucho, pero se escribe poco. Y ahí —dijo con una sonrisa— es

donde tú puedes ayudarnos.

—¿Yo? —le preguntó la señorita Hempel.

—Tú puedes enseñar a los alumnos que no solo hay que pensar en la historia, sino también escribir sobre ella.

En ese momento, la señorita Hempel vio claro cuál era el error del señor Meacham. Había dado por hecho que ella era una persona a la que le gustaba enseñar a escribir a los alumnos de séptimo, y que se sentía feliz y útil al hacer un diagrama de una frase, al analizar una idea o al sugerir con paciencia que convenía repetir el ejercicio en sucio, pero no era el caso. La posibilidad de aumentar su implicación en los ejercicios de lengua de sus alumnos de séptimo le parecía preocupante. ¿Cuál era el efecto inmediato de leer demasiadas oraciones complejas? Solo de pensarlo, notaba que se le espesaba el cerebro, como el agua estancada de un pantano.

Ojalá sintiera la misma terca devoción por su asignatura que el señor Meacham sentía por la suya. Cuando la gente se le acercaba a preguntarle algo en un arrebato de entusiasmo, la señorita Hempel pensaba: «¡Qué bonito!». El entusiasmo, en casi todas sus vertientes, le parecía algo fascinante. Por eso se había hecho gerente del equipo de voleibol y encargada del club de lectura femenino y tutora de la organización multicultural de enseñanza secundaria inspirada en Umoja, la aldea keniana fundada por un grupo de mujeres hartas de sus maridos. Y por eso se iba a convertir en profesora de historia de Estados Unidos de séptimo curso.

El señor Meacham le dio un libro que pesaba unos cinco kilos. El título, por supuesto, rebosaba entusiasmo. (*¡América, América!*).

Primer ejercicio. Elige tres personas de edades distintas (es decir, que no sean los tres alumnos de séptimo más cercanos) y hazles la siguiente pregunta: ¿Por qué es importante aprender la historia de Estados Unidos? Anota las respuestas. Incluye el nombre, la edad y la ocupación de las personas entrevistadas. Lleva los resultados al colegio y exponlas en clase.

—Para entender mejor quienes somos —leyó Tim en voz alta, mirando los papeles de su carpeta—. Alice Appold. Cuarenta y dos años. Quiropráctica.

—No sabía que tu madre era mayor que la mía —dijo Daniel.

—¡Mi madre tiene cincuenta y tres! —anunció Rachel en tono dramático.

—Según la señorita Cruz, tenemos que conocer la historia de Estados Unidos porque si no conocemos nuestro pasado, no conoceremos nuestro futuro —dijo Stevie.

—Mi padre se niega a contestar la pregunta, porque le parece sesgada —dijo Kirsten.

—Como ciudadanos, es nuestra obligación —leyó Tim en voz alta, mirando su hoja—. James Appold. Cuarenta y tres años. Restaurador.

—Mi madre dice que si no entendemos el esfuerzo que tuvieron que hacer

nuestros antepasados, no sabremos apreciar la buena vida que nos damos ahora — dijo Chloe, mirando de reojo a Tim, que no había levantado la mano.

La siguiente en hablar fue Julia Rizzo.

—Los que no recuerdan el pasado están condenados a repetirlo —dijo.

Seis estudiantes alzaron la cabeza con un gesto de indignación territorial.

—¡Eso es justo lo que ha dicho mi madre!

—¡Y la mía!

—Es la frase que iba a decir yo ahora.

—Pues según mi hermana —dijo la otra Julia, cuyas respuestas nunca se parecían a las de nadie—, si no conoces tu pasado, eres como esa gente que ha perdido la memoria.

—Un amnésico —dijo Kirsten con un tonillo de sabihonda.

«Amnésico», escribió la señorita Hempel en la pizarra. Y, nada más terminar, lo experimentó en carne propia, cosa que le sucedía a veces. De pronto estaba de espaldas a la clase, incapaz de recordar absolutamente nada. ¿Qué era un sustantivo? ¿Quiénes eran los colonos? O, peor todavía: ¿qué estaba diciendo yo? O incluso: ¿qué hago yo aquí? Notaba un chasquido y se sentía a la deriva, rodeada de una tersa superficie verde. Por encima del hombro le llegaba el calor de dieciocho rostros pendientes de ella. En esos momentos le entraban ganas de hacer algún disparate, como ponerse a cantar una canción de *My Fair Lady*, pero entonces una paloma echaba a volar desde el alféizar, Stevie soltaba un hipido, sonaba un teléfono en alguna parte del edificio y se recuperaba. Ah, ya. Soy la señorita Hempel. Estoy en la segunda hora de clase. Un sustantivo es una persona, un lugar, una cosa o una idea.

—Una persona que ha perdido la memoria —le dijo la señorita Hempel a la otra Julia—. Tienes toda la razón.

Y pensó que, en realidad, a ella se le había desencadenado una amnesia atroz desde el primer día en que la contrataron para dar clase en el colegio. Después de firmar los contratos y dar la mano a todos los profesores, se vio sentada en el comedor de profesores ante una ensalada de garbanzos, enfrente del señor Meacham que, según le contó, estaba dando un curso de historia china. Cuando ella le dijo que no hablaba ni una sola palabra de chino, se quedó consternado.

—Y tu familia, ¿qué? —le dijo el señor Meacham—. ¿De qué provincia son?

Fue en ese instante cuando a la señorita Hempel le falló la memoria. ¿Hunan? ¿Sichuan? Pero ¿eran provincias o nombres de restaurantes? ¿Y cuáles serían los platos de la cocina china que ella, por su herencia cultural, debería disfrutar más? ¡Si se sabía la respuesta, en serio! Lo que le pasaba era que estaba nerviosa.

—¿Chungking? —murmuró, aunque no le sonó muy bien, la verdad, pero el señor Meacham ya había pasado a otro tema.

—Es una lástima que tu nombre no sea más representativo —le dijo a la señorita Hempel.

—Sí —dijo ella, sin entender a qué se refería—. Una pena.

—¿No tendrás un segundo nombre, por casualidad?

—¿Grace? —susurró ella con cierta esperanza.

—O un nombre con cierta tradición en tu familia —dijo el señor Meacham con aire pensativo—. ¿Cuál es el apellido de soltera de tu madre?

—Es Ho —le dijo ella.

—¡Ah! —exclamó él con una sonrisa, bebiendo el último sorbo de leche—. ¿Y no te has planteado ponerte un apellido compuesto?

El señor Meacham lo dijo en voz alta, para ver cómo sonaba. Era «eufónico», decidió. Y lo repitió tres veces más.

—La señorita Ho-Hempel. ¿Ese sería mi nombre?

Él asintió, entusiasmado.

—Pero... —objetó ella, sin saber bien cómo decírselo—. ¿No crees que me harían muchas bromas?

El señor Meacham no parecía entenderlo.

—Es que «jo» es la abreviatura de una palabrota, ya sabes cuál —le dijo, agitando las manos como para ayudarlo a aparcar en un sitio muy pequeño—. ¿De verdad te parece una buena idea que un montón de chicos de séptimo se pongan a corear «Jo, Hempel» a gritos?

—Precisamente de eso se trata —le dijo el señor Meacham, mirándola estupefacto mientras se levantaba con la bandeja de la comida en la mano—. Así les amplías el horizonte. Puede que como expresión suene mal, pero está basada en un principio sólido.

La señorita Hempel tuvo todo el verano para poner a prueba el nombre. Ho-Hempel. Incluso lo escribió en la tarjeta que le hicieron ponerse en la solapa para ayudar a los otros profesores a aprendérselo. Cuando por fin llegó el primer día de colegio, esperó a que todos los niños fueran entrando ruidosamente en clase, pero cuando apareció el último —Michael Reggiano, que tenía un problema congénito con los horarios— ya había perdido el ánimo por completo.

A la señorita Hempel le gustaba la teoría sobre la migración entre los dos continentes por un estrecho convertido en un puente de tierra al bajar el nivel del mar, pero lo que más le gustaba era lo de los hombres hambrientos persiguiendo a unos mamuts enormes. Los cazadores en pos de su presa, aunque la frase le parecía más adecuada para describir a unos niños pequeños persiguiendo a unos patos en el parque. De hecho, eran dos cosas que no tenían absolutamente nada que ver; la escena de los cazadores en pos de su presa sería prolongada e ingrata, más relacionada con seguir burdamente un rastro de excrementos de mamut que con una auténtica persecución o un acalorado lanzamiento de flechas. Sin embargo, ella siempre se lo imaginaba como una horda de cazadores hambrientos persiguiendo a una manada de mamuts gigantes, pero tan absortos estaban los cazadores en su cacería que cruzaron sin darse

cuenta siquiera un puente de tierra que conectaba Asia, su tierra natal, con Norteamérica, un continente deshabitado que les era ajeno. En cuanto al puente de tierra, costaba imaginárselo. En el libro hablaban de la Edad de Hielo, los glaciares, los océanos congelados y el fondo marino que quedó expuesto al producirse el deshielo. ¿Tenía sentido toda esa historia? ¿Era posible que ese enorme glaciar, colocado encima del mundo como una kipá judía, se hubiera tragado todo el agua del estrecho de Bering? Parecía que sí. Y de ser cierto, ¿cruzar el puente de tierra sería algo así como rodear un muro de hielo, al pasar junto a la mole gélida del glaciar azul, o sería como andar por una playa húmeda viendo el glaciar a lo lejos, como un barco blanco navegando por el mar? El libro no lo explicaba. Lo único que parecía importarles era el aspecto del puente de tierra, fundamental para que los mamuts lograran atravesarlo y los cazadores asiáticos lograran seguirlos, de modo que el hemisferio occidental pudiera empezar a poblarse.

—¿Alguna pregunta? —dijo la señorita Hempel.

—¿Y si el rey Fernando y la reina Isabel no hubieran pagado a Cristóbal Colón para hacer el viaje? —preguntó Travis, que era muy aficionado a las preguntas hipotéticas.

«¿Y si los cazadores no hubieran cruzado el estrecho de Bering?», acabaría preguntando con toda seguridad.

Otra de sus preferidas era «¿Y qué habría pasado si nuestros primeros colonos hubieran decidido quedarse en Holanda?».

Siempre lograba desconcertar a la señorita Hempel con sus preguntas.

—¡Pues supongo que entonces ninguno de nosotros estaríamos aquí sentados! —le contestaba con un tono resuelto.

Afortunadamente, parecía ser la respuesta que esperaba Travis. Al oírla, asintió y dijo:

—Pues es verdad.

El baúl del abuelo. Estamos en el año 1691 y los colonos de Jamestown han empezado a hacer los preparativos para trasladar su asentamiento tierra adentro, a otro lugar más adecuado. Imagina que estás con tu abuelo, ayudándole a decidir qué cosas debe llevarse. Cada objeto que mete en el baúl le recuerda algún suceso o persona importante en la historia de Jamestown. Por ejemplo, una vieja petaca de tabaco podría recordarle la cosecha que salvó a la colonia de la ruina. («Ah, sí, lo recuerdo bien. Si Pocahontas no hubiera enseñado a John Smith a plantar tabaco, jamás habríamos sobrevivido, pero a los ricachones europeos les encantaba mascar tabaco, así que lo conocíamos. Al poco tiempo, todos los habitantes de la colonia empezaron a plantarlo, ¡hasta en plena calle!»). Escribe una escena para describir

la conversación que mantendrías con tu abuelo mientras él va comentando los recuerdos que le traen las cosas que va metiendo en el baúl. Nota: debes mencionar ocho objetos como mínimo.

—¿Puedo contar un chiste antes de leer mi escena? —preguntó Audrey.

La señorita Hempel le dijo que sí.

—Es un chiste un poco tonto que me contó mi padre, pero me apetecía contarlo. Primero me repitió la pregunta: «¿Por qué es importante aprender la historia de Estados Unidos?». Os acordáis de aquel ejercicio, ¿no? Bueno, pues entonces me dijo: «Los que no recuerdan el pasado están condenados» —y Audrey hizo una breve pausa, tras la cual añadió con una sonrisa—: «¡a repetir séptimo en el cole!».

Toda la clase se rió. Y la señorita Hempel también.

—¡Es el mejor argumento de todos! —declaró la señorita Hempel—. ¡Menuda gracia tener que repetir séptimo!

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de algo tremendo. La que estaba repitiendo séptimo, por cuarta vez, nada menos, era ella. Y seguiría repitiendo séptimo cuando Audrey y Kirsten y Travis ya anduvieran por el mundo haciendo cosas. Año tras año, los colonos de Jamestown se quejarían de los mosquitos, los cofres de té caerían a la bahía de Boston y los legitimistas desfilarían por las callejuelas cubiertos de alquitrán y emplumados. Todos los noviembre se ganaría la guerra; todos los octubre las colonias se rebelarían, y todos los septiembre la señorita Hempel se acercaría a la pizarra, cogería una tiza y escribiría: «Primer ejercicio».

De todos los días del mes, tal vez el más difícil fuera el llamado Día de la Afinidad. A la señorita Hempel le parecía que los sociólogos se equivocaban al usar la palabra «afinidad» para definir el activismo étnico, porque era un término que ella siempre había usado para definir el sentimiento que le producía leer a Thomas Hardy, pero el nuevo uso había prendido con fuerza. Las mujeres de Umoja, por ejemplo, usaban la palabra para comunicar con suavidad su mensaje de «no se admiten personas blancas». Las fundadoras de la organización habían decidido que, para fortalecer la unidad, las socias no blancas se iban a reunir una vez al mes sin las socias blancas. O, para decirlo de otro modo, que las socias de color tenían que reunirse sin las socias de no color.

En ese instante la señorita Hempel estaba ante una clase medio llena de alumnos que estaban acabando de comer y haciendo mucho ruido con las bandejas de la comida. ¿Cuál era la mejor manera de empezar a explicarles el asunto? Era evidente que, si los niños blancos se marcharan de clase, los niños coreanos se pondrían a hablar en coreano, los niños puertorriqueños se pondrían a hablar en español y los niños negros en algún nuevo y fascinante argot que nadie entendía aún. En el aula resonarían grandes suspiros de alivio, carcajadas, palmadas de niños chocando los

cinco y resoplidos de emoción compartida. Los niños intercambiarían la sabrosa comida que habían traído de casa. Y tal vez hicieran tronchantes imitaciones de los alumnos ausentes.

—Bien —empezó la señorita Hempel—. ¿Tenéis algo pensado? ¿Hay algún tema del que queráis hablar?

Los niños bajaron la cabeza hacia la comida. Ninguno parecía querer hablar. El reloj de la pared sufrió uno de sus ataques: el minuterero saltó hacia delante y volvió a su sitio. Con una mezcla de obediencia y curiosidad, haciendo equilibrios para que no se les cayera la bandeja de la comida, sus alumnos habían acudido respetuosamente a la convocatoria de la señorita Hempel, pero no sabían muy bien qué hacer. Y ella no sabía cómo enseñárselo. Probó con un ruidoso suspiro, para darles a entender que estaban en confianza si querían explayarse, pero no parecieron entenderla. O tal vez ninguno de ellos estuviera tan nervioso como para contener la respiración.

Lo más probable era que todos ellos se sintieran a gusto en un colegio que consideraban un poco suyo, así que era injusto dar por hecho que se sentían incómodos. Sin embargo, esa era la vaga esperanza que abrigaba la señorita Hempel: escuchar una serie de tristes historias sobre el desprecio, el insulto y la incompreensión. Las expresiones de asombro ante el aspecto del pelo de alguien, los torpes comentarios ante el acento extranjero del tendero. Las expectativas familiares de tener un hijo atleta o dotado de una extraordinaria capacidad matemática. El menosprecio de esos logros que tanto esfuerzo habían requerido. «Está claro por qué esa chica ha logrado entrar en Yale la primera». La señorita Hempel les estaba dando la posibilidad de reunirse en un aula, con sus bandejas de comida, para compartir sus agravios. Podían formar un vínculo basado en el malestar. Y así ella tendría el orgullo de haberles podido proporcionar algo: una comunidad basada en el sentido de la... afinidad.

Pero nadie quería hablar. Tal vez no tuvieran una indignación latente, ni llevaran a cabo una lucha soterrada, ni estuvieran incómodos en su entorno; o quizá les sucediera todo aquello, pero no se sintieran bastante en confianza con la señorita Hempel, ni los unos con los otros, como para contarlo. Por desgracia, lo más probable era que se tratase de la segunda posibilidad, porque la señorita Hempel había visto a Alex, Shanell y Andrea caminando hacia la parada de autobús con la cabeza gacha, formando un grupo a medio camino entre el consuelo y la conspiración; había visto sonreír a Néstor con aire enérgico y solícito, pero excesivamente dócil; había visto a Clive deambulando por los pasillos como si hubiera perdido algo. A todas luces, su vida en el colegio no era fácil, pero ella no sabía qué podía hacer para darles ánimos. De hecho, lo estaba empeorando al convocarles en su aula, haciéndoles salir en fila de la cafetería con la bandeja en la mano.

Consciente de su debilidad, la señorita Hempel lamentó que solo la mitad de ella fuese parte de la minoría.

—Yo tengo un asunto del que quiero hablar —dijo Amara, la recién elegida

presidenta de Umoja—. He tenido una reunión con el señor Meacham. En su opinión, los únicos pensadores que merecen la pena son Montaigne, Hobbes y Ralph Waldo Emerson.

Dicho esto, Amara les habló de la gran civilización nubia, de su arte exquisito, de su poderoso comercio y sus ingeniosas técnicas de riego. Y del reino africano de Aksum, con su abecedario, sus dioses y sus grandiosos obeliscos. También les mencionó los tronos de piedra y las estatuas colosales. Entonces dio un salto de miles de años y habló de Wole Soyinka, Léopold Senghor y Chinua Achebe, todos ellos ilustres pensadores.

A continuación, Amara recordó a la señorita Hempel.

—¡Mirad a los chinos! —exclamó—. Cuando ellos ya conocían la poesía, la filosofía, la pólvora, los fideos y la seda, los europeos seguían corriendo medio desnudos y peleándose con estacas. ¡Los muy salvajes iban vestidos con pieles de animal!

La señorita Hempel compartía esa manera de ver el mundo, tanto que a menudo le costaba concebirlo de otro modo. Al estudiar con sus alumnos la Reforma, la consolidación de los imperios europeos, el ansia de explorar el mundo, el descubrimiento del nuevo continente y la fundación de las primeras colonias británicas, a menudo se preguntaba: y en el resto del mundo ¿qué estaba pasando? Se decía a sí misma: «Mientras tanto, en China...», pero no sabía cómo acabar la frase.

Lo único que tenía claro era que los colonos ingleses le parecían una horda de gente tosca y sucia. Quizá por eso murieran a esa velocidad tan alarmante.

—¿Eso significa que vamos a ver a gente muriéndose? —preguntó Jonah.

—Es posible —dijo la señorita Hempel—. Pero si hay algún muerto, tened en cuenta que se trata de una recreación.

—Pero parecerá real —dijo Jonah—. ¿O no?

Debería parecer real, pensó ella, suponiendo que la empresa Plimoth Plantation lograra recrear la muerte con el mismo esmero que vestía a sus habitantes, alimentaba a su ganado o construía sus casas oscuras y humeantes. La señorita Hempel se había estudiado bien el folleto. Cualquiera día de la semana, se podía regresar al año 1627. Al instante, uno se veía rodeado de frugales colonos dedicados a sus tareas diarias: limpiar mosquetes, desplumar gallinas y demás. Si les hacías una pregunta como «¿Por qué vino usted a América?» o «¿De qué es esta cosecha?», los colonos levantaban la vista de su labor y te daban una respuesta fascinante que parecía improvisada. A continuación era posible que se presentaran como el capitán Standish, o un tal Goody Billington, o el gobernador Bradford. El acento de cada colono o colona era fiel a su condado británico de procedencia. Habían logrado recrear incluso a los cerdos. Como la ganadería porcina de hoy era demasiado pulcra, la habían cruzado con el jabalí verrugoso para producir los animales peludos y truculentos que

se paseaban por los márgenes del asentamiento. A la señorita Hempel le hacía mucha ilusión verlo en vivo, aunque para ello tuviera que pasarse varias horas metida en un autobús.

—¡Tenéis que hacer muchas preguntas! —gritó, avanzando entre los asientos mientras intentaba llamar la atención de sus alumnos de séptimo.

El autocar era lujoso, con unos asientos acolchados de respaldo alto que permitirían a los alumnos hacer toda clase de gamberradas sin que se les viera.

—¡Si participáis, lograréis aprovechar la experiencia al máximo! —les dijo.

A la señorita Hempel le preocupaba que sus alumnos, impresionados ante el realismo de los colonos, se pasaran el día mirando a esos cerdos tan extraños. Por eso les había preparado una lista de posibles preguntas, basada en las curiosidades que un estudiante de séptimo pudiera tener sobre la vida de un colono británico. Las preguntas las distribuyó al llegar, cuando los niños corrían por el pasillo hacia la puerta del autobús, cargados de mochilas, carpetas y jerséis. Mientras tanto, la señorita Burnes los vigilaba desde fuera, para asegurarse de que ninguno se escapaba.

La señorita Hempel fue la última en bajarse. ¡Qué brisa tan maravillosa! Con su sutil aroma a leña quemada, era una delicia. Así sonaría también la música primitiva: tenue, febril y algo desafinada. Remontando a toda prisa por el sendero, iba moviendo los brazos para estimular a sus alumnos, que tendían a apiñarse, estancarse o desperdigarse por los lados. Dándoles una palmadita en el brazo, les decía:

—¡Ya no queda nada! ¡Está muy cerca, al final de la cuesta!

Efectivamente, ahí estaba la colonia, con los colonos y el mar al fondo. Las casas recortadas sobre el cielo azul, con las chimeneas soltando espirales de humo blanco. Los tejados, grises y compactos; los jardines, marrones y salpicados de árboles podados; los gallos, unas crestas rojas que adornaban el conjunto. El fuerte, con los cañones asomando bajo los aleros. La valla, alta y tosca, marcando el perímetro del asentamiento para proteger a los colonos de noche, manteniendo alejados a los españoles, o a los indios hostiles, o a las fieras hambrientas del bosque.

—Pero no dormís aquí, ¿verdad? —quería saber Jonah—. Al cerrar os vais todos a casa, ¿no?

El colono se rascó la sedosa barba.

—En efecto, me retiro a dormir a mis aposentos. Allí los tenéis —dijo, señalando hacia un tejado gris—. Si, por azar, os topáis con mi esposa, decidle que hoy almorzaré en casa.

Unos diez alumnos tenían acorralado a otro colono que estaba apoyado gallardamente sobre un hacha, escuchando las preguntas que le hacían.

—¿Cómo fue tu viaje al Nuevo Mundo?

—¿A qué te dedicabas en Inglaterra, antes de venir aquí?

—¿Qué te interesaba más, la libertad religiosa o las posibilidades económicas?

—¿Qué opinas de que el rey Carlos se haya casado con una católica?

—¿Cuál es la tasa de alfabetización en la colonia?

Al acabar de leer la pregunta, alzaban la cabeza de la carpeta que sostenían entre las manos, atentos a la respuesta. Ya quedaba poco para que les dejaran merodear, subirse donde quisieran y arrancar largas briznas de hierba para chincar a los animales con ellas, pero el colono, de repente, se había puesto de mal humor.

—En Inglaterra era campesino y aquí también soy campesino —dijo, levantando el hacha y clavándola con decisión en el centro de un tronco. Los niños se alejaron en busca de un colono más dispuesto y la señorita Hempel los siguió para decirles en voz baja:

—Tenéis que intentar mantener una conversación larga con ellos.

A muchos alumnos no había que animarles en absoluto. La señorita Hempel vio a Annie escudriñar el interior de una casa, explicando a sus inquilinos que a los indios no había que llamarles salvajes, cosa que enfatizaba agitando el lápiz con vehemencia; Daniel, poniéndose en cuclillas ante una chimenea, examinó el contenido de una enorme olla oxidada; Maria, por su parte, alargó el brazo para tocarle el vestido a una colona, preguntándole:

—¿Es de una de esas telas de saco, de las que pican?

Jonah andaba ocupado en busca de los muertos, pero ni siquiera había logrado dar con un colono enfermo. Al ver a la señorita Hempel, corrió a su encuentro y se lo dijo con un tonillo algo punzante.

—Es que aún no estamos en invierno —le dijo ella—. Si vuelves en un par de meses, los verás caer como moscas.

Al encontrarse sola, la señorita Hempel se dedicó a recorrer el asentamiento, más entusiasmada que ninguno de sus alumnos. Paseaba por las calles, deslizando los dedos por las verjas de las casas; al ver un racimo de caléndulas secas colgado del techo, se acercaba a olerlo; cada vez que entraba en una casa preguntaba qué estaban preparando para cenar. Sus alumnos de séptimo daban brincos a pocos metros de ella, que los miraba con benevolencia, casi como si fueran invisibles; si los niños eran una escuela de pececillos que nadaban en banco, ellos eran unos diminutos piscardos plateados y la señorita Hempel, una majestuosa carpa. En su arrobó, lo único que veía eran las caléndulas puestas a secar, el pan subiendo entre las rejillas del horno y los colonos llamándose unos a otros mientras hacían sus tareas. La señorita Hempel estaba subyugada por el espectáculo.

—¿Y dónde están los hijos? —preguntó Jonah al gobernador Bradford—. ¿Por qué no se ven críos por ningún lado?

—¡Es que la época del pastoreo no empieza hasta primavera! —dijo el gobernador Bradford—. No veréis a ninguna cría hasta abril.

—Ya me entiende, me refiero a los niños —dijo Jonah—. Si no hay niños, será que están en el colegio, supongo.

—No, aquí no tenemos escuela ni director, pero se nos ha anunciado que va a venir uno de Inglaterra a hacerse cargo de la enseñanza.

—Entonces, los niños estarán en su cole de verdad —dijo Jonah—. Y como no les

dejan marcharse, por eso no hay ninguno.

—¿Acaso no habéis visto a nuestros niños? —preguntó el gobernador Bradford—. Mi hijo estaba aquí hace apenas un instante. Ha salido a buscar leña para el fuego. Y las dos chicas de Winslow me han dado las buenas tardes poco antes de que vos me hablarais. Se han ido a recoger manzanas silvestres, pues ya es temporada de recogerlas.

—Muy conveniente —dijo Jonah.

—Si no veis a nuestros jóvenes, es porque han de trabajar. Aquí nadie descansa —dijo el gobernador Bradford con convicción.

«¡Magnífico!», se dijo la señorita Hempel, admirada por el aplomo y la convicción del actor.

Sin ninguna duda, el gobernador Bradford era dueño de sí mismo. Ya hubiera querido ella ser capaz de hacer una representación semejante. Ay, si ella fuera una colona, pero ¿por qué no? Esas cosas se podían aprender: coser un jubón, convertir la grasa en jabón, limpiar una granja de estiércol. Decir cosas como: «me retiro a mis aposentos», «acaso no veis» y «Dios mediante». Al guiar al curso de séptimo hacia el autocar, con una mueca de disgusto ante los mosquetes de madera que se habían comprado en la tienda de recuerdos, mientras les recordaba que guardaran bien las notas que habían tomado en la colonia, se planteó la posibilidad de convertirse en una de las actrices del asentamiento. Cuando volviera a casa, enviaría una carta a la Plantation. Era evidente que no podía preguntar a ninguno de los colonos qué había que hacer para unirse a ellos, pues la rechazarían bondadosamente, tal como había hecho el gobernador Bradford con Jonah. Tenía que dirigir su carta a la parte administrativa de la empresa, que estaría oculta tras alguna colina cercana. Tal vez bajo el asentamiento hubiera una red de cubículos y luces fluorescentes, un lugar oculto y laberíntico. Uno de los trabajadores subterráneos abriría su carta; le enviarían una respuesta por correo; al llegar el siguiente otoño, podría estar ante una hoguera, avivando las brasas, y cuando llegaran los de séptimo armando barullo, alzaría la cabeza y les diría:

—Me llamo Alice Bradford y, a decir verdad, el viaje por mar fue espantoso.

Los niños se movían en los asientos del autocar, hablando en voz baja; la señorita Hempel y la señorita Burnes les habían confiscado todos los mosquetes que, en realidad, solo disparaban gomas elásticas. Mientras el autobús zumbaba por la autopista, la señorita Hempel iba adormilada sobre el cristal de la ventana, pensando en Plimoth, pero cuanto más se imaginaba a sí misma trabajando de colona, más ganas le entraban de irse a cualquier otro sitio. Cualquier lugar donde las moscas no se arracimaran en la comida, donde los vestidos no fueran de tela de saco, y donde no tuviera que pasarse el domingo entero sentada en un incómodo banco de madera, oyendo sermones. Un sitio limpio, civilizado, que oliera bien, y donde todo lo que

palpara le resultara agradable al tacto. De hecho, ella quería irse a... ¡China!

Si en Plimoth le toca levantarse antes del amanecer para ir a buscar agua al arroyo helado y volver con el cubo dándole golpes en las piernas, en China se despierta con un tintineo de campanillas mecidas por la brisa, un repiqueteo de piececillos diminutos atravesando un patio, un murmullo de agua en una fuente y la alegre risa de un niño. Siente el frescor del suelo con las plantas de los pies y una bata cayéndole sobre el cuerpo como un líquido. Ha dormido muchas horas y ha soñado con paisajes, con viajes, con un anciano que vive en la cima de una colina. Al despertar saldrá al jardín y su padre le interpretará los sueños.

Si en Plimoth el jardín es silvestre, con matas silvestres de tanaceto, artemisa y hierbabuena, en el jardín de China hay peonías, rosas de té, lichis y crisantemos. Es un jardín de rocalla y agua, con un estanque en el que crece un bosque de flores de loto. Bajo un pabellón de caña se sienta su padre, con los ojos entrecerrados, perdido en sus meditaciones. La luz del sol le motea las rodillas, donde se le posa una mariposa mientras una cigarra chirría junto a las plácidas aguas.

—Padre —le dice—. Cuéntame el significado de mi sueño.

—Has de escribir una poesía —responde él, alzando el brazo para llamar al muchacho de la tinta.

Entonces aparece un chico sonrosado, redondo y suave como un melocotón, con los pinceles de bambú, el tintero de piedra y un rollo de grueso papel translúcido. El chico pone el tintero en el suelo, una mole suave y oscura que desprende un frescor denso como la niebla. Con varios gestos rápidos, el chico muele el bloque de tinta y sobre la piedra aparece otro lago, negro y terso, una miniatura perfecta del estanque junto al que el chico se sienta al desmenuzar la tinta. Mientras ella escribe, él sigue moliendo, para que el lago de tinta nunca mengüe, para no interrumpir el flujo cuando a ella le entre la inspiración.

Al ver la poesía, su padre se muestra risueño.

—Has descubierto el significado de tu sueño —le dice, deslizándose una mano en un pliegue de la túnica.

Cuando saca la mano del interior de los ropajes, sostiene un melocotón. Ella lo rodea con los dedos y se da cuenta de que no es un melocotón; aun siendo redondo y agradable como el niño, tiene la suavidad y la dureza del tintero. Es marfil, tallado en forma de melocotón. Al observarlo de cerca, descubre unos diminutos monos que ascienden por la superficie del fruto. Uno se balancea precariamente sobre el tallo, estirando un brazo simiesco a modo de invitación. Al examinar el melocotón con más atención, descubre que la parte superior del melocotón se quita como la tapa de una tetera, cosa que el mono la está invitando a probar. Una vez levantada la parte superior del melocotón, se queda encantada al ver que en la cara interior del fruto hay una finísima cadena de marfil y que de la cadenilla cuelgan varios monos más, balanceándose en actitud traviesa y relajada. Es como si en el interior del melocotón sucedieran toda clase de travesuras, inadvertidas a los ojos de los demás. De la

delicada cadenilla no solo cuelgan monos, sino también unos cofres y unas vainas. Los cofres están cerrados, pero descubre que las vainas pueden abrirse con una uña. ¿Qué hay dentro de las vainas? Unos bebés de mono diminutos, hechos un ovillo, dormidos. Cada vaina es más pequeña que la anterior, cada bebé de mono más diminuto, hasta extremos casi imposibles. Con suma delicadeza, vuelve a meter la cadenilla, los monos y las vainas dentro del melocotón. Coloca la tapa en su sitio. Está convencida —y entusiasmada ante el vértigo que le da la idea— de que si continuara tirando de la cadena, las vainas se volverían aún más pequeñas, igual que los monos, los cofres y los eslabones de la cadena, cada vez más pequeños, hasta que acabaran desapareciendo.

—Gracias, padre —dice, guardándose el melocotón en la túnica, a salvo.

Sobre ella se alza un rostro, suave y redondo como una luna, o un melocotón, o la semilla de una nuez de lichi. Dos ojos la contemplan, negros y serenos como un lago.

—Señorita Hempel —dice el rostro.

Es Jonah, con la barbilla apoyada en el respaldo de un asiento de autocar, con los ojos iluminados por la luz de una farola.

—Ya hemos llegado —dice—. Despiértese.

La señorita Hempel se despereza.

—Estoy despierta —le dice.

Y es verdad. Tiene los ojos abiertos.

—Qué divertido el sitio al que hemos ido.

—A mí también me ha gustado —dice ella, con ganas de levantar el brazo y acariciarle la mejilla.

La señorita Hempel acababa de explicar a sus alumnos las admirables costumbres de los indios.

—Aprovechaban hasta las pezuñas de los caballos, que usaban como cascabeles ceremoniales —les explicó.

Con la intención de ilustrar la templanza de la vida de los indios, dibujó un círculo en la pizarra y dentro del círculo escribió las palabras «armonía» y «equilibrio». Al describir el derroche de los europeos y la brutalidad de las masacres que llevaron a cabo, sus alumnos se indignaron, y al contarles cómo hicieron mermar la población india, se quedaron compungidos.

—Pero hay un lado bueno —dijo la señorita Hempel—. Supongo que podríamos llamarlo así.

Les contó que el verano anterior había ido a un casino: los gigantescos ascensores relucientes, el famoso cómico, las mesas atestadas de jugadores, todos ellos perdiendo dinero.

—Ahora los indios Pequot son muy ricos y poderosos —les dijo.

Y todos sus alumnos sonrieron, aliviados.

Tras haber hablado de los indios con tanta benevolencia, a la señorita Hempel le horrorizó descubrir, cuando estaba en la librería un domingo por la tarde, un libro recién publicado que la contradecía. De pie en uno de los pasillos, hizo una mueca al hojear el libro. Según los últimos descubrimientos antropológicos, los indios no se portaban bien con la naturaleza; talaban los bosques, cazaban los animales hasta casi extinguirlos; comían exquisiteces como el feto de búfalo, abandonando a la madre, que dejaban pudrirse al sol.

El libro estaba expuesto en una estantería junto con una serie de libros que parecían todos de la misma tendencia. La señorita Hempel se dio cuenta de que había aparecido una nueva categoría literaria, cuyo único cometido parecía ser el de desenmascarar las mentiras y los engaños de la historia estadounidense. Paul Reveré no gritó «¡Vienen los ingleses!». Thomas Jefferson sí sedujo y embarazó a Sally Hemings, su esclava. A los Padres de la Constitución no les interesaba lo más mínimo la igualdad. Y John Brown, el abolicionista loco, estaba perfectamente cuerdo. Hasta la teoría de la migración por el estrecho de Bering era cuestionada. Al parecer, los primeros norteamericanos no llegaron por allí, ni mucho menos.

La señorita Hempel, furiosa, se sentía engañada. Había tardado mucho en leer *¡América, América!*, y de repente se encontraba con un estante lleno de libros que ponían en duda todo lo que estaba a punto de enseñar a sus alumnos.

Sin embargo, tenía que admitir que ese tipo de libros le parecía necesario, y que comprendía su existencia. Era difícil contar la historia con honestidad. Si ya era difícil que una persona contara su pasado con fidelidad, contar fielmente la historia de un país entero era casi imposible.

Antes de descubrir la sección de historia, se había sentado en una silla muy cómoda, mientras hojeaba un libro de cuentos. La historia que se puso a leer era sobre una niña que va a ver una serie de internados con sus padres. En uno de los colegios, el jardín está partido en dos mitades por una calle pública que los estudiantes deben cruzar entre clase y clase. Por la noche, al terminar las visitas, la chica dice a sus padres que el colegio dividido por la calle es el que más le ha gustado, porque le impresiona que los estudiantes la crucen sin volver la cabeza para comprobar si viene algún coche.

Al leer el párrafo, la señorita Hempel se puso a temblar de la emoción. ¡Era su colegio! No en el que ella daba clase, sino en el que había estudiado de pequeña. Tenía que ser el mismo, porque todo coincidía: el jardín antiguo, la calle, los estudiantes cruzando. Y, como siempre que se acordaba de su colegio, la señorita Hempel se sintió embargada por el cariño y la nostalgia. ¡Qué años tan mágicos! ¡Qué maravilla! Pasó cuatro años allí, que le permitieron ver el colegio durante todas las estaciones del año, pero siempre lo recordaba a última hora de la tarde, con una luz dorada y las copas de los árboles teñidas de rojo. En su recuerdo, había un niño sentado en el patio con las piernas cruzadas, tocando la guitarra. A poca distancia estaban quemando un montón de hojas.

Los sentimientos que le producía aquel recuerdo eran muy poderosos, pero no del todo reales. La señorita Hempel sabía, al analizarlo racionalmente, que había pasado cuatro años de furia y desconcierto. Nunca había entendido la frase «una chica como un cervatillo», hasta que vio a las niñas de su colegio: torponas, rubias, extrañamente atractivas, persiguiendo los balones de fútbol, los discos de *hockey* y las pelotas de *lacrosse* a grandes zancadas y gesto reconcentrado. Ella, a modo de protesta, engordó. Le dio por encerrarse en el armario de los disfraces, beberse un frasco de jarabe para la tos y despreciar a los Grateful Dead. En la función del colegio le dieron el papel de prostituta zarrapastrosa. Cuando su profesor de historia, el señor Warren, la miró esperanzado durante un debate sobre la inmigración, le puso mala cara. Lo típico, pensó al verle dirigirse a ella. Luego escribió un poema sobre el tema.

Y si ella no miraba al cruzar la calle, era porque estaba concentrada en buscar maneras de escandalizar o de destruir su colegio.

Tenía que haber sucedido algo peligroso, una especie de magia, porque cuando era pequeña no pensó jamás, ni una sola vez, que el colegio le perteneciera, ni ella a él; pero allí estaba, sentada en una librería, considerándose una de esas personas bienaventuradas, inconscientes, con aspecto de cervatillo, y capaces de cruzar una calle pública sin mirar a los lados. Al leer la historia, había pensado: «¡Mi colegio!», pero probablemente no fuera su colegio, porque seguro que al menos había un centenar de sitios parecidos, cuyos estudiantes estaban convencidos de que si salían andando a la calle, el tráfico se pararía ante ellos. Y resultaba que, ahora, ella se sentía abducida por aquella espantosa confederación.

Había puesto mala cara al señor Warren, su profesor de historia, pero aunque hubiera decidido sumarse a la discusión, tampoco habría tenido gran cosa que contar. Su madre apenas tenía recuerdos de la travesía en barco. Tenía seis años y la única imagen que recordaba era la de los chicos tirándose de cabeza para buscar las monedas que les arrojaban. Cuando el barco atracó en Hawai, los pasajeros salieron a la barandilla y se quedaron fascinados, o eso imaginaba la señorita Hempel, al ver el puerto, con tanta gente y tanto movimiento. Durante días no habían visto más que agua. No obstante, la atracción más fascinante eran los chicos, posados al borde del muelle como pájaros. Cuando alguien tiraba una moneda por la borda, los niños se abalanzaban al agua, tan campantes, como si se lanzaran boca abajo sobre una cama. Se iban hundiendo en el agua, hasta desaparecer. Los pasajeros se apoyaban en la barandilla, escudriñando las aguas que tenían a sus pies. Entonces un repentino movimiento, la superficie del agua quebrada, un brazo que se alzaba, un rostro alegre, una mano con una reluciente moneda en alto, para que todos la vieran. Y los niños volvían a nado hacia el muelle, subían de un salto, apoyándose en los brazos, y volvían a ocupar su sitio; al final, giraban el rostro de nuevo hacia el barco.

—Tu abuela se acuerda de todo eso mucho mejor que yo —le había dicho su

madre—. Mejor que se lo preguntes a ella.

Y aunque su madre debería haber imaginado que sugerir una idea como esa equivalía a sabotearla, añadió a continuación:

—Podrías entrevistar a la abuela, con una grabadora. Y usarlo para un trabajo sobre historia oral.

La señorita Hempel se planteó hacerle unas preguntas a su abuela; cuando estaba de buen humor, hasta llegó a pensar en llevar a cabo el proyecto que le había sugerido su madre. También se propuso estudiar chino mandarín en la universidad. Y aún tenía intención de estudiarlo, como aún tenía intención de preguntarle a su madre por los objetos que había en la vitrina iluminada al fondo del salón: un cepillo, un melocotón tallado en piedra, adornado con unos monos, y un papiro.

Yurt

Un año antes, la señorita Duffy había estado a punto de perder los estribos. Fue en la época en que le tocó un aula pegada a las obras del nuevo laboratorio de informática, cuando vio frustrado su empeño de eliminar a los aztecas del programa de quinto, y cuando su atracción por el señor Polidori no llegó a buen término, pero ahora, a su regreso, parecía tan feliz que casi costaba reconocerla. En ese momento estaba en la sala de profesores, rodeada de admiradores, con el pelo más largo que nunca y luciendo sobre las rodillas una tripa enorme que acaparaba la atención de todos los presentes, salvo la suya. Encaramada sobre su enorme tripón, la señorita Duffy se reía y hacía gestos con las manos, como diciendo: «¿Por qué os impresiona tanto?».

La señorita Hempel no conseguía apartar los ojos de aquella tripa. Parecía dura como una calabaza.

—Yemen es un sitio mágico —estaba diciendo la señorita Duffy—. Es increíble, sencillamente increíble. En foto, la verdad es que no se percibe. En las fotos se pierde la magia.

Por la sala de profesores circulaba un montón de fotos resquebrajadas, que pasaban de mano en mano. Tras aquel año tan difícil, la señorita Duffy realquiló su piso y se marchó al mundo antiguo. Al principio enviaba unos largos correos electrónicos, poéticos y con una dosis razonable de regodeo, aunque abundaran los higos, los mercados, el frescor de las baldosas al pasear descalza por casa y las siestas al mediodía con la persiana bajada. Entre clase y clase, la señorita Hempel se iba al tablón de anuncios a leer las descripciones de la señorita Duffy de sus lánguidas siestas, intentando detectar en sus mensajes alguna señal de melancolía, o de añoranza. «¡Os echo de menos a todos!», escribía a modo de despedida, pero la ausencia de sujeto, además de la excesiva puntuación, le daba poca credibilidad. Y un buen día, los correos dejaron de llegar.

La señorita Hempel observó la foto que le acababan de pasar: una calle vacía, iluminada por un sol cegador, con la señorita Duffy en el centro. ¿Quién habría hecho la foto? ¿Un amigo yemenés? ¿O era yemeno? Los dos sonaban bien, aunque incorrectos. Sin embargo, parecía importante saber quién se había puesto a la sombra de aquellos grandes edificios tan decorativos, con una cámara en las manos. Tal vez fuese la primera de las transacciones extranjeras que dieron como resultado, verdaderamente espectacular, la tripa de la señorita Duffy.

La señorita Hempel agitó la foto en el aire.

—Anna, ¿esta dónde te la hicieron?

Pero la señorita Duffy no pudo responder, porque sus colegas iban entrando, uno tras otro, a darle abrazos.

—¡Me dejás pasmada! —dijo la señora Willoughby.

Juntando las manos, se las llevó a los labios, un gesto que solía reservar para los alumnos de los últimos cursos que participaban en el coro del concierto de primavera. A decir verdad, la señorita Duffy estaba tan guapa y triunfante como ellos. Tenía el rostro radiante; su larga melena rubia le brillaba en los hombros, y el gesto de asco que antaño le avinagraba el rostro había desaparecido. El cambio parecía completo e irreversible; no era como la primera semana de colegio, cuando los profesores llevaban pantalones cortos, las profesoras llevaban vestidos de verano y todos lucían su bronceado estival. La señorita Hempel todavía recordaba el susto que se dio al ver las peludas pantorrillas del señor Polidori alzándose sobre un par de relucientes deportivas naranjas, pero a los pocos días todos tenían el mismo aspecto macilento y era como si el verano jamás hubiera sucedido.

—¿Has visto a tus alumnos? —le preguntó la señorita Cruz, la bibliotecaria auxiliar—. Se van a quedar atónitos.

—¡Van a alucinar! —dijo la señorita Mulcahy—. Suzanne, ¿dónde están los de sexto ahora? ¿Están comiendo?

—Están en el gimnasio. Pero yo llevo todo el año oyéndoles repetir lo mismo: la señorita Duffy, la señorita Duffy. Son incapaces de hacer nada sin sacar a relucir a la señorita Duffy.

—Les he echado de menos —dijo la señorita Duffy con poca convicción.

—Te aconsejo que esperes unos minutos hasta que se les pase el sofocón. Ya sabes lo que sudan cuando juegan al baloncesto. Y no te vas a poder creer lo mucho que han crecido. Están inmensos. Amy Weyland lleva sujetador.

Desde su cubículo, el señor Meacham murmuró:

—¿Es necesario hablar de estos temas?

Y la señora Willoughby, escudriñando su taza de café, dijo:

—Esa chica va a tener un tipo estupendo.

—¿Amy Weyland? —exclamó la señorita Duffy.

—¡Sí! ¿Qué te parece? —dijo la señorita Olin.

La profesora de humanidades de sexto, que había hablado casi a gritos, tenía un aspecto algo febril. De hecho, todos parecían ansiosos y acalorados. Era cierto que tenían muchas cosas que contarse: Jonathan Hamish había sido expulsado; Travis Bent estaba en tratamiento; ese año, el señor Peele se había avenido a poner el aire acondicionado antes, aunque solo estaban a principios de mayo. Ah, ¡y por fin habían terminado de construir el laboratorio de informática! Tenían que informar a la señorita Duffy, volver a incluirla en el mundo que todos ellos compartían. El alegre barullo del colegio, ligeramente histérico, pareció engullirlos a todos mientras el fascinante y polvoriento Yemen se iba difuminando.

La señorita Hempel aún tenía en la mano la foto sobre la que quería saber más cosas. De todos modos, ya tendría tiempo para informarse, porque se llevaba bien con la señorita Duffy, que era una de sus «amigas del colegio», porque las dos pertenecían al mismo grupo de profesores jóvenes que acudían a un oscuro *pub* irlandés apenas

sonaba el timbre del viernes por la tarde. Mientras volvía a poner la foto encima del montón, la señorita Hempel se planteó si lograría montar un acalorado debate en clase de literatura sin haberse repasado el acto segundo de *Romeo y Julieta* (siempre podía pedir a sus alumnos que representaran sus escenas favoritas; los chicos eran capaces de pasarse la hora entera diciendo: «¿Se muerde el pulgar para insultarnos, caballero?»), cuando vio salir de la sala de profesores a la señorita Duffy, escoltada por un grupo de profesores, en busca de sus antiguos discípulos de quinto.

—Mirad quién ha vuelto —gritaba la señorita Olin, encabezando la comitiva.

El despliegue era impresionante, pero algo ingenuo. La señorita Hempel se imaginó una majestuosa procesión avanzando por los pasillos del colegio, con los administrativos dando vítores al paso de la procelosa cuadrilla, con los niños tirando pétalos y virutas de madera de lápiz. ¡La señorita Duffy había vuelto! Volverían a organizar excursiones al barrio chino para comprar buñuelos de pato y esconderían huevos de chocolate en el jardín botánico y se irían a algún karaoke a cantar canciones de los Meat Puppets y esas bandas de los ochenta que escuchaban en la universidad. Una vez más, erigirían el templo de Dendur en todo su esplendor de cartón y tempura. Las agridulces páginas finales de *Tuck para siempre* volverían a escucharse en la voz ronca y atropellada de la señorita Duffy. ¡Enhorabuena a todos los alumnos de quinto del mundo!

Sin embargo, a la señorita Hempel no habían conseguido engañarla. La señorita Duffy solo estaba de paso. Lo supo nada más verla: Anna Duffy no iba a volver al colegio en su vida, ni siquiera cuando esa tripa tan dura que tenía se hubiera convertido en un niño. Lo más probable era que su visita se debiera a algún motivo pragmático. Tendría que vaciar su taquilla, o acabar de redondear su plan de jubilación. ¿Cómo era posible que los demás no se dieran cuenta? La señorita Duffy ya no era una más. En algún momento durante ese año, les había dado la espalda. Se había vestido de civil y había desaparecido. Y si había regresado solo era para despedirse o, si el guión lo hubiera escrito la señorita Hempel, para decir: «¡Hasta nunca, mamones!», cosa tan improbable que le daba la risa solo de pensarlo.

El *pub* irlandés estaba a pocas manzanas del colegio. La espléndida señorita Cruz, que llevaba la legendaria doble vida de la bibliotecaria, lo descubrió una noche en la que estaba de juerga con un batería de *free jazz* que casi le doblaba la edad. Mooney's fue la última parada de su recorrido. ¿Qué habría pensado la señorita Cruz, caminando con la cabeza apoyada en el hombro del músico, al darse cuenta de que aquella avenida iluminada, pero vacía, porque faltaba una hora para el amanecer, estaba literalmente a la vuelta de la esquina de su mesa regada de tampones de goma y avisos de retraso? Quizá pensara: «¡Es perfecto!». Sentir que su vida real se aproximaba de manera tan relajada a su vida escolar debía de ser algo verdaderamente encantador. O eso suponía la señorita Hempel, que nunca había

puesto la suficiente distancia entre sus dos vidas como para experimentarlo en carne propia. Le gustaba oír a la señorita Cruz hablar, con su aire distendido y poco fanfarrón, de todos los viejos músicos de los que se había enamorado, incluido el batería dado a la bebida. Aquella noche la señorita Cruz se llevó al batería a su casa y después, el viernes, se llevó a los profesores a Mooney's.

El pequeño local estaba iluminado con ristras de luces de Navidad de colores y tenía un reloj fluorescente. Al fondo había una gramola, justo entre las cavernosas puertas de los cuartos de baño, cuya adhesión a algún sexo en particular no se respetaba con demasiada rigidez. Había mesas de madera oscura llena de surcos, altos taburetes inestables y un suelo de linóleo, maravilloso para bailar. Cuando la señorita Hempel bailaba sobre el linóleo se sentía liviana y armónica, incluso antes de empezar a beber. El viernes por la tarde, a todos los profesores les encantaba bailar. Sabían hacer el *hustle* y el *electric slide*. Como las persianas opacas de Mooney's siempre estaban bajadas, era fácil olvidarse de que solo eran las cuatro de la tarde, de que aún hacía sol y de que ninguno de ellos había vuelto a su casa al salir del trabajo. Todos bailaban como si fueran las tantas de la noche. Hacían pasos ridículos que se sabían del instituto y les encantaba cómo quedaban. Cuando el señor Radovich intentaba bailar como si fuera negro, a nadie le importaba. Estaban demasiado contentos como para fijarse, pendientes de deslizar monedas de veinticinco centavos en la gramola, yendo y volviendo de la barra dando saltitos. Al chocar caderas con la señorita Cruz antes de tambalearse hacia el cuarto de baño, la señorita Hempel se dio cuenta de que había nacido para pasarse la vida bailando, como esos personajes del espectáculo *Ice Capades* que lo hacen todo con patines de hielo.

Para ser una persona con infinidad de pecas y que siempre llevaba zuecos, la señorita Duffy bailaba increíblemente bien. Sacudía la melena, entrecerraba los ojos y levantaba la barbilla con suma levedad, como si un individuo atractivo e invisible estuviera inclinando la cabeza hacia abajo para besarla. Entonces cambiaba el peso de un lado a otro, con un bamboleo de caderas apenas perceptible, manteniendo la columna recta, sin mover apenas los hombros, con un meneo pequeño, decidido, preciso y relajado. Era el baile más sencillo del mundo. Y también el más seductor, de algún modo. A la señorita Duffy le daba una gran seguridad saber que podía hacer tantísimas cosas con su cuerpo. Los otros se acercaban a ella al bailar, buscando su proximidad inconscientemente. A veces se encontraba en medio de un sándwich espontáneo, formado por otros dos bailarines. Una tarde, el señor Polidori se levantó del taburete de un salto y, tras estrujarse los nudillos, se deslizó de rodillas sobre el suelo de linóleo, llegando sin aliento al lugar donde estaba ella, bailando acompasadamente.

A la señorita Hempel le gustaba pensar que fue entonces cuando se desató la pasión entre ellos, pero podía estar equivocada, porque el señor Polidori hacía cosas inesperadas y extravagantes a todas horas: besarte la mano a modo de agradecimiento, rodearte el cuello con los dedos y fingir que te estaba estrangulando,

pasarte la mano por los hombros con la apatía de un camarada, gestos que a la señorita Hempel le entusiasmaban cuando resultaba ser ella, por suerte y proximidad, la agraciada. Al notar un cosquilleo en la piel, sabía lo ridículo que era todo aquello: el señor Polidori, por norma, era una persona a la que una no se podía tomar en serio. La señorita Duffy, por ejemplo, no parecía hacerlo. Cuando él se deslizó por el suelo y llegó a sus pies, con los brazos abiertos en cruz, ella se limitó a tenderle la mano para ayudarlo a levantarse, sin perder ni por un segundo el ritmo de su atractivo bailecillo. Pero ¿y si cuando sus manos se unieron, se intercambiaron un mensaje secreto? Tal vez el mensaje hubiera sido una sorpresa para los dos. La señorita Hempel lamentaba no haber sido lo bastante astuta como para haber captado ese intercambio; recordaba este momento solo retrospectivamente, mientras intentaba convertir lo sucedido en una historia. ¡Qué interesante habría sido presenciar el nacimiento de una historia de amor! O, mejor dicho, de una historia, a secas, porque, hoy en día, solo las personas casadas tenían derecho a vivir amores auténticos. En cualquier caso, la señorita Hempel podía limitarse a guardar la imagen en su memoria, para compartirla con Amit cuando llegara a casa. Al volver andando desde el *pub*, perdida en sus ensoñaciones, con la luz sesgada de la tarde iluminando las aceras, la señorita Hempel estaba llena de maravillosos chistes, observaciones e historias que contarle, pero subió al piso, anocheció, puso la tele pensando que le dolía la cabeza, y cuando Amit volvió del laboratorio, ya no se le ocurría nada que decir, ni siquiera cuando él arrugó la nariz y le preguntó, sin inmutarse:

—¿Por qué hueles a tabaco?

La señorita Hempel estaba intrigada por el padre del niño que iba a tener la señorita Duffy. ¿Sería un mercader de camellos cantarín y con ojos de color azabache? ¿Un poeta que estudiaba inglés en la universidad, o un médico joven convertido en guía de zoco? Dedicó gran parte del último trimestre a considerar las posibilidades. Y aunque en sus especulaciones le pareciera percibir un tufillo vagamente podrido e imperial, procuraba ignorarlo. De todas las maravillosas novelas que escribió E. M. Forster, *Pasaje a la India* era su preferida. Al recordarla, se preguntaba: ¿también habría cuevas en Yemen?, ¿y la señorita Duffy se habría metido en esas cuevas para explorarlas, saliendo de ellas aturdida y transformada?

En la entrada de la biblioteca, había una enorme mesa que parecía envolver a la señorita Cruz, sentada tras ella. Era como una cabina de piloto atestada de parafernalia relacionada con los libros. La señorita Cruz tenía una silla ergonómica cuyas ruedas le permitían moverse con pericia por el interior de su acotado espacio. La mesa tenía dos niveles: el nivel inferior era para uso exclusivo de la bibliotecaria, para que pudiera hacer su trabajo, mientras que el nivel superior estaba destinado a las personas que se concentraban en torno a la mesa, incordiando a la bibliotecaria. Este segundo nivel, que llegaba a la altura del pecho, era el lugar ideal para terminar

los problemas de matemáticas antes de entrar en clase, o para hacer preguntas inoportunas sobre la desaparición de los dinosaurios, o para apoyar los codos, como estaba haciendo la señora Willoughby en ese momento, y ponerse a hablar en voz baja con la señorita Cruz, que estaba metida en su nicho.

—¿Has visto a...? —preguntó la señora Willoughby, volviéndose hacia la señorita Hempel con entusiasmo, aunque al recapacitar añadió—: Ah, es verdad, tú también estabas. ¿A que está preciosa?

—Preciosa —asintió la señorita Hempel—. Y muy... —dijo, abriendo los ojos para explicar el volumen de la tripa.

—¡Sí, sí! No es lo que nos esperábamos —contestó la señora Willoughby—. Yo pensaba que iba a volver con unas diapositivas y unos pañuelos de seda, pero no. ¡Ha vuelto con mucho más! —exclamó y, acercándose a la señorita Cruz, retomó el asunto—: A cincuenta y seis kilómetros del hospital más cercano. ¿No es una locura?

—Hay una comadrona. No le va a pasar nada.

—Por supuesto. Pero, de todas formas, tener el primer hijo ahí, en mitad de la nada. Vete a saber.

—Estaba harta de vivir aquí. Lo decía siempre.

—Vosotras, las jóvenes, no sabéis lo que es eso. Al principio te sientes muy sola. Estás agotada, te duelen los pezones y no sabes ni en qué día vives.

—Roman va a estar con ella. Y se van a construir un segundo yurt —dijo la señorita Cruz en tono firme, mirando a la señorita Hempel—. Anna se muda a un sitio al norte del estado.

Sin embargo, aquel dato no aportaba nada.

—¿Un yurt? —preguntó la señorita Hempel—. ¿Qué es eso, algo yemení? —añadió, sonrojándose.

—Mongol —respondió la señora Willoughby—. Yo también tuve que preguntarlo. Tranquila, que no se lo voy a decir a Meacham. No todos los que damos clases aquí somos enciclopedias andantes. Es una enorme tienda circular hecha de pieles de animal. O, en el caso de Anna, de una tela supermoderna, ignífuga y de última generación —explicó, formando un diminuto yurt con las manos—. Más que a una tienda de campaña, se parece a una carpa de circo, pero hecha con piel de yak.

Con una carcajada y un gesto de la mano, derribó el pequeño edificio.

—Pero ¿el padre es de Yemen? —preguntó la señorita Hempel.

La señora Willoughby la miró con un gesto extraño.

—Por Dios, qué va —dijo.

Al parecer, el viaje al extranjero se había acabado pronto. Algún alimento le sentaba tan mal a Anna que ponía en riesgo su vida. A los dos meses de haber abandonado su país, estaba doblada de dolor y con una diarrea brutal. Por eso se acabaron tan abruptamente sus correos líricos. Cuando se subió al avión, casi a gatas, para regresar a casa de su madre a pasar la convalecencia, pesaba diez kilos menos. Fue allí, con un aspecto pálido y preternatural, donde conoció a Roman, un artista

especializado en hacer cometas.

—Él también estaba de visita en casa de su madre —dijo la señorita Cruz.

—Son vecinos en la urbanización a la que se mudó su madre después del divorcio —dijo la señora Willoughby—. Anna decía que es un sitio frío y espantoso, pero puede que ahora haya cambiado de opinión.

—Vaya —dijo la señorita Hempel, algo más tranquila.

De modo que el padre del niño de la señorita Duffy era un norteamericano al que había conocido una buena mañana en el patio de un condominio horroroso.

—Y lo de fabricar cometas, ¿es a lo que se dedica? —se oyó preguntar.

—Es todo un maestro —asintió la señorita Cruz—. Sale en Internet.

—¿Se pasa el día haciendo cometas?

—Y haciéndolas volar.

—Qué maravilla —dijo la señorita Hempel, pensativa—. A mí me encantaría dedicarme a eso.

—¿Y a quién no?

La señora Willoughby se llenó los pulmones de aire y, por un instante, parecía a punto de cantar la primera estrofa de *Dale hilo a la cometa*, pero desistió.

—Tiene dinero de familia, claro —dijo—. Y un terreno enorme, que ha pasado de generación en generación. ¡Anna está viviendo en una finca! La casa es un *yurt*, sí, pero bastante grande. ¿No es eso lo que se llama casarse bien?

—¿Se ha casado? —preguntó la señorita Hempel.

Atónita, pensó que no recordaba haberle visto el anillo.

Las otras dos mujeres se miraron con un gesto expresivo. Al verlas, la señorita Hempel también se puso sentimental.

—Todo sucedió muy deprisa —dijo la señorita Cruz.

—Como suele pasar —dijo la señora Willoughby—. De repente, estás sola y abandonada, y al minuto siguiente, plaf, estás en el registro civil con el hombre de tus sueños.

—Y mudándote al norte del estado —dijo la señorita Hempel—. Y embarazada.

—Exacto —dijo la señora Willoughby, dando una palmada en la mesa de la señorita Cruz—. Eso es lo increíble de la vida, lo mucho que pueden cambiar las cosas.

Entonces, estrujándole el brazo a la señorita Hempel, le preguntó:

—¿Te acuerdas? Anna estaba destrozada.

Por su parte, la señorita Hempel no la habría descrito como destrozada, ni creía que la propia señorita Duffy hubiera usado jamás esa palabra, porque la palabra «destrozada» implicaba un sufrimiento atroz, ¿no? Y una profesora no tenía tiempo para esas cosas. El plan de estudios avanzaba implacable: el paso atropellado de una unidad a la siguiente, los egipcios fundiéndose con los griegos, el borrón de las

tachaduras y las notas escritas a mano en los exámenes, el calor de la fotocopidora, los comentarios de texto corregidos en un autobús, la noche eterna de las reuniones de padres y profesores, la cuenta atrás previa a las vacaciones y el tonto placer animal del descanso. Se podía ser bastante infeliz sin llegar a tener la menor sospecha. A veces, la señorita Hempel se quedaba atónita con las cosas que se le ocurrían al ir andando al trabajo: una mañana, le dio por mirar arrobada un trozo de hielo que había en la acera, pensando que si se cayera y se rompiera la pierna por varios sitios, no tendría que ir al colegio. Y, con suerte, si los médicos le ponían una de esas escayolas con hierros, tendrían que contratar a una sustitua para el resto del curso. Quizá hasta tuvieran que escayolarla de cuerpo entero.

Había una salida, una salida honorable y digna. Lo único que tenía que hacer era sufrir un accidente terrible.

Pero entonces le vaciarían la mesa y todos sus secretos saldrían a la luz: el par de medias rotas y sucias que se había dejado tiradas hacía meses; las fotos descriptivas que tardó tanto en corregir que acabó asegurando haberlas perdido en la lavandería; la bolsa abierta de Doritos. Y, vergüenzas aparte, tenía una serie de responsabilidades: las finales de voleibol estaban a la vuelta de la esquina. ¿Y quién se iba a ocupar de llevar los tanteos? Tendrían que buscar a otra persona que se encargara de organizar las reuniones semanales del club de lectura femenino y otra tutora de la asamblea escolar del Día de la Diversidad. ¿Y quién iba a terminar de corregir los trabajos sobre *Matar a un ruiseñor*, siguiendo el bizantino sistema de notas que se había inventado?

Lo cierto es que no había nadie capaz de hacerlo.

—Di que estás enferma —le sugería Amit con voz soñolienta, abrazado a ella—. Diles que estás acatarrada —decía, dándole un beso—, que tienes una infección muy contagiosa y te quedas en la cama, ¿vale?

Pero, para entonces, ella ya iba dando trompicones hacia la ducha.

¿La señorita Duffy sería de las que se plantean tropezarse con un trozo de hielo aposta? Seguro que no. Por su cabeza rondarían pensamientos más furibundos y sensatos. Era probable que mientras esperaba al autobús redactara cartas de resignación en su cabeza, cartas que describirían con mordaz concisión lo incompetente que era el nuevo director del colegio, o lo asqueroso que estaba el baño de mujeres de la segunda planta. La señorita Hempel sospechaba la existencia de esas cartas, porque la señorita Duffy estaba extraordinariamente bien dotada en lo referente a capacidad crítica. A todos les encantaba ser críticos, por supuesto, del mismo modo que a todos les encantaba bailar, pero ella era capaz de eclipsar a cualquiera. Empezaba de modo discreto, con un suspiro y una sonrisilla irónica, pero al poco le brotaba la indignación y sus comentarios iban ganando en hilaridad y cólera hasta que se convertía en un magnífico espectáculo, digno de ver, y todo su ser irradiaba furia, tanta que la señorita Hempel sacudía la cabeza y se preguntaba cómo el pobre señor Mumford, hasta en sus momentos más abstrusos como director de un

colegio de enseñanza secundaria, podía pensar que era razonable decirle:

—Vamos, Anna, tranquilízate.

Muchas de sus historias terminaban con el señor Mumford diciéndole esa frase, o alguna variación parecida, que incluso repetida en la mohosa tranquilidad del *pub* Mooney's, lograba que la señorita Duffy soltara un alarido estrangulado y homicida:

—¡Aaarr!

Desde el fondo de la barra, el señor Polidori alzaba la copa en honor a ella.

El gesto era típico de él: irónico, seco, pero caballeroso, pese a todo. Concluido el ademán, el señor Polidori volvía a dedicar su atención a Mimi Swartz, la persona con quien más le gustaba estar. Era la directora del departamento de arte, que hacía esculturas con clavos gigantes, le sacaba quince años y tenía una amiga con la que le gustaba perderse en bicicleta por el campo. Y él, que era profesor de física, parecía tener muchas cosas que decirle. Un misterio, pero no mayor que el misterio de su historia con Anna Duffy, que estaba quejándose otra vez con sus aires de cantante de ópera.

Amores. Historias. Al parecer, eran algo de lo más común y entre las personas más inimaginables.

—¿No sabías lo mío con Phil? —preguntó la señorita Cruz.

Phil Macrae daba ciencias a los de sexto. Barbilampiño y peinado hacia atrás, él mismo parecía recién salido del sexto curso. La señorita Cruz también había mantenido relaciones sexuales con el señor Rahimi, el profesor de informática, y con Jim, que llevaba el programa de las clases extraescolares.

—La historia se torció —dijo la señorita Cruz.

Al parecer, la historia entre la señora Bell y el señor Blanco también se acabó torciendo; a decir verdad, se torció tanto que él tuvo que irse varios años a otro colegio, hasta que el incendio se apagó por fin.

—¿Julia? —exclamó la señorita Hempel, horrorizada. Julia Bell le caía muy bien.

—Esto fue hace siglos, mucho antes de que vinieras tú —le dijo la señora Willoughby.

—¿Y Daniel? —gritó la señorita Hempel—. Pero si yo creía que era gay.

—Qué va. No. ¿De dónde has sacado eso? Es español, pero nada más.

Y también, increíblemente, examante de la señora Bell. ¿Con esa perilla y esos chalecos tan raros que llevaba? Tal vez, en una versión más juvenil, todo lo que a la señorita Hempel le parecía indicar una sexualidad poco definida fuese de hecho seductor e irresistible. Tanto que Julia Bell, una profesora que era puro coraje, humor y sensatez, lo arriesgara todo por estar con él.

—¿La historia fue antes de que nacieran los niños? —preguntó la señorita Hempel.

—Creo que Wally tenía dos y todavía no iban al colegio, pero Nathan ya estaba

en la guardería —dijo la señora Willoughby, alzando las cejas—. Podría haber sido un auténtico desastre.

Era impensable que Julia montara un desastre. Era uno de los motivos por los que la señorita Hempel la adoraba: por su actitud serena, divertida y capaz que le permitía mantener el orden hasta con los niños más irascibles; por el afecto que sus hijos le mostraban cuando se abalanzaban sobre ella en mitad del pasillo. Además, tenía un mechón de pelo completamente blanco que le nacía en la sien derecha, como una Susan Sontag dedicada al álgebra de octavo. Su marido también era profesor de álgebra, en la universidad estatal; se habían enamorado al conocerse en un curso de posgrado. Y todo eso —su mundo de chicos, ecuaciones y buen rollo— había estado en peligro.

Pero lo había recuperado.

Ahora, Julia era capaz de sentarse junto a Daniel Blanco en las reuniones de profesores sin dar la menor señal de que le pareciera distinto de las demás personas de la plantilla presentes en la sala. De no ser por las maestras mayores como la señora Willoughby, que se acordaba de la historia, no quedaría ni rastro de aquel incidente tan insólito y arriesgado. La señorita Hempel no sabía qué le parecía más increíble: ver a la señora Bell y al señor Blanco hablando afablemente junto a la máquina del café, o imaginárselos unidos en un abrazo antiguo, urgente, desesperado.

Al salir de la biblioteca, a la señorita Hempel le sorprendió ver a la señorita Duffy de pie en el vestíbulo, sola, con las manos apoyadas en la tripa. En algún momento del camino, parecía haber perdido a su séquito. Estaba mirando los enormes tabloncillos de anuncios que cubrían las paredes, mostrando los últimos proyectos de los cursos más jóvenes. Hacía apenas un año le encargaron rellenar uno de esos tabloncillos, cosa que requería cierta sensatez (porque no se podía colgar el jeroglífico de cualquier niño), además de capacidad para sobrellevar la prolongada lucha entre el papel de crepé y la grapadora, pero ya no le tocaban esas cosas. ¡De la que se había librado! Miró las decoraciones de uno de los tabloncillos con la frialdad de una forastera.

—Beatrice —le dijo la señorita Duffy.

Cuando la señorita Hempel le dio un abrazo, comprobó que la tripa era tan dura como parecía.

—¿Has visto esto? —le preguntó la señorita Duffy, que estaba examinando uno de los trabajos—. Tal y como están montados, uno sobre otro, no se pueden leer. Y además ha clavado una grapa encima del nombre.

Se refería al señor Chapman, un *broker* de Wall Street reconvertido en profesor, que era el que estaba sustituyendo a la señorita Duffy durante ese curso, aunque ya era bastante posible que fuera para siempre.

—¿Cómo vamos a saber quién ha dibujado el minotauro? —dijo la señorita Duffy, señalando el tablón de anuncios con el dedo—. Una niña se ha pasado

horas..., ¡horas!..., haciendo esto. Y ni siquiera se puede leer su nombre.

—No me había dado cuenta —dijo la señorita Hempel, escudriñando la hoja—. Pero tienes razón, el nombre está un poco oscuro.

—Por Dios —murmuró la señora Duffy—. Que no estamos hablando de ciencia aeroespacial.

Levantando la mano, agarró la grapa entre el dedo pulgar y el índice. Con un tirón, la arrancó del corcho y la tiró al suelo como si fuera una colilla.

—Ya está —dijo.

La niña se llamaba Lucien Nguyen.

—Mucho mejor —dijo la señorita Hempel con una sonrisa.

Lo cierto era que le entraron ganas de marcharse, porque ya no tenía la curiosidad de antes. Una vez que sabía que la señorita Duffy no estaba embarazada de un niño medio yemení, ya no le apetecía tanto hablar con ella, pero no le gustaba la expresión con la que la señorita Duffy estaba mirando el tablón. Y, entonces, la señorita Hempel sucumbió a su tendencia de proponer exactamente lo contrario de lo que quería de verdad, por un remoto deseo automático de complacer a alguien ajeno.

—¿Quieres que demos un paseo hasta Izzy's y nos tomemos un té de burbujas? Yo invito.

Por un momento, la señorita Duffy pareció a punto de decir que sí, pero justo cuando se estaba apartando de los tabloneros de anuncios, respiró con fuerza y se volvió hacia la pared de nuevo.

Su dedo índice fue a parar a una hoja de papel rosado, mientras trazaba un círculo en torno a una sola palabra, con furibundo vigor.

—¿Has visto esto? —preguntó.

La señorita Hempel se acercó a leer el texto, una versión informática de la letra infantil de una niña: «Perséfone tomó la granada y se comió cuatro de sus semiyas».

—Uf. Mala cosa —dijo con una mueca.

La señorita Duffy seguía con la palabra atrapada bajo el dedo. La señorita Hempel sabía por sus propias observaciones (¡en titulares de la prensa!, ¡en vallas publicitarias de cinco metros de largo!) que estos crímenes iban en aumento. A toda prisa. Y sin control.

—Son niños —dijo la señora Duffy—. Están aprendiendo y es normal que cometan errores, pero ¿cómo van a saber distinguir sus errores si su profesor los cuelga en la puñetera pared? ¿Les hará preparar un borrador primero? ¿Les corregirá algo?

La señorita Hempel se encogió de hombros con desgana. Su propia capacidad de detectar errores había menguado con los años, pero quizá bastara con pasar algún tiempo fuera del país para recuperar la agudeza, porque en ese momento, simplemente con estar de pie junto a la señorita Duffy, le parecía estar recuperando sus poderes, porque veía los errores casi en relieve sobre el tablón, como si fuera uno de esos grandes mapas de luz que debían de usar los del FBI.

—Esquina superior derecha —informó—. Empleo de mayúsculas aleatorio. ¿Desde cuándo «cisne» es un nombre propio? ¿O «violación», ya que estamos?

Aunque tenía que admitir que, dado el contexto, la cosa tenía cierta lógica.

También descubrió un «Aries» en vez de «Ares», un «alter» en lugar de «altar», y, sí, ahí estaba un viejo espanto de siempre: «hay» en vez de «ahí». Era sorprendente que ciertos errores lograsen sobrevivir al implacable control ortográfico de los profesores. En realidad, había que admirarlos por su capacidad de resistencia.

Sin embargo, la señorita Duffy no sentía nada semejante, ni por asomo, a ese afecto. En ese instante estaba arrancando a Perséfone de la pared.

—¿Dónde está Leda? —exclamó.

La señorita Hempel señaló el tablón con poco entusiasmo. De pronto había un agujero, como una cicatriz de viruela, en mitad del corcho.

—Ahí arriba —contestó, mirando de reojo hacia el pasillo, con la esperanza de que el señor Mumford o, mejor aún, el señor Peele, aparecieran de pronto y devolvieran las aguas a su cauce.

La señorita Duffy se había puesto de puntillas sobre sus mismísimos zuecos, como si fuesen zapatillas de ballet y ella una joven bailarina. La tripa no la desequilibraba en absoluto. Sus dedos gordezuelos subían, trémulos, subían y subían, cargados de razón.

—Ya la tengo —anunció con un bufido.

Leda bajó de las alturas. También bajaron Hera y el pavo real, Eco y un Narciso esmirriado, Dánae empapada en su ducha de oro. Bajaron el minotauro, Medusa, Hermes, Neptuno y Atenea, que salía ensangrentada de la cabeza abierta de su padre. Un momento. ¿Neptuno? ¿No era ese el nombre romano del dios de los mares?

Precisamente, decían las enérgicas manos de la señorita Duffy al entregarle el montoncillo de tersas hojas.

—¿Te importa sujetarlas un momento? —dijo con voz entrecortada, poniéndose de puntillas otra vez.

Al ver las hojas recién arrancadas de la pared, la señorita Hempel, asustada, miró hacia el pasillo con la esperanza de que apareciera alguien. Pero ninguno de los jerifaltes parecía tener intención de pasarse por allí. La pregunta era por qué, entre todos los profesores que bebían más de la cuenta en Mooney's, la señorita Duffy la había elegido a ella para una misión tan concreta. Quizá fuese por pura casualidad. Un atardecer, un vestíbulo vacío, un instante de emoción indescriptible... y la súbita aparición de alguien que te quitaba la sensación de soledad. Justo eso era lo que había sucedido, hacía un año, con el señor Polidori.

—¿Así, de repente? —le preguntó la señorita Hempel a la señorita Duffy—. ¿Os echasteis uno en brazos del otro...?

Al enterarse le costó trabajo creerlo. Tenía la impresión de que le faltaban datos. Pero ahora, con el botín de la señorita Duffy entre las manos, el asunto le parecía más creíble. A veces la vida te involucra sin aviso ni preludeo, pensó la señorita Hempel.

Agachándose, dejó el montón de crujientes dibujos en el suelo, dando unos golpecitos en las esquinas para ordenarlos, pues ante todo quería evitar dar una imagen de caos. Por extraña que fuera la operación, iba a procurar imprimirle un cierto orden, una cierta deferencia.

Tras hablarlo, las dos decidieron que lo mejor sería depositar los trabajos de los niños en el aula del señor Chapman, acompañados de una comedita nota. *Mi aula*, fue lo que dijo la señorita Duffy, que logró asustar aún más a la señorita Hempel al preguntarle:

—¿Tú firmas esto conmigo?

Pues no, no pensaba firmarlo, pero le faltaba valor para confesarlo, sobre todo al ver que a la señorita Duffy le acababa de dar otro patatús. Al encenderse los tubos fluorescentes del techo, miró inquieta a un lado y a otro. Las cosas no estaban exactamente como ella las había dejado.

La esquina de los sacos morados, que eran para tumbarse a leer, había sobrevivido; y los tiestos de jade estaban enormes, porque la señorita Cruz los había regado religiosamente. El aparato de música también seguía en su sitio, aunque enterrado bajo unos tacos de folletos, y el móvil de Calder todavía colgaba del techo, pero habían desaparecido las marionetas indonesias que usaban para hacer teatro de sombras, y los poemas tampoco estaban.

—¿Ha quitado mis poemas? —murmuró la señorita Duffy con una vocecilla casi inaudible.

Para conseguirlos, había hecho lo imposible, asumiendo incluso el riesgo de acabar detenida. Hacía unos años, los poemas empezaron a aparecer en el metro y en los autobuses, en lugar de los típicos anuncios de préstamos bancarios y de dermatólogos. Y en cuanto aparecía un poema nuevo, la señorita Duffy maquinaba un plan para conseguirlo, que incluía recorrerse los vagones de metro vacíos, subirse a los asientos pintarrajeados y chamuscados, sacar el poema de su cóncava funda de plástico y ocultarlo bajo los pliegues de su largo abrigo de invierno. ¡Y todo por el bien de sus alumnos de quinto! Así podrían alzar la vista y contemplar aquellas palabras a diario. O no, porque esa era la belleza del aprendizaje por osmosis. Al pasarse todo el curso en compañía de Whitman y Dickinson, de Mark Strand y May Swenson, lo más probable era que algo de su arte calara hasta en los espíritus más cerriles.

Cosa que, a buen seguro, también habrían tenido en cuenta los del departamento de transporte, pero el hecho de que el adiestramiento de sus alumnos de quinto corriese a cargo de la ciudadanía no daba a la señorita Duffy un segundo de sosiego. Entonces surgió la posibilidad de obtener los poemas legalmente, enviando una sencilla petición con el membrete del colegio, pero la señorita Duffy, como todas las profesoras auténticas, era un alma rebelde, así que siguió rondando por los autobuses

a última hora de la noche.

No obstante, en el lugar donde antes estaban sus poemas robados, ¡habían puesto unos pósteres de colorines que conminaban a sus alumnos a LEER, nada menos! ¡Y también explicaban que LEER ES DIVERTIDO! ¡Y que la gente del mundo entero debería DISFRUTAR LEYENDO! Por si eso fuera poco, también había un póster conmemorativo de la victoria de los Green Bay Packers en la Super Bowl. Todo ello, evidentemente, se había obtenido por medios oficiales.

La señorita Duffy se apoyó en una de las muchas mesillas desperdigadas por el aula. Los alumnos de quinto aún no sospechaban la enorme soledad que sufrían los profesores sentados solos en sus altares. Ellos seguían tan campantes, siempre rodeados de gente. Tapándose la cara con las manos, suspiró largamente, con los codos clavados en la cima de su enorme tripa.

—Espero que los haya guardado en un lugar seguro —dijo.

—¿Quieres que se los pida y te los mande? —le preguntó la señorita Hempel.

—No, porque no tengo dónde ponerlos. Pero tengo la esperanza de que cambie de idea y vuelva a colgarlos.

La señorita Duffy miró hacia lo que en tiempos fue su mesa, cubierta de pilas de ejercicios que ya no dependían de ella.

—¿Los ha puesto a hacer esos ejercicios tan tontos? —preguntó.

Con todo, ya había perdido el fogoso ímpetu que se había apoderado de ella en el vestíbulo.

—Es su primer año como profesor —dijo la señorita Hempel, depositando los mitos expoliados sobre la mesa del señor Chapman—. Es normal que use todos los atajos que se le ocurran.

La señorita Duffy no contestó, porque seguía asombrada ante lo cambiada que estaba la clase y los detalles que la volvían tan extraña a sus ojos, como los nombres pegados con celo en el respaldo de las sillas, nombres que no tenían el menor significado para ella.

—En mi primer año de profesora, se me perdió Theo McKibben en el Metropolitan —murmuró.

—¿Perdiste a Theo? —dijo la señorita Hempel con una carcajada—. Eso es bastante normal.

—Fue una pesadilla. Mi primera pesadilla diurna.

—La primera de tantas —dijo la señorita Hempel—. Pero consuélate pensando que jamás te va a tocar otra excursión.

—Nunca jamás —dijo la señorita Duffy con un amago de sonrisa.

Entonces la señorita Hempel cayó en la cuenta, con espanto, de que había olvidado repartir los impresos de permiso paterno para la visita al planetario de la semana siguiente. Solo faltaban tres días, cosa que no suponía un problema con los alumnos organizados, pero sí con esos niños a los que siempre había que dar la lata para que hicieran las cosas. Tendría que recurrir a algún incentivo: ¿dejarles salir

antes?, ¿prometerles un helado?

Al pasear distraída en torno a la mesa, la señorita Hempel vio señales positivas entremezcladas con signos de desesperanza: montones de papeles ladeados, bolígrafos de colores en todas partes, notas del señor Mumford asomando por las esquinas, la caja de plástico de las cosas pendientes llena de tarjetas de visita, chocolatinas mordidas y trabajos para subir nota medio olvidados.

—Eres genial —dijo a la señorita Duffy, volviéndose hacia ella—. Te lo digo en serio. Un profesor no puede buscarse un trabajo mejor pagado, porque se consideraría algo despreciable. Y tampoco podemos irnos a hacer algo más facilón, ni buscarnos un trabajo tranquilo en una oficina, porque ¡menudo bochorno! ¿Les voy a decir a mis hijos: «Hasta luego, me voy a mi trabajo de telefonista en una compañía de seguros»? Imposible. Entonces, ¿qué solución nos queda? Bueno, siempre podemos recurrir a... —murmuró, señalando la tripa de la señorita Duffy—. ¿Cómo no se me había ocurrido?

En vez de algo tan sencillo, ella se había llegado a plantear escayolarse de cuerpo entero.

La señorita Duffy esbozó otra sonrisa forzada. No parecía haberse dado cuenta de que el elogio de la señorita Hempel era sincero.

—¿Y qué te lo impide? —preguntó, desafiante.

Tirando de un pelo que se le había enganchado en la manga del jersey, lo dejó caer en el suelo del aula del señor Chapman. Entonces, al recordar que era ella quien estaba embarazada y viviendo una experiencia inolvidable, se le iluminó la cara.

—¡Deberías probarlo! —dijo con un inesperado entusiasmo—. Te encantaría. Seguro —añadió, apartándose de la mesa infantil para acercarse cariñosamente a la señorita Hempel—. Creemos tener todo el tiempo del mundo, pero no es verdad. Y si das con la persona adecuada, hay que lanzarse. No existe el instante adecuado, no existe la época más conveniente. No te engañes al creer que estás esperando el momento perfecto...

Entonces la señorita Duffy se detuvo, llevándose las manos a la boca.

—¡Perdona, no me hagas ni caso! —murmuró.

—Anda, déjalo —dijo la señorita Hempel, poniéndole una mano sobre el brazo cubierto de pecas—. De verdad, en serio, no te preocupes.

—Parezco idiota —exclamó la señorita Duffy.

—En absoluto —dijo la señorita Hempel—, porque a mí también se me olvida. Cuando acabo de lavar los platos me da un ataque de pánico al pensar que me he dejado el anillo en algún sitio y que no lo encuentro —explicó, levantando la mano desnuda para contemplarla—. Ha sido una separación amistosa, de verdad.

La señorita Duffy asintió con un gesto compungido.

—Amit y yo seguimos hablando por teléfono. Y la semana pasada me mandó un libro —dijo la señorita Hempel.

Prefirió pasar por alto que el libro, en realidad, era suyo, y que Amit se lo había

encontrado sin querer, como si la marea lo hubiese dejado en la playa de su piso nuevo.

—Nos llevamos muy bien —insistió.

Pero la señorita Duffy parecía inconsolable.

—¿Qué pasó? —murmuró—. ¿Por qué decidisteis...?

Era difícil saberlo; los dos habían contado cosas distintas en momentos distintos. Para empezar, lo de la beca que le habían dado a Amit en Texas, que no podía rechazar, y también la dificultad de dar con un buen momento para la boda, por no mencionar lo caro que salía, además de lo jóvenes que eran los dos, por supuesto, con la consiguiente incertidumbre de ver el futuro como un espantoso nubarrón (aunque era una verdadera suerte que, a punto de cumplir los treinta, se les siguiese considerando jovencísimos)... Todo lo cual era cierto, como también era una mentira, e incluso cuando se escuchaba a sí misma contar todas esas cosas, no acababa de tener claro qué cosas decía para proteger a uno o al otro, y de qué quería protegerles exactamente. ¿En honor a quién había que tener tanta delicadeza? Le horrorizaba pensar que fuese ella la necesitada de compasión.

—No habrá sido porque tú has seguido dando clases, ¿verdad? —le preguntó la señorita Duffy.

Uy, no, qué va. Bueno, la señorita Hempel nunca lo había relacionado con eso, pero era gracioso que todos tuvieran una teoría, aunque la plantearan como una posibilidad remota.

—No será por lo de tu padre, ¿verdad? —le había preguntado su madre.

Su padre había muerto hacía dos años, pero a ella su ausencia le parecía igual de evidente que en su día su presencia. Cuando le enseñó el anillo de compromiso, su madre se ofreció a acompañarla hasta el altar el día de la boda.

—Pero sé que no es lo mismo —le dijo—. Lo sé de sobra.

Y a la pregunta de su madre respondió que no, que no se habían separado porque ella echara de menos a su padre. Aunque aún le parecía notar su mano cálida, seca y tenaz posada sobre su cabeza. Y al señor Polidori le había explicado que no, que no se habían separado por él. Aunque su mano también la recordaba, bajándole por la columna vertebral, pero le había sorprendido que le hiciera esa pregunta, un fogonazo de vanidad, de protagonismo. Es verdad que una noche la acorraló junto a la gramola y la miró arrebatado, cosa también sorprendente.

¡Pero solo se dieron un beso!

Bueno, hubo algún achuchón, algún jadeo y algún abrazo, en uno de los baños intercambiables de Mooney's. De todo hacía siglos, una de aquellas felices tardes de viernes. Fue después de que él acabara con la señorita Duffy, antes de enamorarse de la hermanastra de Mimi Swartz, una chica asilvestrada y flacucha. Así que lo suyo con el señor Polidori había sido un entreacto perdido en la oscuridad del Mooney's, una noche en que estarían bajo el influjo del verano incipiente. Ella entró atropelladamente en el baño y se lo encontró de espaldas a la puerta, con el pene en la

mano, presumiblemente. Sin dejar que ella se sonrojara, el señor Polidori volvió la cabeza, le dijo que esperase, terminó tranquilamente lo que estaba haciendo, se lavó las manos, se las secó tirando de un rollo de papel gris y le preguntó:

—¿Odias esta canción tanto como yo?

Entonces se pusieron a bailar allí mismo, aunque casi no había sitio para moverse. El señor Polidori echó el pestillo, una palanquita que había que encajar en el gancho pegado a la puerta.

—Se me había olvidado —dijo él.

Y ella soltó una carcajada. ¿O no se rió? Quería pensar que sí, que estuvo a la altura de la situación y que soltó una carcajada a tono con la alegre superficialidad de aquel encuentro divertido y casual. Quería pensar que no se había apoyado torpemente en su hombro, que no había cerrado los ojos al levantar la cabeza y rodearle con los brazos. No hubo ningún momento de duda, porque solo fue un momento de ardiente traición, un perfecto salto de cabeza al oscuro lago de los amores y las pasiones. Es posible que ella dejara escapar un pequeño gemido, pero entonces la canción se acabó y él, tras darle un abrazo de oso y un besito en la frente, le dijo:

—Seguro que tienes a todos los chicos locos por ti, señorita Hempel.

Y entonces levantó el pestillo y abrió la puerta, esperando caballerosamente a que ella saliera.

Al regresar obedientemente a su taburete de la barra, ella se preguntaba en silencio: «¿Qué demonios me ha pasado ahí dentro?».

Con el tiempo, intentaría recuperar aquel momento, examinándolo por delante y por detrás, como si fuera una reluciente carta trucada, pero imposible de memorizar. Se hacía todo el repertorio de preguntas tediosas (¿no me consideraba lo bastante guapa?, ¿le pareció que olía mal?, ¿ya tendría novia?), pero era incapaz de dar con una respuesta adecuada. El motivo se le escapaba una y otra vez. Él la besaba y luego cambiaba de opinión. Nunca lograba pasar de ahí. Pero lo más fascinante era el hecho de que recordaba haber notado ese cambio, de haberlo notado en los músculos y en la piel. Y él no hizo nada tan evidente como dar un respingo ni soltarla, pero se produjo una transformación: la fuerza de la excitación se convertía en una presión vehemente, el calor de los labios se volvía testimonial, el abrazo se transformaba en un apretón cariñoso. Su cuerpo manifestó una elegante falta de interés a partir del momento exacto en que él pensó: «No, la verdad es que no me apetece».

Con el paso del tiempo, hubo muchas cosas que se acabaron sabiendo: el sexo del bebé de la señorita Duffy, una niña; y el nombre, Pina, como la coreógrafa aquella tan desapacible; y el nombre de la mujer que trabajaba en el laboratorio de Amit, que era Lilly; y la palabra aquella que andaba buscando: «yemení»; pero ella seguía volviendo al cuarto de baño del Mooney's, donde se produjo el misterio perfecto, aquella noche en que el señor Polidori la abrazó como un oso. Así que eso era lo que pasaba cuando alguien tomaba una decisión. Quería poder recordarlo, para saber

cómo era.

Satélite

La señorita Hempel se llevaba especialmente bien con las niñas de cierta edad. La buscaban para hablar con ella al salir de clase; la invitaban a su casa a cenar. Le mandaban felicitaciones de fin de año, normalmente en tarjetas hechas a mano: flores silvestres y estrellas rudimentarias. Cuando iban de excursión y pasaban la noche fuera, las niñas le pedían permiso para hacerle cosas en el pelo. Le enseñaban sus poemas, le pedían consejo sobre los chicos que les gustaban. En Navidad le regalaban flores de Pascua y una tarjeta-obsequio para hacerse un masaje de espalda. Les encantaban sus zapatos, su ropa; les gustaban todos sus cambios de peinado. Nunca se olvidaban de su cumpleaños. El último día de clase le daban un abrazo en silencio, pero luego le mandaban una nota, escrita en morado: «Siempre recordaré séptimo».

A su hermana Maggie todo eso le parecía insólito.

—Yo jamás haría algo así con una profesora —decía—. Tu colegio es uno de esos sitios *hippies*, ¿o qué? —Recelosa, le preguntó si daban clases de gimnasia—. ¿Dejas que te llamen Beatrice? —dijo, entornando los ojos con suspicacia—. ¿Poneís notas a los alumnos?

—¡Pues claro que sí! —dijo Beatrice, quitándole a su hermana la tarjeta de felicitación de una de sus admiradoras—. Hace dos años, hice repetir curso a un chico.

Maggie regresó al libro de pasatiempos que tenía abierto en la mesa de la cocina, al tiempo que mordisqueaba con saña la goma del lápiz que tenía en la mano. Rotando el tobillo, restregó sobre el suelo los largos dedos de los pies, con un gesto alarmantemente simiesco.

—Qué quieres que te diga —comentó—. Tus alumnos me parecen unos *frikis*.

«¡Quién fue a hablar!», pensó Beatrice, pero se mordió la lengua. Miró a su hermana —la bóveda brillante y granulosa de la frente, los apliques en forma de mariposa del top comprado en un centro comercial, los nudillos agrietados, largos dedos de aspecto disecado— y pensó, sin el menor regodeo: «Mis alumnas te harían picadillo».

¿Maggie tendría la más mínima sospecha de lo que era depilarse las cejas? ¿Sabría lo que era hacer un *ollie*? ¿Sería capaz de decir que su plato preferido era el *sashimi* de atún? ¿Elegiría a Elie Wiesel como autor para su siguiente trabajo de literatura?

Casi seguro que no. Su hermana no tenía el menor interés en convertirse en una ciudadana del mundo culta y polifacética. Se conformaba con hacer crucigramas, apuntarse a concursos de flauta y portarse bien con su madre. A veces, a Beatrice le

costaba creer que su hermana tuviera la misma edad que sus alumnas del colegio. Comparada con ellas, Maggie parecía un extraño caso de atrofia o raquitismo.

—Yo no quiero té —dijo.

Beatrice, que estaba echando agua hirviendo en una taza, no se lo había ofrecido.

—¿Dónde tienes la leche? —le preguntó a su hermana pequeña al abrir la nevera.

—Vas a tener que echarte soja —dijo Maggie—. Resulta que soy intolerante a la lactosa.

—Pero si la leche nos gusta a todos —dijo Beatrice—. Nos encantan los productos lácteos.

—¿Te acuerdas del verano pasado? ¿La historia aquella del *banana split*?

Beatrice asintió, aterrada ante el recuerdo de los sonidos procedentes del cuarto de baño, no tanto las explosiones atronadoras como los gemidos roncós, todo ello procedente del cuerpecillo de su hermana.

—Pues fue por eso —dijo Maggie.

Beatrice agitó un pequeño cartón de soja líquida. Al cabo de unos segundos seguía agitándolo, aunque no tenía la menor intención de abrirlo.

—¿Mamá se echa esto en el café?

—¡Mamá se bebió su primer vaso de leche a los siete años! —bramó Maggie.

¿Por eso parecía tan encantada con su problema alimentario? ¡Érase una vez un remoto lugar llamado China donde no había leche! La propia Maggie parecía recién sacada de uno de los míticos campos de arroz. Nada que ver con Beatrice ni con su hermano Calvin, dos asquerosos bichos peludos y cejijuntos que bebían leche sin parar. Maggie tenía el pelo negro y liso, los huesos finos y la piel tan increíblemente suave como su madre, como si hubiera logrado salir de la probeta gestante sin haber entrado en contacto con los turbios genes de su padre. Qué brebaje tan misterioso, llenó de guiones: alemán-escocés-galés-irlandés-francés. ¿Lo de francés iba en serio? ¿O era un deseo latente? Como ya nadie sabía casi nada ni se acordaba de nada, ¿qué tal si nos hacemos un poco los franceses y así podemos alabar la *chinoiserie* de Maggie? Su hermana no daba el pego del todo, pero poco le faltaba. Cómo se parece a su madre, decía la gente de Maggie, una semejanza de la que nunca habían acusado a Beatrice.

—Te lo ha contado mamá, ¿no? —dijo Maggie—. Te toca ayudarme con mi trabajo de admisión.

—¡Si hoy es mi cumpleaños! —protestó Beatrice.

Lo propio hubiera sido darse un atracón de fideos chinos, para aumentar su longevidad, y luego tomarse un buen trozo de tarta, por el simple placer de comer algo dulce. (¿Tarta con un vaso de leche de soja?). Lo suyo sería soplar unas velas, pedir un deseo y que su madre la mimara. Levantarse a media mañana en esa cama tan estrecha que tenía de pequeña, ojear sus viejos libros de Madeleine L'Engle, mirar la colección de discos que tenía guardada en el armario. ¿Por qué no te vienes a casa? Por teléfono, la invitación de su madre le había sonado bien. Vente a casa a pasar una

tarde tranquila.

—Yo no me sé los cumpleaños de mis profesores —dijo Maggie con aire pensativo—. Así que no les podría mandar una tarjeta ni aunque quisiera.

Al cabo de unos segundos, miró a Beatrice con una curiosidad renovada.

—¿Cómo saben tus alumnas el día de tu cumpleaños? —le preguntó.

—¡Porque hemos hablado del tema! —exclamó Beatrice, levantando las manos como un muro defensivo.

Desde el comienzo, Maggie había sido una sorpresa. Cuando se supo que la madre de Beatrice estaba embarazada, su padre ya estaba viviendo a varias manzanas de su familia, en un tráiler mugriento en el jardín de alguien. Una separación temporal, según él. Se llevó seis camisas, su máquina de afeitar inglesa y un libro de Derek Walcott de atormentados poemas sobre el divorcio. Beatrice y Calvin iban a verle los fines de semana y los tres jugaban a las cartas en la cama plegable mientras él les hacía sándwiches de queso con una tostadora. Hasta que su madre cambió de opinión y entonces su padre volvió a casa. A una velocidad milagrosa, terminó de construir la pérgola del jardín, que llevaba meses abandonada. Los dos cambiaron de psicólogo; pasaron un fin de semana al aire libre en un festival de música primitiva; él le regaló unos pendientes extravagantes en forma de araña de cristal y cuando ella le dijo que no le gustaban, no se ofendió. Firmaron algo parecido a una tregua silenciosa. Y entonces nació Maggie.

—¡Es el furgón de cola! —decía la gente.

No obstante, se trataba de una expresión bastante frívola para designar un error humano de semejantes proporciones. Por aquel entonces, Beatrice era incapaz de imaginar cómo pudo suceder aquello. Tuvieron que pasar muchos años para que se diera cuenta de que su hermana fue el fruto de un último adiós, de la última y triste demostración de un afecto que se había convertido en una costumbre, cosa que ella intuyó mientras practicaba la misma actividad, aunque tuvo la precaución de ponerse un diafragma.

El nacimiento de Maggie coincidió con la aparición de un disco de Sonic Youth llamado *Sister*, es decir, «Hermana». Beatrice fue al concierto correspondiente, un domingo, en un pase para todos los públicos, y se compró una camiseta en la que salía una chica punki medio desnuda, andando a cuatro patas y mirando a la cámara con una mueca seductora, o medio chiflada. Estaba desnuda de cintura para abajo, no de cintura para arriba. Y no se veía bien, pero parecía llevar unas palabras marcadas a cuchillo en la pierna, como si se las hubiera hecho ella misma con una hoja de afeitar o una navaja. En la contraportada del disco explicaban que era un fotograma de una película que se llamaba *Submit to Me*, «Sométete a mí», pero no daban la información más interesante, la referente a dónde se podía ver aquella peli.

Al volver a casa, se señaló el pecho y dijo, toda orgullosa:

—¡Mira!

Porque la palabra de la camiseta era «hermana», en honor a la recién nacida. Tal vez fuera una foto tomada de una pantalla de cine, porque estaba bastante borrosa, así que nadie se dio cuenta de que la chica que iba a gatas no llevaba bragas, y Beatrice pudo llevarla a todas partes, hasta al colegio. Se la puso tanto que acabó teniendo el tacto de un pijama de niño pequeño. Al final estaba tan vieja que tenía un agujero en la axila y otro en el cuello, hasta que un buen día se hizo trizas. Con el buen sentido que siempre la había caracterizado, Beatrice guardó la camiseta destrozada, pensando que acabaría siendo un objeto de valor, por su interés histórico o, quizá, como pasaba con los uniformes de la guerra civil, acabara sirviendo para hacer una buena colcha.

«No hay mayor placer que ver sobre el escenario el brillante fruto de tu labor». Esa era la última frase del ensayo de Maggie, aunque Beatrice se temía que la frase no servía para identificar de inmediato a su hermana como una joven con un don o un talento especial. Maggie quería asistir a un curso de verano que tenía unos requisitos de admisión especiales. Al acabar octavo no iba a ir a aquel colegio con un jardín inmenso en el que Beatrice y Calvin habían pasado toda su adolescencia. Maggie iba a ir a un instituto de verdad, con alambrada metálica y selección de aptitudes. Y a ella le había tocado la ardua tarea de colaborar en la educación pública de su hermana menor.

—A ver, retrocedamos un poco —dijo Beatrice—. ¿Qué quieres decir en este texto? ¿Qué quieres comunicar al lector?

—Que me gusta hacer escenografías —dijo Maggie.

—Vale, muy bien. ¿Y por qué te gusta?

—Me gusta hacer cosas con una taladradora. Y el señor Minkoff también me ha enseñado a montar un interruptor —dijo Maggie; tras una pausa, añadió—: El día del estreno, a los técnicos nos dejan ir a la fiesta al acabar la función.

—Genial. Esos datos tan concretos están muy bien. Apúntalos.

Beatrice notaba que tenía la cabeza despejada. Al hablar con su hermana se sentía una mujer competente, incluso profesional, pero no lograba olvidar la molesta sensación de estar actuando ante una diminuta cámara conectada con la sala de control de su hiperactiva madre.

—Ahora vamos a intentar enfocarlo desde un punto de vista más general, más abstracto —dijo—. ¿Cuáles son las grandes razones que te llevan a querer hacer algo como esto? ¿Qué te proporciona a ti una actividad como esta?

—¿Personalmente, dices? —le preguntó Maggie.

Como alumna, era mucho más sincera y tratable que como hermana.

—Me aporta autoestima —dijo—. ¿Te refieres a eso? Y también me gusta la cooperación en la solución de los problemas y la satisfacción de un trabajo bien hecho. Me hace feliz, muy feliz —añadió escuetamente, ojeando la última frase del

texto.

Beatrice respiró hondo.

—Son grandes razones, desde luego —dijo.

Al echar un vistazo a la página del cuaderno en que su hermana estaba escribiendo sus ideas, una tras otra, se dio cuenta de que los tópicos tal vez no fueran invencibles, pero estaban atacando con fuerza. Quizá fuese necesario adoptar una actitud más drástica.

—Ahora vamos a intentar ahondar en el asunto. Busquemos las zonas oscuras, porque tiene que haber algún conflicto interesante.

—¿Qué tipo de conflicto? —le preguntó Maggie—. ¿Te refieres a las peleas entre bastidores?

—Bueno, ese es un ejemplo de conflicto, pero yo me refería más bien a los de tipo interno.

Beatrice reflexionó unos instantes, pero acabó levantando una mano invisible para tapar la cámara diminuta de su madre.

—Cuando digo interno, me refiero a la frustración que puedes sentir como experta en escenografías. Al conflicto interno que te puede suponer trabajar tanto sin que se te reconozca, al hecho de no recibir todo el aprecio que te mereces por tener que trabajar siempre entre bambalinas.

Maggie había dejado el lápiz, pero seguía mirando la página a medio escribir, como si hubiera descubierto algún rasgo extraño en su letra.

—¿Quién es la que se pasa horas pintando, clavando y serrando? —dijo Beatrice, alzando un poco la voz—. ¡Pues tú! ¿Y te dejan salir a saludar? ¿Te aplaude alguien alguna vez?

—Al salir a escena, los actores nos señalan con el brazo y nosotros asomamos la cabeza y saludamos.

Las cabezas despeinadas saludando; los saludos tímidos, infantiles, algo histéricos. A Beatrice le parecía estar viéndolo.

—Qué bonito —dijo—. En serio, esos instantes de reconocimiento serán maravillosos.

Y lo decía convencida, pero ¿cómo no mencionar la injusticia, la indignidad de ser siempre la carpintera del teatro y nunca la estrella, la discreta hacedora y salvadora que va siempre de puntillas, condenada de por vida a posibilitar los deslumbrantes méritos de otras personas? A decir verdad, no era un trabajo muy distinto del suyo. Algunos días debían de parecerse bastante. ¡Si alguien sabía de qué iba el tema, era ella!

—Solo te digo que me parece difícil —le explicó Beatrice.

A modo de respuesta, Maggie dio unos golpecitos en la mesa con el lápiz. Parecía que algo había empezado a agitarse en su interior, que se le había encendido la esperada lucecilla. ¿El lento bullir de la ambivalencia? ¿El aflorar de algún problema silenciado? Al cabo de unos segundos, Maggie dejó el lápiz quieto. Sin apartar los

ojos de su cuaderno, dijo:

—¿Pretendes que escriba que no me gusta dedicarme a la escenografía?

Sorprendida, Beatrice se dio cuenta de que solo había conseguido avivar el resentimiento de Maggie hacia ella.

—Por Dios, Maggie, no me refiero a eso. Ni tampoco quiero obligarte a decir nada que tú no quieras decir. Y lo último que pretendo es convertir una profesión que te apasiona en algo horrible. Solo quiero plantearte las muchas posibilidades que hay de que este trabajo resulte más complicado de lo que parece.

—No todo en la vida es complicado.

—¡Por supuesto que sí! ¡Complicadísimo! —dijo Beatrice—. Al menos en lo referente a la escritura, a la escritura creativa e interesante. Tú eres perfectamente capaz de escribir un texto interesante, que es lo que te piden.

Pensó con desesperación en el último trabajo de literatura de Emily Radinsky, una pequeña obra maestra, un relato de dieciséis páginas en primera persona desde el punto de vista de uno de los personajes secundarios de *La noche*, de Elie Wiesel. Era un texto tan bien escrito, tan profundo en su comprensión de la familia y el dolor ante la muerte, tan genial en su asombrosa sencillez, que a Beatrice se le saltaron las lágrimas al leerlo. Y le bastaba recordarlo para que se le hiciera un nudo en la garganta al mirar a su hermana: Maggie la ingenua, Maggie la resentida, Maggie la fabricante de interruptores a la que no iba a llamar nadie, porque la buena gente de los comités de educación iba a aporrear la puerta de Emily, no la suya.

—Vale —dijo Beatrice, en tono animoso—. Dejemos el tema de la complicación. Vamos a intentar enfocararlo de otra manera.

Con un suave crujido de papel, Maggie pasó una página del cuaderno, quedándose ante la siguiente, que estaba en blanco.

Cuando era muy pequeña, Maggie lo mordía todo. Esta costumbre, que hacía sufrir a su madre y espoleaba el interés de su padre en el curioso desarrollo de los niños, a Beatrice le producía una alegría inconmensurable, pues lo consideraba una prueba de la naturaleza puñetera de la niña y un augurio de las transgresiones que cabía esperar de ella en el futuro. Le gustaba pensar que el temprano contacto de Maggie con la furibunda música que oía ella —de excelente calidad, eso sí— pudiera haber tenido algo que ver. Y no solo en cuanto a los mordiscos propiamente dichos, sino también en cuanto a la ausencia absoluta de remordimientos.

—*Muedo* a Eli —anunciaba Maggie al volver de la guardería—. *Muedo* a Josh. *Muedo* a Georgie. *Muedo* a Priya.

A veces intentaba morder a Beatrice, levantando la barbilla en el aire con una mirada enajenada. El entusiasmo de su hermana mayor por la asilvestrada Maggie no había disminuido en absoluto, porque bastaba con saber esquivar los ataques, que eran veloces y casi siempre impredecibles.

—*Muedo* a mamá —decía Maggie—. *Muedo* a Calvin.

Mirándola desde el sofá, su padre comentaba:

—¿Y qué querrá decirnos con eso? Ojalá lo supiéramos.

Podía estar diciendo cualquier cosa. Me duelen los dientes, por ejemplo. Esta camiseta me pica. No quiero esperar a que me toque el turno del tobogán. Estoy harta del parque, con los mismos árboles y las mismas mesas de madera de siempre. Estoy harta del sol, de la sombra y de comer pan de pita sacado de una bolsa de plástico. No soporto mi coche, mi jardín, mi cuna, mi casa, ni a toda esta gente simpática pero tontorrón que vive a mi alrededor. Ni el extraño tufillo de la moqueta. Ni el cuadro oscuro colgado encima de la chimenea. Ni la sensación de que no se puede respirar y de que todo el mundo va a desaparecer de repente. Me da miedo que se vayan todos: el niño que mira a la tortuga metida en la caja de cristal, la niña que baja por las escaleras cantando a voces, el hombre que está en la puerta con un dedo metido en un libro y la mujer que hace saltar chispas en los enormes *woks* que se tambalean sobre el fuego. Son unas personas gigantescas, omnipresentes y que hacen mucho ruido. Entonces, ¿por qué me parece que pueden desaparecer de repente?

Maggie clavó los dientes en el brazo de su padre, que sabía a sal. Beatrice soltó una carcajada. Calvin hizo una mueca. Mamá dijo algo en tono de reprobación, pero iba dirigido a Beatrice, no a la niña mordedora.

—¿Por qué has mordido a papá? —preguntó su padre, mirando a los ojos a su hija pequeña—. ¿Puedes explicárselo a papá con tus propias palabras?

Apartándose de él, Maggie se tambaleó hacia el otro extremo de la habitación con absoluta indiferencia, bajo la mirada asombrada y envidiosa de Beatrice. Su hermana mayor llevaba años urdiendo pequeñas rebeliones como aquella, pero aún estaba lejos de la actitud picaresca de Maggie. Tenía claro que ella nunca sería una auténtica chica punki. Le preocupaba demasiado que los demás pudieran enfadarse con ella. Llevaba el pelo del azul de una sirena de policía y las orejas relucientes de chatarra y calzaba unas botazas con las que se podría dejar a alguien inconsciente a patadas, pero era incapaz de escupir un chicle en una acera. «A nadie le gusta una niña sucia», le decía una voz interna. «¡Vete a la mierda!», contestaba ella a la voz, que le respondía a su vez con una carcajada. Y además, para colmo de males, su madre se había enfadado con ella. Eso sí que le parecía insufrible. Su madre, esa mujer sensata de pelo negro y piel suave, diciendo algo semejante. ¿Qué era lo que había dicho? «Tu actitud no hace más que empeorar la situación». O quizá fuera: «Eso no aporta nada bueno». No eran palabras crueles ni cortantes, pero bastaban para dejarte hecha polvo, sobre todo cuando las decía la misma persona que te iba a preparar la cena, como llevaba haciendo ni se sabe cuántos años, con la piel sedosa de los brazos cubierta de las cicatrices que le había hecho el aceite hirviendo, unas manchas marrones que en cualquier otra persona parecerían pecas.

Pero si le dieran a elegir, Beatrice prefería ese tono de reprobación, que al menos era familiar, conciso y maternal, a la extraña mirada con la que su madre la recibía

últimamente al volver del colegio. Casi como si ya no fuese hija suya. Con esa mueca de asombro tan suya, miraba a Beatrice con gesto esperanzado, como deseando que no fuese ella, sino la hija dócil de algún vecino, o una canguro que hubiera venido a echarle una mano. Como si la aparición de Beatrice significara que su madre ya podía agarrar el bolso, señalar hacia la lista de la compra pegada en la puerta de la nevera, pintarse los labios y largarse por la puerta. En el último segundo volvería la cara y diría: «No te preocupes, que la niña está dormida». Beatrice odiaba esa cara, porque le daba mal rollo. Y, peor aún, al verla le entraban ganas de hacer una tontería enorme, una ridiculez que era lo menos punki del mundo. Le daban ganas de cerrar los ojos y gritar: «¡Mamá, no te vayas!».

Su madre estaba afuera, a pesar del frío. Le pasaba algo, porque parecía estar pidiendo ayuda, diciendo los nombres de sus hijas a gritos. Asomada a la ventana, Beatrice la vio de pie sobre el césped congelado, examinando la pérgola del jardín. ¿Qué tenía en la mano? ¿Era posible que fuera un hacha? Al fondo se veía la caseta de las herramientas, con la puerta abierta. Entonces, Maggie salió volando por la puerta de la cocina, con la parka roja ahuecada por el viento. Desde dentro, Beatrice vio a su madre dando vueltas en torno a la estructura de madera; llevaba los zapatos que usaba para arreglar el jardín, unos zuecos de color chillón que contrastaban con el verde grisáceo de la hierba; y tenía la diminuta cabeza cubierta por el sombrero de ganchillo en forma de campana que le había hecho Maggie en un arrebato artesanal. Beatrice tenía uno igual, pero no sabía dónde lo había metido. Andando despacio, reacia a intervenir en el asunto, salió tras su hermana al jardín.

Con el hacha en una mano, su madre usaba la que le quedaba libre para agarrar los tejos del jardín y sacudirlos con escasa compasión. Eran unos matojos que bordeaban el cenador, los fieles centinelas, algo desmadejados, que llevaban años plantados en ese lugar. Al parecer, mamá había decidido relevarlos de sus obligaciones. Cuando Beatrice, temblando bajo su chaquetilla de algodón, le sugirió que tal vez la primavera fuese un mejor momento para trasplantarlos, su madre le respondió:

—¡Vete a saber si para entonces estarás tú! ¡Quién sabe cuándo vas a volver por aquí!

Entonces Beatrice cayó en la cuenta, con tristeza, de que su visita había motivado la confección de una lista concisa, aún no pública en su totalidad, que incluía actividades como la revisión de textos y la retirada de árboles.

—¿No tienes nada más de abrigo que ponerte? —le dijo su madre, mirándola de reojo.

Pero la única respuesta que se le ocurrió a ella fue:

—Esos arbustos siempre me han gustado. Lo único que hace falta es podarlos.

—¡Son espantosos! —dijo Maggie, clavando la punta de la playera entre las

ramas para apostillar su comentario—. Vamos a plantar glicinias, porque cuando las hojas tapen todo el cenador, va a quedar muy romántico.

—Es una decisión comercial. Estos arbustos tienen muchas arañas y le dan un tono demasiado oscuro al jardín —dijo mamá, pasando el dedo índice por la cuchilla del hacha para comprobar si estaba afilada—. Tal y como están ahora, nadie quiere sentarse aquí a desayunar.

Beatrice no entendía nada de lo que decía su madre. Aparte de estar en minoría, le faltaba información, pero no pensaba rendirse. Entretanto, Maggie daba saltitos sobre el duro suelo, moviendo los brazos por los aires como si estuviera cubriendo el cenador de tupidas ramas verdes.

—Si nos queda bonito, a lo mejor podremos cobrar más y todo. —Y siguió bailoteando, mientras se tocaba alegremente las puntas de los dedos, contando el dinero que iba a ganar. Mirando a Beatrice de refilón, le dijo—: Puede que hasta te cobremos a ti por venir.

—No digas tonterías —la reprendió su madre.

No estaba claro si se refería a la subida de precios o a la nueva política económica que afectaba a los miembros de la familia. A modo de consuelo, le anunció a Beatrice:

—Voy a buscarte unos buenos guantes para que te pongas a trabajar.

Dicho esto, echó a andar en dirección a la caseta de las herramientas.

—¿Qué es eso de cobrarme a mí? —preguntó Beatrice, mirando a su hermana.

—¡Es una broma! —chilló Maggie.

Bailoteando aún más deprisa, repasó los planes, llena de entusiasmo. ¡Jaboncillos como caracolas! ¡Botecitos de champú! Y toallas de repuesto, dobladas a los pies de la cama. Y bombones de colores encima de las almohadas. ¿A que sonaba acogedor? Feliz, se agarró a una columna de la pérgola, columpiándose de un lado a otro. A los clientes que volvieran por segunda vez, les harían descuento. Y durante la semana de las graduaciones en la universidad, cobrarían un plus, pero había que tener en cuenta que si el cliente venía a través de una agencia, había que darle a la agencia un diez por ciento.

Beatrice procuró no distraerse, pese a la abundancia de datos.

—¿Me estás hablando de montar un hostel? —exclamó.

—¡Una casa de huéspedes! —la corrigió Maggie—. Para abrir un hostel hace falta un permiso especial, que es carísimo.

—¿A quiénes? —dijo Beatrice—. ¿A quiénes os hace falta ese permiso?

—A mamá y a mí. Somos las dos socias del negocio. Vamos a partes iguales.

—Santo Dios —murmuró Beatrice.

Al preguntarse cuánto tiempo llevarían conchabadas su madre y su hermana, llegó a la conclusión que llevarían toda la vida. Un día volvería de visita a casa, como hoy, y se las encontraría haciendo taichi con pijamas idénticos. Un chiste malo, había que admitirlo, pero no sabía qué le resultaba más difícil de aceptar, si la alegre

confabulación maternofilial o la idea de meter a gente desconocida en casa, que se pasearía por todas partes y se despatarraría con los pies encima de la mesa. Por un momento, la posibilidad de que su familia se dedicara a actividades comerciales le causó un pudor instintivo, una especie de espanto Victoriano. Temía que, además, esa hospitalidad tan propia de su cultura les hiciera caer aún más bajo. Quizá deberían meterse a costureras, pensó con tristeza, imaginando los largos dedos reseco de su hermana revoloteando en torno a un dobladillo. Nada más pensarlo, Beatrice se escandalizó ante lo siniestro de la idea. ¿Cuándo se había convertido en una esnob medio histérica? Si hubo un tiempo en que era anarquista, o al menos una especie de socialista tipo Billy Bragg... Había construido una historia romántica basada en lo que ella llamaba la «gente corriente», expertos en llevar «una vida normal». Camiones de reparto, cerveza barata. ¡Una maravilla! Al llegar el sábado por la tarde, cuando se iba a un concierto de música *punk*, mentía sobre el colegio al que iba, porque no se atrevía a contar que había un patio con césped, ni que tenía una asignatura en la que estudiaban cine francés. Si le preguntaban dónde estudiaba, casi siempre daba el nombre del instituto con las puertas llenas de grafitis donde Maggie, ella sí, entraría. De pequeña, hubo un tiempo en que a Beatrice le hubiera gustado estudiar allí.

—¡Mira lo que he encontrado! —gritó su madre, caminando hacia ellas con una sierra en la mano.

De pronto Beatrice se dio cuenta de lo guapa que estaba, con las mejillas sonrosadas por el frío del jardín, y le dio un arrebató sentimental.

—¿Pensáis usar mi cuarto? —preguntó de repente.

Al oírse a sí misma se abochornó, porque eso no era ni mucho menos lo que hubiera querido decir y menos con esa vocecilla de llorica.

—Me refiero a que si vais a usar mi cuarto en ese negocio que vais a montar —aclaró.

—Beatrice, cariño —dijo su madre, frunciendo el ceño—. Esa habitación es tuya para siempre y puedes usarla todo lo que quieras. Lo sabes perfectamente —añadió, dándole unos guantes sucios y cuarteados.

—Pero ¿van a dormir desconocidos en mi cuarto? —insistió, con la misma vocecilla patética de antes—. ¿No te parece un poco arriesgado, con la cantidad de cosas valiosas que tengo ahí?

Su madre no dejó pasar la oportunidad. La pila de revistas viejas era un peligro, le dijo. En caso de incendio, imagínate. Todos esos chismes y fotos que tenía en la estantería no hacían más que llenarse de polvo. Y la ropa que tenía guardada en los cajones, ¿qué? Desde luego, estaba claro que en la vida se iba a poner nada de eso. Por cierto, le habían dado unas cajas de cartón en la tienda de licores y esperaba que ese fin de semana pudieran ir al contenedor de ropa usada que había delante de la iglesia.

Beatrice visualizó la lista de su madre: cada asunto con su correspondiente

cuadrado en blanco, esperando a que ella le pusiera la cruz de «solucionado».

—¡Mamá, si esas cosas podrían estar en un museo de la música! —exclamó.

Los fanzines, los folletos, el sobre de ketchup que le dio el batería de los Volcano Suns. Su primera chaqueta de cuero. La primera falda escocesa que llevó al colegio, con esas tablitas tan coquetas. Su primer trozo de terciopelo negro, con los imperdibles clavados todavía.

—¿De verdad pretendes que me deshaga de mi camiseta de *Sister*?

—Tienes un piso —dijo Maggie—. Llévatelo todo.

—¡Mi piso es diminuto! —chilló Beatrice—. ¡Y estamos hablando de cosas fundamentales en la historia cultural de nuestro país!

Su madre soltó una carcajada.

—¿Qué quieres que haga, sellar tu cuarto herméticamente? ¿Convertirlo en un santuario dedicado a tu juventud?

—Pues sí.

Eso era exactamente lo que quería Beatrice. Un santuario. Un sitio oscuro, mágico, silencioso, aislado del mundo. Y a poder ser, con la temperatura controlada, para que el vinilo no se curvara. No lo había llegado a formular como deseo, pero era justo eso lo que le rondaba por la cabeza al volver a la casa donde se crió. Una vez más, como siempre, su madre había logrado leerle el pensamiento. Tan admirable era su capacidad de adivinar los íntimos deseos de su hija como desesperante su negativa a concederlos. Por ejemplo, aquella mañana de verano, hacía tanto tiempo, cuando Beatrice salió por la puerta de atrás encantada consigo misma, pensando que ese día podía pasarle cualquier cosa, vestida con una camiseta rota, una minifalda de leopardo, unas medias de malla agujereadas y tacones rojos (un atuendo ingeniosamente concebido para disfrazar la cutrez de ironía; «¡Tan *Sid* y *Nancy*!», había pensado al vestirse). ¿Cómo pudo ser que su madre, adivinando mágicamente la felicidad de su hija, fuera en coche desde la oficina de correos hasta el mercado, precisamente por el mismo camino que había elegido Beatrice para ir tambaleándose sobre sus tacones hasta la parada de autobús? Al oír unos bocinazos a su espalda (en señal de apreciación, pensó ella), se volvió y cuál fue su disgusto al ver a su telepática madre con el rostro arbolado y las manos agarradas al volante. Aquel episodio —la frustración, la sorpresa, la humillación— se consideraba una pequeña joya de la historia familiar. Siempre que lo recordaban, su madre aprovechaba la ocasión para poner los ojos en blanco mientras los demás se reían al pensar en Bea saliendo de casa vestida de prostituta demente.

Por eso, mientras su madre le preguntaba si quería convertir su cuarto en un santuario y ella respondía que sí con un suspiro, sabía que estaban creando otra anécdota para el archivo familiar. Qué risa, os acordáis, cuando Beatrice quería convertir su cuarto en un museo.

—¡Ni que te hubieras muerto! —dijo Maggie en broma, dando otra patada a los tejos.

Pero su padre sí que se había muerto. Era imposible volver a casa y no pensarlo a todas horas. Al final, había resultado que Maggie, la niña de los mordiscos, tenía razón: los habitantes de aquella casa destartada, todos ellos, acabarían desapareciendo un buen día. La primera fue Beatrice, que se marchó a la universidad a regañadientes. Luego Calvin, unos días después, con su mochila abarrotada y su pasaporte en blanco. El siguiente fue su padre, al caer de rodillas en una pista de tenis. Y su madre seguía presente físicamente, por supuesto, y seguía sacudiendo las sartenes sobre el fuego, pero podría decirse que fue la primera en irse. Beatrice no sabía cuál fue el momento exacto en que desapareció su madre, pero pudo ser cuando su padre se mudó al tráiler. Entonces se produjo un cambio invisible y su madre debió de llegar a un acuerdo con la soledad, o algo parecido.

—Tenéis que entender que los chinos no se divorcian —les dijo una noche, cuando Beatrice y Calvin volvían de pasarse la tarde comiendo sándwiches de queso y jugando al tute.

Pero la voz de su madre tenía un extraño tono exultante, como de desafío, porque iba a hacer lo que nadie en su familia ni ninguna de sus amigas había hecho nunca. Iba a volver a estudiar, algo útil, eso sí. ¿Contabilidad? ¿Un curso de administración para llevar algún departamento universitario? Iría sola a todas las fiestas. Iba a ser tan frugal como si estuvieran en guerra: zonas de la casa sin calefacción y los niños vestidos de segunda mano. Era factible. Era lo que había que hacer. Lo acabaría consiguiendo. Ya se le ocurriría algo, pero iba a salir adelante. La idea era aterradora, pero también estimulante. Como tirarse a una autopista desconocida desde un coche en marcha lleno de gente hablando a gritos, con bolsas de ganchitos de queso tiradas por los asientos y la música de la radio mal sintonizada. El coche desaparecería con un chirriar de ruedas y ella se quedaría sola en el arcén, andando despacio, poniendo un pie delante del otro, con el zumbido del viento haciéndole compañía.

¡Se iban a enterar todos de lo que era capaz!

Y se habrían enterado, si no fuera por ese cigoto tan terco. ¿Quién iba a imaginarse que a esas edades pudiera germinar algo? Ella siempre había dado dinero a las organizaciones de Planificación Familiar. Con eso no tenía ningún reparo, ni mucho menos. Entonces, ¿por qué dejó que la naturaleza siguiera su indisciplinado curso? Ese era el misterio que quedaría sin resolver, en lo más profundo de su interior. O la respuesta podía ser más simple: por una vez en su vida, quizá se hubiera dejado llevar por los sentimientos, algo tan extraño que solía dejarla desconcertada, como cuando llevó las deportivas de Calvin a un sitio para que les hicieran un molde de bronce.

Sin haber nacido todavía, la niña Maggie consiguió que todos volvieran a casa. La máquina de afeitar recuperó su sitio en el cuarto de baño; el libro de poesía volvió a su lugar en la estantería, pero, significativamente, la vida no volvió a ser como antes. Pese a que su padre había vuelto, todos tenían la impresión de que era una visita, que

estaba pasando una larga estancia con ellos, pero de mala gana. Su estancia en el tráiler le había hecho madurar, de modo que ahora, como un pariente despistado o abochornado, procuraba incordiar lo menos posible a esa madre tan distinta. Beatrice llegó a plantearse la posibilidad de que ella y Calvin se tomaran unos vasitos de jerez con la aún diminuta Maggie para, al estilo nostálgico de los emigrantes rusos, intentar contarle cómo era su vida de antes. Las libélulas, los tilos, los paseos hasta el lago al anochecer. ¡Ah, qué broncas tan maravillosas! Su apuesto padre gritando y su monísima madre apartándose el pelo largo entre lágrimas. (Alguien había olvidado meter los trajes de baño en la maleta). Luego, todos se subían en el coche que los llevaba a casa en silencio, con la estela blanca de la luna a sus espaldas. En casa, los mayores subían a los pequeños por las escaleras: la niña en los brazos lanosos del padre, el niño en el regazo acolchado de la madre. Desde la cama, bajo las sábanas frescas, escuchaban más gritos, que les llegaban del piso de abajo. O tal vez (era igual de posible) oyeran el crujido de las páginas del periódico y una voz leyendo algo en tono campanudo, con una carcajada elíptica al final.

—¿De verdad que no te acuerdas? —le preguntaría Beatrice a su hermano, extrañada—. ¿No te acuerdas de aquel día que estábamos viendo esa película de vampiros tan tonta, ya sabes, la de George Hamilton? ¿Que era en el canal 56 y que, cuando la estábamos viendo, entró papá con esa carcajada que hacía imitando a Drácula y llevaba puestos tus colmillos de plástico y tenía un zumo de arándanos en la mano? Al final acabó persiguiendo a mamá por toda la casa...

Increíble, diría Maggie, escuchando sus historias atónita. ¿Seguro que me estáis hablando de mi padre? ¿Y de mi madre? Ella había crecido bajo un régimen totalmente distinto.

Al volver del jardín, las tres se miraron los arañazos que se habían hecho, los pequeños y los grandes. Todas olían a pino, un olor agradable.

—Misión cumplida —dijo Beatrice en tono airado, pensando que iba a tener que llevar la chaqueta al tinte.

Aturdidas, ella y Maggie dejaron correr el agua caliente de la cocina y pusieron las manos debajo del chorro, intentando quitarse el frío de los dedos, hasta que su madre se acercó y cerró el grifo. Seguía moviéndose por la habitación con su danza doméstica de siempre, estirándose aquí y agachándose allá, abriendo esto y cerrando aquello. Fue entonces cuando Beatrice pensó con alivio que el fin de semana parecía estar empezando por fin, porque ahí estaba su madre, la de siempre, preparándoles algo de comer.

Maggie se instaló en la mesa y abrió un cuaderno de pasatiempos. Casi al instante, su boca halló el consuelo de la goma mordida de la punta del lápiz. Beatrice observó cómo una tranquilidad rotunda y plúmbea suavizaba el rostro de su hermana.

—¡Oye! —la llamó Beatrice—. ¡Maggie! Tengo una idea. ¿Por qué no le lees a

mamá el texto que has escrito?

—No le gusta que le lean en voz alta —dijo su hermana pausadamente—. Le gusta leer las cosas ella sola.

—Es verdad —dijo su madre, sin volverse de la encimera.

Desde su extremo de la mesa, Beatrice procuró rehacerse.

—No se trata de ella, sino de ti —le dijo a Maggie—. ¿Nadie te ha enseñado las ventajas de leer un trabajo en voz alta? Yo obligo a todos mis estudiantes a hacerlo. Así descubres tus errores y escuchas el ritmo de cada frase. Es una parte fundamental del proceso de revisión.

—Bueno, vale.

Con un gesto aburrido, Maggie se agachó y arrastró la mochila por el suelo. Mientras tanto, Beatrice alisaba el mantel, intentando esbozar un gesto desinteresado.

—Ponte de pie —instruyó a su hermana—. Así aprendes a usar el diafragma.

—¿Y de qué me sirve? —preguntó Maggie.

Pero obedeció a su hermana. En pie, con la columna recta, hizo lo que le pedía. El acto de ponerse a leer pareció transformarla sutilmente. Ni le salía disparado el hueso de una cadera ni hacía rarezas con los dedos de los pies. Tenía una voz natural, agradable, y apenas se le atascaba alguna palabra. Mientras leía, la serenidad la envolvió como un velo. De pronto parecía joven y hasta mona, como cualquier niña de su edad, como las niñas del colegio de Beatrice. Y podría haber sido una de ellas: rebosando creatividad, a punto de hacer algo importante. Faltaba por ver qué podía ser, pero rebosaba abundancia, plenitud. Al oírla leer, se volvía disparatado pensar que tuviera que pasarse la vida metida tras un escenario, o soplando una flauta, o doblando toallas con puntilloso entusiasmo. Conforme iba leyendo las palabras de su cuaderno, su hermana, atenta, recuperó la esperanza.

Maggie alzó la vista y sonrió al leer la última frase, que quedó suspendida en el aire con elegancia. Desde la otra punta de la mesa, Beatrice la miró con una enorme sonrisa. Su madre, que ya había dejado de picar verduras, contemplaba a sus hijas en silencio.

—Ese texto es sobre un musical —dijo.

—Sí —dijo Maggie, cerrando el cuaderno—. Es sobre *Cats*.

—Pero la obra en la que tú trabajaste era *El círculo de tiza caucasiano*.

—Ya lo sé —dijo Maggie—. Pero *Cats* me venía mejor.

—¿Has visto los paralelismos que hace entre los jóvenes que trabajan detrás del telón y los personajes de la obra? —preguntó Beatrice—. ¡Cada uno con sus rarezas y sus manías tronchantes!

Ignorándola, su madre miró fijamente a Maggie.

—Es que tú no has visto *Cats*.

—Pero me lo contó Beatrice. Y me cantó muchas partes de las canciones —dijo Maggie, volviendo a abrir el cuaderno con aire dubitativo—. ¿No te ha gustado?

—No estoy diciendo que no me haya gustado.

—Tienes que admitir que esta versión es mucho más potente que la otra —dijo Beatrice.

—Tú sí que trabajaste en *Cats* —le dijo su madre, volviéndose hacia ella.

—¡Se llama no ficción creativa! —exclamó Beatrice, mirando en silencio a su hermana, que estaba releendo las páginas en silencio con un mohín indeciso—. Este texto es mejor, créeme.

—Me da igual que sea mejor o no —proclamó su madre, volviendo a su cuchillo carnicero, su tabla de madera y sus pimientos—. Tenemos que pensar mejor todo este asunto.

Este último comentario iba dirigido a Maggie, pero luego su madre miró a Beatrice, que estaba de pie a su lado.

—¿Así es como ayudas a los alumnos de tu colegio? —le preguntó.

La pregunta iba en serio, por lo que le sentó mucho peor que si la hubiera hecho con mala intención. A Beatrice casi le entraron ganas de ponerse bajo el veloz cuchillo de su madre, que se movía sobre la tabla a la velocidad del rayo. Lo único que quería era dar a Maggie un brillo especial, algo que la distinguiera de los demás. Beatrice sabía, mejor que su madre y que su hermana, cómo eran esas pruebas, pero las dos parecían decididas a abordar el asunto con toda su candidez, impertérritas ante el peligro. Cuando estaban las tres en el jardín, pasando frío, mientras Maggie calculaba los beneficios del negocio, su madre había comentado que en el instituto había un Club de Jóvenes Empresarios (¿Algo así como un Club de Jóvenes Republicanos?, le preguntó Beatrice), y entonces Maggie había explicado que también daban clases de chino mandarín. Mucho mejor que vuestro antiguo colegio tan elegantón, ¿a que sí? Beatrice se dio cuenta, con desazón, de que estaban sacando fuerzas de flaqueza, cosa que ella, acostumbrada a lo bueno, probablemente no sabría hacer.

—Lo siento —murmuró.

Tras robar una tira de pimiento verde de la tabla de su madre, deslizó los dedos por el borde de la mesa de la cocina, recuperando la tarjeta de cumpleaños de una de sus alumnas, que se había quedado enterrada bajo un periódico. La chica había dibujado un palitroque con brazos y una cabeza-burbuja de cuya diminuta boca roja salía un globo amarillo en el que se leía: «¡Hoy es un día genial!», y al abrir la tarjeta volvía a salir el globo amarillo, explicando: «¡Es genial porque naciste TÚ! (¡sonriendo!)». Todos los signos de exclamación tenían corazones en vez de puntos. Mientras miraba la tarjeta, con los dedos apoyados en la superficie, Beatrice intentó resistirse al impulso de abrirla, pero al final acabó cediendo.

Aquella noche, se atrincheró en su antigua habitación, donde olisqueó la colcha con suspicacia, preguntándose quién acabaría durmiendo en aquella cama en los próximos meses. De pronto, en la puerta apareció su hermana Maggie con un tablero de güija a

modo de ofrenda, cosa comprensible teniendo en cuenta que estaba a punto de cumplir once años.

—En las instrucciones pone que hay que hacerlo con dos personas —dijo, sentándose a los pies de la cama—. Es mejor que sean un caballero y una dama, según parece, pero supongo que funcionará con dos damas.

Beatrice soltó el libro que estaba leyendo y le preguntó:

—¿En serio que nunca has jugado a esto?

—Cuando estaba en quinto, Evie Rosenthal vio al demonio —dijo Maggie.

Su hermana llevaba una sudadera gastada y unos pantaloncillos térmicos. No parecía especialmente preparada para recibir a los enviados del más allá. ¿Y qué había sido de aquellos pijamas tan monos que llevaban las chicas antes?, se preguntó Beatrice, recordando con tristeza sus camisoncitos con flores, puntillas y volantes. Incluso cuando se volvió punki, llevaba ropa de casa bonita, que le mandaban sus abuelas, pero Maggie no tenía abuelos, porque todos habían muerto, en rápida sucesión, antes de que ella cumpliera los cuatro años.

—¿Con quién quieres contactar? —le preguntó Beatrice.

Al decirlo vio a su abuelo Po-Po, a su abuela Nana y a su abuela Sara, esperando amablemente a que los convocaran sus nietas desde el otro mundo, con los brazuelos cargados de cajas rojas de Macy's llenas de camisones envueltos en papel de seda. Sería bonito hablar con ellos, parecían impacientes por decir algo cariñoso.

—Ah. No sabía que tenía que elegir a alguien concreto. Pensaba hacer un par de preguntas generales sobre cosas que me interesan.

Cuando Maggie desplegó el tablero y Beatrice vio la mancha de agua de la esquina, se dio cuenta de que era el suyo. A su padre siempre se le olvidaba bajar al sótano a vaciar el deshumidificador.

—¿Crees que podemos preguntar al universo en general? —le dijo su hermana—. A ver si se va a picar alguien en el más allá...

—Pues claro. ¿Por qué no? Preguntemos al universo, en plan multiusos, y ya está —dijo Beatrice, aunque sonaba al equivalente sobrenatural de una de esas iglesias unitarias modernas, con sofás en vez de bancos de madera y sin un solo crucifijo a la vista—. ¿Qué vamos a preguntar?

—Unas cuantas cosas relacionadas con el mundo de los negocios —dijo Maggie—. Y tú deberías pensarte alguna pregunta también. Así nos turnamos.

—Es que yo no sé ni por dónde empezar. Y nos van a dar las tantas.

—Da igual. Mañana es domingo.

—Estoy cansada, Maggie.

—¡Ya lo tengo! —dijo, dando un saltito en su lado de la cama—. ¡Puedes preguntar quién va a ser tu siguiente novio!

Beatrice sonrió ante el comentario cariñoso de su hermana, que parecía verla como una mujer guapísima, con una vida apasionante y una larga estela de maridos y novios con el corazón roto, en vez de una profesora de séptimo bastante insensata,

cuya capacidad para la enseñanza era dudosa y que estaba sola tras un noviazgo breve y afortunado. Hoy era su cumpleaños: veintinueve años.

¡Bum! De pronto, sin previo aviso, la invadió un torrente de compasión, hasta que logró salir a la superficie, empapada y medio ciega.

—¿Apagamos las luces? —le preguntó Maggie.

Para ver, encendieron una vela. Al descubrir que tenía forma de caracola, Beatrice pensó que vendría de regalo con los jaboncillos de la casa de huéspedes. El brillo opaco del tablero parecía la señal de que debían comenzar la conversación. Sin poder evitarlo, Beatrice notó un escalofrío de emoción, como en los viejos tiempos. De joven fue una gran aficionada a la güija. Bajaba al sótano con sus amigas del colegio, cuando tenían la edad de Maggie, y siempre les pasaban cosas raras. Para quedarse casi a oscuras tapaban el ventanuco con una toalla; luego se sentaban todas en círculo sobre el frío suelo y contenían la respiración mientras el chisme de plástico se deslizaba locamente sobre el tablero. A Beatrice le gustaba hablar con el espíritu tristón de Marilyn Monroe, que respondía sí a casi todas las preguntas. ¿Va a ser que sí? ¿Le gusto? ¿Puedo conseguirlo? Cuando respondía que no, era malo. Quería decir que se había cruzado alguien, una persona furiosa. En las puntas de los dedos, notaban una fuerza tirando hacia abajo. Un olor a quemado. Un zumbido eléctrico en el aire, «yo-soy-sa...». Y asustadas, apartaron las manos. Sin decir ni una palabra, se apartaron del tablero, con el corazón desbocado. Incapaces de mirarse a los ojos ni de moverse, se preguntaban qué habían hecho, qué puerta secreta habían abierto. El terror de la pantalla de televisión mal sintonizada, el chirrido de la aguja del tocadiscos dando saltos inexplicables. ¡Apágalo, deprisa! Esa era la sensación que tenían, pero no se podían mover. La puerta, abierta. En las escaleras, pasos. Plom, plom. La toalla cayendo del ventanuco con un golpe sordo, pero sin que entrara ni un rayo de luz. La negrura de la habitación, cada vez más negra. Los pasos, claros, cada vez más cercanos. Plom, plom. Corazones desbocados, pulmones sin aire. Plom, plom. Y entonces...

Una ruidosa carcajada de Drácula.

Juaaa-jaaa-jaaa.

—Papá —chilló ella al verle.

Su padre entró en el sótano, tambaleándose. Las gafas le brillaban con un resplandor extraño. Tenía los brazos en alto, como si fuera a abalanzarse sobre ellas, envuelto en una enorme capa negra, aunque llevara chaqueta y corbata. El deshumidificador soltó un hipido.

Al verle, sus amigas se desplomaron unas encima de otras, dando gritos. Por su parte, ella soltó un bufido de alivio y se levantó para dar un abrazo a su padre.

—¿Tienes los ojos cerrados? —le preguntó Maggie—. ¿Estás relajada?

—Sí —dijo Beatrice, notando todo el cuerpo distendido.

Puso las manos en el tablero y las unió a las de su hermana. La vela encendida tenía un curioso olor a tarta que impregnaba toda la habitación. Era agradable

descansar los ojos en la penumbra y descansar los dedos sobre la superficie de plástico, mientras las fuerzas sobrenaturales se hacían cargo de la situación. Al intentar conjurar una imagen del universo, vio bolas de corcho blanco de varios tamaños, bamboleándose suavemente, pero no, aquello era el sistema solar, construido para la feria de la ciencia y abandonado en su aula del colegio desde hacía varias semanas. El universo era mayor, mucho mayor. Iba a tener que concentrarse más.

—Yo estoy haciendo mi pregunta —susurró Maggie.

—Venga, adelante.

—Es una pregunta silenciosa, ¿sabes? Hablo dentro de mi cabeza.

—Entonces, ¿qué quieres que haga yo? —dijo Beatrice, entreabriendo los ojos—.

La base de esto es la colaboración.

Maggie suspiró, con los ojos cerrados.

—Vale. Pues piensa en mamá —dijo—. En mamá y en mí, juntas en una playa del Caribe.

—¿Haciendo taichi?

—Bueno, si te empeñas —dijo—. Piensa que estamos en Aruba.

Eso era fácil. Imaginarse Aruba estaba tirado. Arena blanca. Agua azul turquesa. Unas cabañas de paja. Beatrice cerró los ojos con fuerza y se imaginó sobrevolando la isla. Vio dos personas diminutas de pie entre las olas. Por encima de ella silbaban los oscuros vientos de las galaxias. Un cometa pasó a su lado, soltando una lluvia de centellas. De pronto, Beatrice se sorprendió al darse cuenta de que estaba girando sobre sí misma. Y en algún lugar lejano, sus manos se movían mientras ella recorría el éter como un satélite, con un ojo fijo sobre la isla que tenía debajo. Arena blanca. Agua verde azulada. Sus manos seguían moviéndose, pero se alejaban. ¿Dónde estaba el «Sí»? ¿Dónde estaba el «No»? Era incapaz de acordarse. Tampoco recordaba si el tablero estaba boca arriba o boca abajo. Lo único que podía hacer era mirar a las dos personas que paseaban a cámara lenta al borde del mar, haciendo grandes eses al avanzar. ¿Sería eso lo que quería su hermana? Una cuenta de banco en un paraíso fiscal. Un crucero de lujo. Las olas rompían, las lunas atraían, los planetas giraban. Los agujeros negros lo absorbían todo, pero el maravilloso universo no se acababa nunca. Me da igual lo que quiera mi hermana, pensó Beatrice al notar cómo se movían sus manos mientras surcaba el espacio, girando lentamente sobre sí misma al enviar su propio mensaje al espacio:

«¿Marilyn?

»¿Papá?

»Decidme que sí».

Encontronazo

Muchos años después, Beatrice se dirigía a ver unos árboles: un magnífico plátano londinense de más de metro y medio de diámetro y un bosquecillo de castaños de Indias algo enfermizos y lacios, pero aún interesantes. O eso le parecía a ella, que pasaba los días dedicada a cosas como la gradación, el drenaje, la compactación del suelo y la cubierta forestal. Es decir, la vida secreta de los árboles urbanos, que crecían umbríos en los perímetros de su imaginación, bordeando las aceras que Beatrice recorría desde la estación de tren hasta la entrada del parque. Los árboles eran hermosos, variados e inevitables, pero mientras ella dedicaba sus horas profesionales a la foresta urbana, en su cabeza seguía abrigando enormes espacios despoblados de árboles. Aquel día, por ejemplo, mientras caminaba desde la estación hacia el parque por un barrio que, salvo por los mencionados castaños, no tenía ningún motivo para visitar, estaba pensando en otra cosa completamente distinta.

Varios metros por delante de ella, caminaba una chica con un culo maravilloso. Al pensarlo, a Beatrice le costó ensamblar la frase en su cabeza: ¿culo?, ¿trasero? No había ninguna manera elegante de describirlo, pero ver a la chica por detrás le hacía feliz. La primera vez que se había fijado en ella, iba subiendo las escaleras de la estación con unas chanclas hawaianas de una blancura asombrosa en contraste con los mugrientos y destartalados escalones. Tobillos delgados, pantorrillas tersas. Una falda sedosa de aspecto barato —también blanca, con espirales naranjas— que le llegaba hasta la mitad de la pierna. Y todo ello ascendía con resolución por las sucias escaleras, algo tan delicioso como un par de tijeras nuevas cortando una hoja de papel. Al llegar arriba, la chica torció a la izquierda y cruzó hacia la acera soleada. Por un golpe de suerte, se dirigía también al parque. Es decir, quedaban cuatro manzanas enteras para poder maravillarse ante su breve culo alto y el modo encantador en que se mecía bajo la fina tela de su falda.

¿Se mecía? Ay, por Dios. El verbo casi chorreaba intenciones lúbricas. Era absolutamente imposible ir andando detrás de una chica con un culo bonito —una apreciación objetiva— sin pensar cosas a todas luces obscenas, aunque no se compartieran con nadie.

Pero una mujer embarazada no podía ser obscena. Estreñida, sí; con gases, sí; rozagante, sí, pero no obscena. Y Beatrice estaba embarazada, manifiestamente embarazada. Si le daba por examinar a las chicas que iban en el metro y por la calle, no era con una mirada de envidia —para empezar, ella jamás había tenido unos tobillos bonitos—, sino de codicia. Casi sin darse cuenta, estaba recolectando rasgos para el pequeño cuerpo que, para su enorme asombro, crecía en su interior. Beatrice quería que tuviera dedos con uñas largas y estrechas, omoplatos livianos como alas. Y también le gustaban las pecas, las pestañas largas, los pies arqueados. En su trayecto

hacia aquellos árboles que tenía que ver, Beatrice iba andando detrás de una chica y lo que pensaba era: «Espero que mi criatura tenga un culo igual que ese».

En ese preciso momento, la chica se dio la vuelta.

—Señorita Hempel —dijo con voz algo dubitativa.

Hacía siglos que nadie la llamaba así.

—Sophie —dijo ella, atónita al reconocer a la persona que tanto le había dado que pensar.

Parecía imposible que aquella mujer risueña hubiera estado alguna vez encallada en el séptimo curso de un colegio. Era Sophie Lohmann. Por muchos años que pasaran, jamás olvidaría los nombres de sus alumnos. Los llevaba tallados para siempre en algún lugar indeleble.

—¡Anda, Sophie! —exclamó—. Pero qué guapa estás.

La joven mujer, que ya no tenía nada de niña, sonrió y volvió sobre sus pasos, acercándose con los hermosos brazos abiertos, dispuesta a darle un abrazo.

—¿Cómo estás? ¿A qué te dedicas? ¡Tienes que contármelo todo! —exclamó la señorita Hempel.

Envuelta en el perfume de Sophie, que olía a caramelo, la señorita Hempel soltó una carcajada alegre y nerviosa, asombrada al comprobar que en versión adulta, sus alumnas seguían dando los mismos abrazos tímidos y huesudos que de pequeñas.

¡Y qué sorpresa que, de todas sus alumnas, fuera Sophie Lohmann con quien se había encontrado, y que fuera tan cariñosa! Sophie, con sus diminutos rasgos inquietantes, con sus ojos tan redondos, su cara de muñeca emborronada, de repente, por el maquillaje. No era una persona en quien la señorita Hempel pensara demasiado en los últimos tiempos, aunque en su momento le llamó bastante la atención. Cuando Sophie llegó al colegio, se pasó un tiempo con el consabido estatus de «la chica nueva». Durante los primeros días representó a conciencia el papel de la tímida insegura, que con el tiempo resultó ser una mera patraña. Desde el primer momento, Sophie sabía que no iba a tener ningún problema. ¿Cómo iba a tenerlo? Era mona, delgada, rubia y lista. Un estándar universalmente aceptado. Con todo, tenía un gusto pizpireta en la ropa, o tal vez en los modales, que resultaba inquietante por anticuado, como si fuera una quinceañera recién resucitada de una hibernación, con la superficie aún cubierta de escarcha. Algunos días incluso se rizaba la coleta con unas tenacillas.

—¡Buenos días, señorita Hempel! —decía, con una efusividad que hacía rebotar sus caracolillos rubios por todas partes.

Jamás se venía abajo en su alegre afectación. Y jamás se la vio encorvada. Pese a haber abandonado la carrera de *ballet*, siempre andaba con la columna recta y una postura correctísima. En las asambleas escolares, la señorita Hempel siempre sabía dónde estaba sentada Sophie, la única persona que se mantenía perfectamente recta entre todos los cuerpos arremolinados por el suelo del gimnasio. ¿Y qué más? ¿Qué más salía a flote de los extraños sedimentos de la memoria? El perfume dulzón de Sophie la estaba mareando un poco. En cuanto a su trabajo escolar, no recordaba ni

un solo detalle, aunque era posible que fuera una de esas alumnas que hacían los trabajos de literatura con la portada más esmerada que el interior. Tenía un hermano menor, en quinto, que había hecho un anuncio de crema de cacahuete. Y estuvo de viaje gratis a Hawái, gracias a un concurso que ganó su madre al mandar a una revista un reportaje fotográfico sobre la remodelación de su cocina. Sin embargo, la señorita Hempel no recordaba haber conocido a la madre, ni tampoco al padre. Era como si no hubieran existido, lo que contribuía a aumentar la sensación de que Sophie era un personaje algo artificial. ¿Y qué más? ¿Qué más? No se le ocurría nada más. Salvo el miedo, por supuesto. El vergonzante temor que aquella chica le había hecho sentir de nuevo.

—Qué curioso —le estaba diciendo Sophie mientras ella hacía memoria—. Precisamente el otro día hablaba yo del trabajo ese que hicimos sobre la Constitución. ¿Se acuerda cuando nos llevó a toda la clase a un juzgado en el centro de la ciudad, todos vestidos de chaqueta y corbata? ¿Se acuerda que hacíamos que éramos abogados del Tribunal Supremo? Yo era una jueza de paz y llevaba una túnica del coro de la iglesia que le había prestado a usted la señora Willoughby. Creo que me puso usted un notable por el veredicto que di en el caso y la verdad es que me sorprendió bastante, aunque me lo había trabajado mucho, pero lo importante del asunto es que el caso era sobre el ántrax. ¿Se acuerda usted?

—Sí —dijo la señorita Hempel, asintiendo enérgicamente mientras repasaba en silencio los argumentos que podía usar para defender aquel notable del año del catapún—. Me acuerdo muy bien.

—¿Y no le parece raro? Ese día nos inventamos una situación teórica sobre el ántrax, que yo entonces no sabía ni lo que era...

A decir verdad, hasta entonces la señorita Hempel tampoco lo sabía. Siempre había pensado que era una banda de rock cuyos miembros tocaban la guitarra eléctrica a una velocidad endemoniada. Por suerte, la unidad didáctica sobre la Constitución venía con una guía para los profesores que ella, por vanidad, ocultó en un cuaderno de aspecto anodino e inocente.

—¡Pero parecíamos expertos en el tema! —dijo Sophie—. Nos pasamos un mes entero hablando del ántrax. De esa islita perdida que se infectó por accidente durante la segunda guerra mundial y de todos los rusos que murieron por un escape del que no informaron.

—Y los papeles del Pentágono, de eso hablamos mucho —le recordó la señorita Hempel, como si hubiera por allí cerca un padre o una madre a los que quisiera tranquilizar—. Y salieron a relucir otros casos relevantes, con sus precedentes...

Era incapaz de mencionarlos por su nombre, porque la guía aquella la había perdido hacía años. ¿Y qué apareció entonces, aflorando desde las turbias profundidades del pasado? ¡El trabajo aquel, encuadernado con su rulillo de plástico rojo y su rotundo logo con la bandera en la cubierta! La aparición de Sophie estaba resultando un verdadero maremágnum.

—La seguridad nacional versus la libertad de expresión —leyó la señorita Hempel en tono triunfal, admirando las grandes letras mayúsculas de la primera página—. Claro, el auténtico tema era ese.

—Supongo que sí, pero yo me acuerdo sobre todo del ántrax —dijo Sophie, contemplándose las uñas tornasoladas que se rebullían sobre las impecables chanclas blancas—. Y por eso lo flipé el día ese, ya sabe, cuando pasó lo del ántrax de verdad. Las cartas con esporas, la gente muriéndose de verdad. Al verlo en las noticias, ya me lo sabía —dijo, mirando a la señorita Hempel con sus enormes ojos velados—. Y sé que esto puede parecer una locura, pero lo veía como un tema psíquico. O profético. Me parecía que nosotros teníamos algo que ver, por habernos disfrazado y tomarnos el tema tan en serio, yendo al tribunal como si toda la historia fuese verdad. Tampoco es que fuese por culpa nuestra, exactamente, sino que era algo que habíamos hecho que ocurriera, al hablar tanto de ello.

Entonces, inopinadamente, Sophie soltó una bonita carcajada.

—La otra noche me dio por contárselo a un amigo y dijo que una de dos, o estoy paranoica o soy una narcisista. Aún está intentando entenderlo.

A Sophie se le escapó una sonrisa al mencionar a ese misterioso amigo que le estaba analizando los trastornos de personalidad. La señorita Hempel sabía qué significaba aquella expresión feliz, volcada hacia dentro, igual que sabía cómo era aquella sensación efervescente. Y tenía claro que si Sophie estaba ahí de pie, en mitad de una acera flanqueada por unos apestosos árboles dioicos, mirándola a ella con tanto cariño y ternura, era solo porque acababa de mencionar al chico ese, y que tanto la señorita Hempel como el ántrax y la Constitución de Estados Unidos habían sido agraciados con la áurea atención de su escéptico amigo.

—En serio —dijo Sophie—. ¿Usted no flipó con ese tema?

Pues sí, claro que había flipado. Por supuesto. Y aún seguía flipando al pensar que había aprovechado algunas de las cosas más horrosas del mundo para afilar las aptitudes críticas de sus alumnos, para proporcionarles un buen tema sobre el que escribir una argumentación y para organizar un debate en el colegio. Los terroristas teóricos se dejaban caer mucho por clase, por no decir que se pasaban la vida ahí metidos. En aquellos tiempos, su inocencia (¿o era estupidez?) era impresionante. Desconocía los peligros externos y los peligros internos. ¡Pensar que la misantropía de Travis Bent le hacía gracia! Su aspecto siniestro, su pierna temblorosa, sus sanguinarias obras de ficción. Pues no le iba a quedar más remedio que dar parte sobre sus actividades. Cuando le recetaron la medicación le dio por firmar «Travis Bent, 50 miligramos», cosa que entonces le pareció ingeniosa, pero todo había cambiado. A un chico no le podías dejar ser raro y poco sociable, como una profesora no podía apelar a unos terroristas fantasmas para ilustrar un debate. La traicionera mampara divisoria se había roto. La realidad se había llevado por delante a tres padres de niños del colegio. Menuda idiota había sido ella todos aquellos años, haciendo de madre pato que sacaba a sus patitos de pícnic al borde del abismo.

Encaramada en las alturas de los treinta años, veía unas diminutas figuras jugando al *kickball* al borde de una gigantesca fosa negra. La simple idea le daba sudores fríos, aunque debía reconocer que aquellas mañanas otoñales de gélida luz azulada también le daban que pensar.

¿A qué se dedicaba, a procrear? ¿A mirar a los árboles? ¿Qué demonios hacía?

Ante sí tenía a Sophie Lohmann, superviviente del séptimo curso, superviviente de la ingenuidad de la señorita Hempel y superviviente de los turbulentos tiempos que les había tocado vivir a todos desde entonces. Entretanto, Sophie rebuscaba en su bolsito, intentando encontrar su móvil. De pie en la acera, con su prístina postura de siempre, parecía una mujer indestructible y llena de secretos. El teléfono seguía zumbando, zumbando, zumbando, hasta que Sophie le clavó ferozmente el pulgar y al fin dejó de sonar. La tira del bolso regresó a su lugar en el hombro, y bajo el hombro quedó encajado el propio bolso, que era de color naranja pálido, como las espirales de la falda.

—Siento la interrupción —dijo Sophie, apretando los labios a modo de disculpa.

No era su amigo el que la llamaba, por supuesto, sino otra persona a la que Sophie despachó con una rabiosa sacudida de melena, como si se estuviera quitando una mota de polvo invisible.

—Entonces, señorita Hempel —dijo en tono solemne—, ¿acabó el posgrado? Está de profesora en una universidad, ¿o qué?

Entre contenta y molesta, ella reflexionó durante unos segundos antes de contestar. ¡Qué amables eran sus alumnos al tener tan presentes todas sus aspiraciones fracasadas y sus metas fallidas!

—No, no. En absoluto. Lo que pasa es que ahora me dedico a otra cosa distinta —respondió, pensando en lo complicado que era explicar su deriva profesional—. El programa aquel no era lo que yo esperaba. Apenas leíamos verdadera literatura.

Solo les daban unos librillos de teoría, no precisamente de la ingeniosa variedad francesa, y panfletos religiosos, manuales de etiqueta, manifiestos marinos, diatribas y anuncios por palabras. ¿Quién iba a imaginar que la definición de un texto literario se hubiera convertido en algo tan general? La culpa era suya. Cuando el señor Polidori se marchó del departamento de ciencias para estudiar un máster en algo tan bonito como composición musical, ella pensó: «¡Ajá!». La universidad sería su salvación. Una salida noble, proporcionada por su compromiso de por vida con la enseñanza.

—Es que yo ya resultaba superflua. Nadie quiere ver otra disertación sobre las hermanas Brontë, ni las obras heroicas de Shakespeare, ni *Tess de los D'Urberville*.

—¡Qué horror! —exclamó Sophie—. A mí me encanta Shakespeare.

—He colgado los libros —declaró la señorita Hempel con sencillez.

Esto pareció incomodar a Sophie, que alzó las cejas.

—¿Y cree que la dejarán volver, si quiere?

—Ya tengo otra ocupación —dijo la señorita Hempel enigmáticamente.

Lo último que le apetecía era tener que explicar su inverosímil trayectoria profesional: el trabajo temporal que se había convertido sin previo aviso en un auténtico trabajo, la escuela nocturna, la lenta adquisición de un vocabulario nuevo, por no mencionar una manera completamente nueva de entender la vida.

—No me apetece nada volver, así que no pongas esa cara de preocupación. Me gusta lo que hago.

Para sonar más convincente, añadió varias palabras de las que solían animar a la gente. Planificación. Conservación. Diseño. Pero las diminutas cejas de Sophie parecían poco dispuestas a relajarse.

—Pues me alegro por usted —dijo por fin.

—Yo voy al parque. ¿Tú no vas en la misma dirección?

—Si yo vivo aquí, señorita Hempel —dijo Sophie con dignidad, señalando con la cabeza la larga fila reluciente de casas adosadas de ladrillo y hormigón, gastadas y vividas, en distintos estados de conservación.

Ah, es verdad, pensó la señorita Hempel al recordar una acalorada y llorosa discusión en clase de literatura —¿qué estaban leyendo, *La casa en Mango Street*?— sobre lo que era un barrio bueno y lo que era un barrio malo, pero Sophie ya no tenía por qué avergonzarse. ¡En su calle habían abierto una bodega! Y un restaurante de *sushi*. Y una tienda de ropa de bebé hecha de algodón orgánico. Su rinconcillo del mundo, antes tan olvidado, fíjate lo bien que iba. Y la propia Sophie había sido la precursora de todo el asunto.

—¡Así que este es el parque de tu barrio! —dijo la señorita Hempel—. Te lo conocerás de arriba abajo.

—Tampoco es que sea uno de mis sitios preferidos —dijo Sophie, sin entender a qué se refería—. No me paso la vida vagueando en un banco del parque, ni tengo un perro ni nada de eso. Bueno, vamos alguna vez, pero solo cuando...

Dejó la frase sin acabar, con una media sonrisa a modo de justificación.

—Anda, anda —dijo la señorita Hempel—. Que ya no soy tu profesora.

Y las dos soltaron una risita falsa.

Pero ese era, precisamente, el problema de ambas. Si la señorita Hempel ya no era la profesora de Sophie, entonces ¿quién era? Y si Sophie ya no era una estudiante de séptimo con los ojos relucientes, ¿quién era? Una chica demasiado pintada, una chica con un trasero perfecto. Una chica que había decidido dejar los estudios durante un tiempo indefinido, para ponerse de recepcionista de un gimnasio donde se dedicaba a dar toallas a ejecutivos estresados y encorbatados (cosa que a su exprofesora le parecía especialmente decepcionante). Con todo, no podían dejar pasar su encuentro así como así. No podían cruzarse por las buenas, conformándose con sonreír y levantar la mano sorprendidas, en vez de darse abrazos histéricos y olisquearse como dos perrillas, intentando averiguar cualquier secreto celosamente disimulado.

A la señorita Hempel le habría encantado poder conjurar aquel sobrecogimiento que le producía Sophie en los viejos tiempos. Aquel vuelco de estómago, como el

pitido de una sirena a lo lejos o un tropezón con una cuerda invisible, sensaciones que Sophie desencadenaba al aletear las pestañas o entornar sus ojos gigantescos. El pestañeo era constante, pero entornaba los párpados en ocasiones aisladas, que la señorita Hempel solo veía al volverse hacia la pizarra o anunciar que la clase había terminado. ¡Qué miradas tan taimadas! Casi daban miedo. Como si la timidez y los remilgos de Sophie fuesen simplemente el disfraz de un desprecio violento, a duras penas contenido. En el momento en que ese desdén se desbordara, su profesora se podía dar por muerta. ¡Las medias caídas, los histéricos aspavientos, la insistencia en que todos, todos entregaran los ejercicios el viernes! Vamos, que la señorita Hempel estaba pidiendo a gritos que Sophie se decidiera a tumbarla, a desplomarla —no, a aniquilarla— con un parpadeo. Recuerda que la persona adulta eres tú, se decía la señorita Hempel a sí misma. El poder lo tienes tú. Eres tú quien impone los castigos, quien pone las notas, quien da los permisos para ir al baño, quien reparte las chokolatinas. ¡Mandas tú! Mientras que ella, ella solo es una niña.

No obstante, los monólogos le eran de poca ayuda o consuelo.

Cierto, Sophie era una niña, pero también era una persona. Joven, sí, pero una persona concreta, pese a todo. Esa era la idea que la señorita Hempel no lograba quitarse de encima: la convicción de pasarse la vida rodeada de gente que tenía la edad en que una persona se halla en su estado más puro. ¿Cómo no iba a estar derrengada, si llegaba a casa habiendo estado expuesta durante horas, sin protección alguna, a todos esos seres tan luminosos y vibrantes? Allí estaban, a una edad suficiente como para poder mostrar el alma al mundo, pero aún libres del embotamiento que produce el acto vulgar de la supervivencia, aún inexpertos en el arte del disimulo. Hasta Sophie, una actriz consumada, era transparente como un cristal. ¡Qué vértigo, qué estremecimiento, toparse con la superioridad en estado puro! Aquellos ojos de muñeca rebosantes de desdén. Al verlos, todos los días, la señorita Hempel se venía abajo, pero los demás encuentros no eran menos torturantes: en el caso de Cilla Matsui, era la sensibilidad; en el de Emily Radinsky, la genialidad; en el de Jonathan Hamish, la furia, la belleza y el dolor.

—¿Eso significa que te puedo llamar Beatrice y de tú? —preguntó Sophie.

Y Beatrice le dijo que sí, poniendo fin a su nostálgica evocación, porque la desdeñosa niña de los hoyuelos —es decir, la persona auténtica— ya no existía. En su lugar estaba aquella mujer tan joven y tan limpia.

—¡Por fin! Beatrice —dijo Sophie—. Tiene gracia, por que yo siempre había pensado que deberíamos llamarte así, pero ahora que por fin puedo llamarte así, me suena rarísimo.

—¿Me considerabas una niña? —le preguntó Beatrice, quitándose unas migas de *bagel* que acababa de descubrir en la pechera de su camisa—. ¿Era por mi falta de experiencia? ¿O por mi falta de autoridad?

Y aunque parecía alguna de las preguntas que Beatrice podría haber hecho en el pasado —para afirmarse o para recibir los correspondientes halagos—, ahora la

estaba haciendo por simple interés, movida por una fría curiosidad, como si estuviera interesándose por otra persona completamente ajena a sí misma.

—No —respondió Sophie—. Te consideraba una profesora de verdad. No era por eso —dijo, parándose a pensar—. Creo que nos pasaba a todos, porque nos sentíamos próximos a ti.

Beatrice, conmovida ante su amabilidad, la miró asombrada, pero Sophie no parecía haberse dado cuenta siquiera.

—No sé por qué he sugerido lo del nombre —dijo—. Creo que soy incapaz de llamarte otra cosa que no sea señorita Hempel. Es irónico, ¿verdad? Te seguimos considerando la señorita Hempel, aunque tengamos casi la misma edad que tenías tú cuando empezaste a darnos clase.

¿De verdad?, pensó ella. ¿Era tan joven? Por supuesto, en aquel entonces Beatrice estaba hecha polvo, superada por las circunstancias. Aún recordaba su primer cumpleaños en el comedor de la escuela, cuando miró compungida su plato de arroz con leche y dijo con un enorme suspiro:

—Es impresionante lo vieja que soy. Voy a cumplir veinticuatro.

Y la señora Willoughby, al oírla, soltó una carcajada que se oyó por toda la estancia.

—Bueno, no tenéis exactamente la misma edad —dijo Beatrice—. Os faltan un par de años.

—Ya, pero estamos bastante cerca. Te alcanzaremos dentro de nada —dijo Sophie—. Pero, como iba diciendo, estábamos unos cuantos en casa de Jonathan, hablando...

—¿Jonathan? —dijo Beatrice—. ¿Jonathan Hamish?

—Ya, ya sé que puede parecer raro, pero somos una especie de grupo de gente, en el que también están Elias, Roderick y Julia Rizzo, figúrate. Ah, y Robert Levy-Cohen, que ahora se hace llamar Bob. ¿Te acuerdas de lo callado que estaba siempre en clase? Pues resulta que está como una cabra. Es tronchante...

Sophie se detuvo con una extraña sonrisa, deslizándose de nuevo hacia esa oscuridad privada que Beatrice no tenía el menor deseo de conocer, por mucho que se la quisieran esclarecer. Fuera lo que fuese, no tenía el menor deseo de saber lo que estaban haciendo aquellos jovencitos en su recién estrenada madurez. Las noches en el parque, los barrios de unos y otros, las habitaciones destartadas, las cocinas viejas, los padres ausentes... Al pensarlo se abrochó la chaqueta de lana inconscientemente, como si intentara protegerse. Sophie, por su parte, se dirigía de nuevo hacia la acera soleada.

—Cuando acabamos el colegio nos pasó lo típico. Vamos, que estábamos deseando largarnos para conocer a otra gente, pero después de un tiempo, pasados los primeros años, todos volvimos a los de siempre y empezamos a vernos otra vez. Suena patético, pero no es para tanto. ¿Sabes que la madre de Jonathan se ha vuelto a casar? Imagínate. Ahora tienen una casa enorme.

¿Cuándo fue la última vez que vio a Jonathan Hamish?, se preguntó Beatrice. Hacía muchísimos años, cuando la policía se lo llevaba a la comisaría. No, eso no era verdad. Era una broma privada, pero bastante mala. Aunque la actitud de Jonathan la última vez que lo vio parecía la de un detenido —andares chulescos, gesto desafiante, mirada irónica—, mientras el señor Peele le acompañaba hacia el edificio del colegio por haberse portado mal en el patio.

Poco antes, ella estaba dando una clase de historia, la última asignatura del día, cuando sonó un ruido, ¡crac!, ¡crac!, como si algo se resquebrajara. La señorita Hempel se apartó de la pizarra y recorrió, contrariada, el mar de cabezas.

—Brad —dijo en tono amenazante.

El aludido levantó las manos con la indignación de quien es acusado injustamente por primera vez en su vida. Todas las cabezas estaban vueltas hacia la ventana que había encima del polvoriento aparato de aire acondicionado.

—Viene de ahí —dijo Lila, soltando el lápiz para señalar con el dedo.

La señorita Hempel se acercó a investigar. Al oír otro crac, dio un respingo mientras la ventana entera se estremecía. Abajo se veía a los del equipo de atletismo dando vueltas por el patio, saliendo impacientes a la acera mientras esperaban a subirse al autocar para ir al colegio de turno donde les tocara competir. Enfundados en sus lustrosos chándales de entrenamiento, los chicos se deslizaban con elegancia de un lado a otro, con su largo cuerpo ladeado por el peso de sus abultadas bolsas de deportes. Unos sacaban latas de la máquina de refrescos, otros se tumbaban en las escaleras. Todos dedicados a sus asuntos, todos inocentes, al parecer. Y entonces, ¡crac!, apareció un rostro tenso, mirándola desde abajo. Y una mano, suspendida en el aire.

La señorita Hempel deslizó el panel de cristal, abriendo la ventana.

—¿Jonathan? —dijo.

—Hola —respondió él, medio sonriendo.

—Ya vale de apedrear las ventanas —le dijo ella—. Aquí arriba estamos hablando de nuestro destino.

Jonathan, desconcertado, se quedó mirándola sin responder.

—Corta el rollo, ¿vale? Es peligroso —le soltó ella, que estaba demasiado lejos para verle los ojos—. ¿Está claro?

Retrocediendo, la señorita Hempel regresó al aula y cerró la ventana. Y al instante, ¡crac! Todos los alumnos se retorcieron en sus sillas, inclinándose para intentar ver algo. Entusiasmados con la interrupción, soltaron una risilla atenta.

¡Crac!, otra vez.

—Jonathan —repitió la señorita Hempel.

Con un suspiro, volvió a abrir la ventana y comprobó que el lanzador de piedras tenía un buen arsenal, sacado del triste alcorque gris donde un arbolillo larguirucho llevaba años intentando crecer. En una mano, ahuecada como una cesta, Jonathan tenía la munición. La otra mano, invisible, estaba hundida en las profundidades del

bolsillo del chándal.

—Qué pasa —le dijo ella, bajando la vista.

—¿Es verdad que se marcha usted? —le preguntó él.

—Estás de broma, ¿o qué?

—Quiero saberlo —dijo él, encogiéndose de hombros—. Me interesa el tema.

—¿Y no has podido esperar a enterarte en su momento?

—Entonces es verdad que se marcha.

Con un suave susurro como el de una cascada, Jonathan dejó caer el puñado de piedrecillas en el pequeño alcorque. Luego levantó la vista, como si se le acabara de ocurrir una cosa.

—Pues no debería irse —dijo.

—Quiero seguir estudiando —le explicó ella.

—¿Estudiando? —le preguntó él, incrédulo—. ¿Para qué?

—¡No pienso decírtelo a gritos por la ventana! —dijo ella, asombrándose ante la alegría que rebosaba su voz—. ¿Por qué no me lo has preguntado por las buenas al cruzarnos por el pasillo? ¿O en cualquier otro sitio donde habla la gente normal?

Pero Jonathan ya no la miraba. Mientras ella daba voces con medio cuerpo asomado a la ventana, él ya se había distraído con otra cosa. Al darse cuenta, la señorita Hempel apoyó las manos en el marco de la ventana y retrocedió hacia dentro, diciendo con voz firme:

—Voy a seguir dando clase.

Mientras hablaba, vio cómo la mole de cuerpos del patio se partía por la mitad para dejar pasar al señor Peele, que se abría camino hacia Jonathan, a quien acabó castigando sin entrenar esa tarde. Y como la señorita Hempel le conocía bien, porque lo tuvo de alumno en octavo, sabía que ese era precisamente el castigo que más le costaría encajar. Para colmo, la señorita Hempel se sentía absurdamente culpable.

Y aunque estaba convencida de haber visto a Jonathan alguna otra vez antes de que acabara el curso, aquella era la última imagen que tenía de él: andando sin temor a la sombra del altísimo señor Peele, arrastrando los pies con desidia.

—Pues el hombre con el que se casó su madre está forrado —le siguió explicando Sophie—. Primero montó una empresa y luego la vendió. Técnicamente, es el padrastro de Jonathan, pero como ha entrado en escena con bastante retraso, ya no puede hacer de padre, por mucho que se empeñe. Así que todos le llamamos Jeff. O a veces «Jefe»^[3], ya sabe, la palabra española. Bueno, la verdad es que el único que le llama así es Bob.

Arrullada por aquella cháchara dulzona de la que desconectaba a ratos, Beatrice se alegró de que fuera Sophie la persona desconocida a la que le había dado por seguir desde la estación. Menos mal que no era Jonathan, por ejemplo.

—Como a Jeff le interesa mucho la tecnología, está suscrito a todas las revistas científicas —estaba diciendo Sophie—. Y la planta de la casa que está al nivel del jardín la han convertido en lo que él llama un «centro de comunicaciones». Es una

auténtica maravilla, como una especie de sala de cine particular. Pero si Jeff nos ve con una lata de algo en la mano, entonces nos prohíbe entrar. ¿A que es increíble? Menudo desperdicio, lo del centro de comunicaciones. Nos pasamos la vida metidos en el cuarto de Jonathan, todos apiñados en su cama. Las chicas no hacemos más que mirar a los chicos jugando al videojuego ese de *Grand Theft Auto*. Y encima en la misma tele enana que Jonathan se llevó de la otra casa.

—Menuda faena —murmuró Beatrice.

—Julia a veces juega con ellos, pero yo no lo soporto. Los juegos esos me ponen de los nervios y, además, me dan dolor de cabeza. Así que procuro entretenerme como puedo. La otra noche estaba cotilleando un poco, mirando unas fotos que tiene Jonathan pegadas con celo en la puerta del armario. Y me pegué un susto tan grande que di un grito, literalmente, al ver una foto de Bessie Blustein. ¡Nada menos!

Ay, Bessie Blustein. Con una mueca, Beatrice recordó a aquella criatura torturada de nombre absurdo, tan campestre y plácido como su aspecto. Al acabar octavo se marchó del colegio y, prescindiendo del mote Bessie, se reinventó como una joven gótica, recuperando el nombre de Elizabeth.

—Resulta que la foto esa es del famoso día del juzgado. A Bessie también le tocó una túnica del coro de la iglesia, como a mí. Y cuando la gente dice que el negro adelgaza, pues está claro que nunca han visto a Bessie Blustein vestida del juez del Tribunal Supremo. Sí, ya sé que es una grosería. Seguro que a estas alturas habrá conseguido adelgazar un poco, pero en la foto solo se ve una enorme mancha negra en el centro. Y es ella. Aunque la imagen es bastante borrosa, cuando la vi le dije a Jonathan: «¿Qué haces con una foto de Bessie Blustein colgada en tu armario?». Y, sin levantar la mirada del videojuego, me dijo: «Pero qué Bessie Blustein ni qué leches». Resulta que tiene la foto colgada porque sales tú, o porque sale usted, señorita Hempel. Jonathan me dijo algo así como «Anda, so idiota, que no te enteras de nada». Así que me acerqué para mirar la foto de cerca y, efectivamente, ¡ahí estaba la señorita Hempel! En una esquina, al fondo del todo, colocándole la corbata a Ben Vrael.

Al oírlo, Beatrice sintió un calorcillo que le iba subiendo por la cara y por el cuerpo, como si le hubieran prendido fuego.

—Entonces nos dio por acordarnos del trabajo aquel que hicimos sobre la Constitución —dijo Sophie—. Por eso yo seguía con el tema en la cabeza cuando estaba hablando con ese otro amigo mío. Por cierto, que no le conoces, porque no iba a nuestro colegio. El caso es que, al hablar de ti, todos seguíamos llamándote señorita Hempel. ¡Como si fuéramos unos niños pequeños! Y estábamos en plena discusión sobre la guerra, el poder presidencial, las libertades civiles y tal. Incongruente total. Pero eso es lo curioso del tema, que para nosotros siempre serás la señorita Hempel. Toda la vida.

Beatrice no dijo nada, pero sonrió de oreja a oreja.

—Te ríes por lo de «incongruente», ¿a que sí? Es una de las palabras que nos

enseñaste —dijo Sophie—. Yo la uso sin parar. Y «precario» también.

La alegría que le daba todo aquello era tan enorme que Beatrice no sabía muy bien qué hacer, porque tenía cierta sensación de ridículo, pero se acercó a Sophie y le dio un enorme abrazo.

—Creo que eso es lo más amable que me ha dicho nadie nunca —dijo, con la cara sumergida bajo una cortina de pelo sedoso.

Tras el abrazo, le hubiera gustado marcharse flotando por los aires, o poder recorrer cuanto antes las dos manzanas que la separaban del parque, donde podría sentarse a la sombra del enorme plátano a desenvolver la historia de Sophie, como si fuera un regalo del que disfrutar a solas. Menuda contradicción, porque siempre eran las personas jóvenes quienes huían de las personas mayores, y allí estaba la abotargada y doliente Beatrice, despidiéndose educadamente de la chica más guapa del mundo.

—Tengo que comprar tabaco, así que no pasa nada —dijo Sophie, sacándose el bolso naranja de su nicho bajo el brazo—. Ya, ya sé que es un vicio asqueroso, pero ¡qué se le va a hacer! —dijo alegremente, enseñándole un paquete medio vacío—. ¡Besos! —exclamó, a modo de despedida.

Al verla alejarse, a Beatrice le dio un ataque de pánico, pues no sabía qué hacer para devolverle la amabilidad.

—¡Estás maravillosa, Sophie! —le gritó—. ¿Te lo había dicho? Estás absolutamente divina. He venido andando detrás de ti desde la estación y me he pasado todo el camino pensando que me parecías una belleza de persona...

—Ah, gracias —dijo Sophie tibiamente, como si hubiera recibido aquel elogio tantas veces que ya no le causara ninguna impresión—. Eres muy amable de decírmelo.

De pronto parecía ser ella la que estaba deseando marcharse.

—Te quería preguntar una cosa —dijo Beatrice, volviendo al ataque—. ¿Por qué te has dado la vuelta de repente? No sabes lo que me alegro de que te haya dado por ahí. Si no te llegas a dar la vuelta de repente, jamás te habría reconocido. Y nunca habríamos tenido esta conversación. Pero estarás de acuerdo conmigo en que es un poco extraño, ¿no? Por unos segundos, pensé que me debías de haber leído el pensamiento. ¿O te parece normal pararte así de repente, mientras vas andando por la calle?

Sophie le respondió con una carcajada aguda y algo forzada.

—No te voy a aburrir con la versión larga, pero te diré que, para variar, la cosa tiene que ver con un tío.

Entonces entornó los ojos a la antigua usanza, pero ahora el gesto no solo estaba cargado de desprecio, sino de cierto hastío, acompañado de algún otro sentimiento más difícil de identificar.

—A ver cómo te lo explico —dijo Sophie—. Es una costumbre nueva que tengo y que consiste en estar atenta a mi entorno. ¿Me entiendes?

Sí, claro. Miedo. Le estaba diciendo que tenía miedo. Impresionada, Beatrice levantó un brazo lánguido a modo de despedida.

—Pues ten cuidado —le aconsejó en vano.

Al ver a Sophie entrar en una mugrienta tienda, volvió a ceñirse la chaqueta sobre la tripa. Las dos manzanas que la separaban del parque le parecieron una distancia inabarcable. Aquello cada vez le sucedía con más frecuencia. De pronto sentía un cansancio insoportable que casi le impedía seguir andando. Si le diera por sentarse en los escalones de uno de esos porches desgastados, ¿la dejarían quedarse unos minutos? Al planteárselo, cayó en la cuenta de que no le había contado lo del embarazo a Sophie, que pensaría que la señorita Hempel había engordado. Y tampoco se había acordado de mencionarle que tenía un nuevo estado civil, por lo que había cambiado de nombre. Nadie, ni siquiera los abogados que le daban la tabarra por teléfono, la llamaba señorita Hempel. Y dentro de poco, se añadiría algún otro nombre a la colección. Mamá, por raro que le sonara, era uno de ellos. Mami podría ser otro. Alguno de sus alumnos se lo decía antaño, cuando se despistaban mientras resolvían un ejercicio difícil. Al darse cuenta de su error, se ponían rojos de la vergüenza.

En los últimos tiempos, Beatrice tenía sueños recurrentes, algo completamente normal, según decían los libros sobre el tema, pero ¿cómo iban a ser normales unos sueños como los suyos? Todos los días se despertaba a última hora de la mañana, abrumada por la oleada de placer que sentía, pero atónita ante la energía de su subconsciente. Sin embargo, el curioso fenómeno la llevaba a querer dormir todavía más. Y aquella noche volvió a soñar con el colegio, una vez más, pero no tuvo uno de los sueños agitados que la torturaron durante años cuando dejó la enseñanza. En esta ocasión se trató de una experiencia serena y hermosa. Al despertar tenía la cara húmeda y solo recordaba un breve fragmento del sueño: el largo pasillo donde estaba el aula de su clase, la extraña luz que creaba el cristal esmerilado de las puertas batientes del fondo y la sensación de ir avanzando por el pasillo lenta y deliberadamente. A su lado alguien la acompañaba: un niño que le llegaba por el hombro, caminando medio paso más despacio que ella, respirando roncamente y a quien ella quería muchísimo. Los dos avanzaban juntos por el pasillo, hacia algún lugar grave y reluciente al que no querían ir. Ella tenía la misión de llevar al niño hasta allí y luego volver. A sus espaldas se oía el zumbido sordo de sus alumnos, que aprovechaban su ausencia para portarse mal, pero de momento estaba a solas con aquel niño al que tanto quería, recorriendo el pasillo hacia el extraño resplandor silencioso que tenían delante, y había un momento en que el niño acercaba su pequeña mano a la de ella, que se la agarraba, procurando no apretarle demasiado. A partir de entonces el sueño se convertía en un deseo omnipresente de andar más despacio, para que el pasillo se alargara y no llegar jamás a aquel sitio al que se

suponía que debían ir.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a los directores de las siguientes publicaciones, en las que han aparecido los siguientes fragmentos: «Talento», ©2000, *Alaska Quarterly Review*; «Cómplice», ©2003, *The Georgia Review* y *The Best American Short Stories 2004*; «Coco», ©2006, *Tin House*; «Chungo», ©2005, *TriQuarterly*; «Travesía» (con el título «The Voyage Over»), ©2005, *The Literary Review*; «Yurt», ©2008, *The New Yorker*.

Estoy especialmente agradecida por el generoso apoyo y el estímulo que me han dado los siguientes organismos: MacDowell Colony, Ledig House International Writers' Residency, National Endowment for the Arts, Mrs. Giles Whiting Foundation.

Y quiero expresar mi más sentido agradecimiento a Stuart Dybek.

«La audacia en quienes no tienen el poder es
una pesadilla para los que sí lo tienen».

TOBIAS WOLFF



SARAH SHUN-LIEN BYNUM nació en Houston en 1972. Es profesora de Escritura y Literatura en la Universidad de California San Diego. En 2004 publicó su primera novela, *Madeleine Is Sleeping*, que fue finalista del National Book Award y del Herdinger Kafka Prize. Sus cuentos han aparecido en diversas revistas; en 2008 publicó su segunda novela, *Las crónicas de la señorita Hempel*, que fue finalista del PEN/Faulkner Award y recibió numerosos elogios de crítica y público.

En el año 2010 fue elegida por la revista *The New Yorker* como una de los veinte mejores escritores norteamericanos menores de cuarenta años.

Notas

[1] Fragmento de la canción «That's When I Reach for My Revolver», del grupo Mission of Burma. (*N. de la T.*) <<

[2] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[3] En español en el original. (*N. de la T.*) <<